

Un verano muerto

Jaime Castro García
Trabajo de Creación Fin de Máster
Máster oficial en Escritura Creativa
Universidad de Sevilla

Eran las once de la noche de un tórrido lunes de junio. Jota caminaba por la calle con la cabeza gacha, dirigiéndose hacia la consulta de Dolores, la adivina que, cada tres semanas, le ponía al día sobre los sucesos que le esperaban en el futuro, que él imaginaba como fieras agazapadas dispuestas a saltarle al cuello.

No hacía más de una hora que el sol había desaparecido por completo, pero Jota sabía que esa noche que daba fin al 23 de junio otras luces lo sustituirían durante la madrugada. Los grupúsculos de personas que habitualmente moteaban las noches estivales iban a incorporar en esa ocasión a las hogueras de San Juan como invitadas de honor, a las que, sin embargo, saltarían y burlarían sin demasiado respeto.

Había salido de su piso, un habitáculo que solía agobiarle (más por falta de presencia humana que por tamaño), y dejado atrás las laberínticas calles del centro donde se situaba, en las que a esas horas apenas había algún transeúnte caminando con el ritmo del que sigue una rutina. A medida que se fue alejando del centro, se iba deslizado por avenidas cada vez más largas que terminaban en las afueras de la ciudad, como venas y arterias abiertas en canal que salen de un cuerpo humano.

Como había tomado por costumbre desde hacía unas semanas, Jota caminaba inclinando la cabeza y dirigiendo los ojos hacia el suelo para esconderse a sí mismo la evidencia de que estaba perdiendo vista, aunque era consciente de que ese andar le daba cierto aire de forajido. Veía que las personas iban perdiendo el borde que las delimitaba y se emborronaban, que las palabras de los carteles luminosos no se conformaban con quedarse dentro de los límites, sino que se fundían con los elementos que las rodeaban, y se lo achacó a un empeoramiento de la vista que se iba haciendo patente día tras día y que le dificultaba las caminatas callejeras por la noche.

Este hecho (que su oftalmólogo había calificado como astigmatismo) le había aparecido de repente a sus 29 años, sin que hubiera dado antes ninguna señal, y había hecho pensar a Jota que bastaba un simple defecto de la vista para percibir las cosas de manera diferente. Si no hubiera sabido que podría ver mejor, si hubiera nacido con ese defecto en la vista directamente y nunca hubiera topado con un especialista, tomaría como algo normal que las luces de semáforos y farolas se escaparan de los límites de los objetos, lo que podría suponer, a su vez, otra forma de ver la vida.

Cuando una de las avenidas ya se transformaba en carretera para escapar de la ciudad, Jota torció en una calle a la izquierda y se metió en un barrio en el que el calor de las primeras hogueras de la noche se mezclaba con el que había quedado tras la presencia ininterrumpida del sol durante las horas previas. Pasó muy cerca de varias lumbres precoces y esquivó a los niños que ya

revoloteaban a su alrededor, y como consecuencia rompió a sudar mientras reflexionaba sobre la importancia que cobraba la noche de San Juan en aquellos barrios a los que los medios de comunicación denominaban, no sin cinismo, como “más humildes”. Quiso encontrarle alguna relación con las propiedades purificadoras del fuego, pero no profundizó en ese pensamiento porque cada vez sentía más cercana la presencia de Dolores y, por lo tanto, de su futuro.

Había comenzado a visitar a Dolores cuando se vio en una etapa de su vida en la que, según él creía, se estaba llevando más sorpresas de las recomendables. En los tiempos que corrían, los despidos eran algo habitual, y Jota sabía que la prensa en papel estaba desapareciendo poco a poco (como un libro que se consume entre llamas sin que nadie, realmente, quiera evitarlo), pero no se habían escuchado rumores de cese de empleo en su periódico en los últimos tiempos. Cuando se consumó su despido junto al de más de otros treinta trabajadores, los compañeros con los que hablaba sobre el tema coincidían en que el jefe de recursos humanos (un ser con perennes traje y chaqueta cuyos sentimientos, según Jota pensaba, estaban abonados con su propia mierda y regados con el rencor acumulado durante años) era el que se la había jugado, no advirtiéndoles hasta el último momento de que el fin estaba cerca.

Jota pasó por una serie de crisis nerviosas que él sabía (conociendo su temperamento previsor, del que había contemplado su formación y sus cambios con pasmo desde la adolescencia, hasta llegar a un punto actual que más o menos podía considerarse como estable a sus 29 años) que podía haber evitado si hubiera recibido alguna señal con la que hacer un poco más familiar el inesperado despido.

Pero no la tuvo, y Jota pasó las semanas posteriores, las primeras de desempleo tras siete años de trabajo ininterrumpido (los dos primeros como becario en la sección local y los cinco siguientes, en la cultural), en una especie de limbo sin futuro a la vista al que no estaba acostumbrado. Los primeros días compartió camaradería con los otros compañeros a los que habían despedido, lanzando proclamas incendiarias frente a la redacción del periódico y atendiendo a los medios de comunicación que se hicieron eco de su estado, pero estas reuniones se fueron distanciando cada vez más en el tiempo al comprobar que el periódico no iba a dar marcha atrás, ya que las órdenes provenían de los altos despachos del grupo editorial en el que estaba insertado. De un mes a otro, lo que fue la mayor injusticia laboral a nivel nacional pasó a ser una noticia de anclaje en el grueso de los medios: se seguía nombrando pero simplemente para hacerle un seguimiento. Y desde hacía pocas semanas, nadie se acordaba ya de los extrabajadores del que era el tercer periódico en número de tiradas de esa ciudad más bien pequeña aunque capital de provincia.

Fue por esas fechas cuando se estrechó su relación con uno de los periodistas al que también

habían despedido, con quien hasta entonces solo había compartido redacción y apenas un par de frases por semana. Entre arenga y arenga frente a la sede del periódico, Fernando, así se llamaba, le recomendó que hiciera una visita a Dolores. “Yo voy a su consulta desde que me dejó mi mujer. Ya va para cinco años, y, aunque no me resuelve la vida, al menos me hace un esbozo de lo que me espera”.

En circunstancias normales, Jota le hubiera dado largas a ese inesperado consejo. Y sabía que si en su época de estudiante (cuando se afamaba de su perspicacia junto a compañeros como Xavier, el tipo con quien más tiempo había compartido en la universidad) le hubieran ofrecido los servicios de una adivina, se habría reído del que osara proponérselo, pero en esta época que estaba padeciendo pensó que no perdía nada con probarlo. Acudió una primera vez, y salió tan satisfecho con la honestidad de la vidente que no le importó haber soltado sesenta euros por poco más de media hora de consulta. Las visitas posteriores le proporcionaron a Jota una sensación de tranquilidad producto del conocimiento del futuro y de que fuera Dolores quien le facilitara esa información

Una de las frases que Dolores le dijo en su primera consulta fue que debería abrir las miras en el terreno profesional, sin que Jota le hubiera confesado que acababa de quedarse sin trabajo. Él lo tomó como el pistoletazo de salida para comenzar a escribir la novela que se estaba fraguando en su cabeza, de manera persistente pero aún sin forma, desde que estudiaba la carrera de Periodismo. El trabajo en el periódico había provocado que fuera posponiendo el proyecto de una semana a otra, y después de un año a otro, de modo que no había escrito ni una sola carilla.

Cuando la adivina dejó caer esa frase, preparó unas cuartillas y varios bolígrafos sobre el escritorio de su habitación. La motivación (que era lo que, ahora se daba cuenta, le había faltado durante todos esos años, aunque la escondía bajo la alfombra de los quehaceres profesionales) ya la tenía, creada simplemente por la recomendación de Dolores, y ahora lo único que le faltaba era ponerse; todo era ponerse.

Estaba imaginando a un doble suyo, sentado en ese mismo instante frente al escritorio de su cuarto y escribiendo sin descanso ni fatiga la historia de su vida, cuando llegó al número 6, al edificio de Dolores. Era una adivina que gozaba de buena reputación en toda la ciudad, y frente a su puerta se acumulaban personas formando una fila que irradiaba ansiedad. Solo pasaba consulta los martes y los viernes, y justamente cuando empezaban esos días, es decir, a las doce de la noche, de modo que durante esas madrugadas la calle (que era en realidad un pasadizo, afluyente perpendicular de la calle principal) se llenaba de personas que, aunque habían ido a lo mismo que él y compartían muchos de sus miedos, Jota no percibía como semejantes; ni como inferiores ni como superiores, simplemente como seres alejados de sí.

Se colocó al final de la fila sin decir una palabra. Con el paso de los minutos, sus ojos se hicieron nictálopes (aunque conservando esa tara del astigmatismo recientemente adquirida) y pudieron distinguir las figuras de unas ochos personas que le precedían en la puerta del bloque donde se encontraba la consulta. A su espalda sintió la presencia de otra persona que pasó a formar la cola, pero no dijo nada y Jota ni siquiera se volvió para verle la cara. Delante de él charlaban dos mujeres gruesas, una de las cuales, a la que creyó reconocer de días anteriores, tocaba el brazo de su interlocutora cada vez que esta se giraba para mirar las hogueras que se iban formando a lo largo de la calle.

Jota pasó las tres horas siguientes alternando su atención entre el diálogo de las dos mujeres, que hablaban de las enfermedades de oído que habían acontecido en sus respectivas familias desde que les alcanzaba la memoria, y el bullicio que se estaba formando en la calle. Los vecinos de los bloques circundantes al de Dolores salían de sus portales con sillas plegables y latas de cervezas; reían y participaban en la fiesta de San Juan, representando la otra cara de la moneda de la fila de personas hoscas de la que Jota se dio cuenta de que formaba parte.

Cada media hora, el bloque de pisos número 6 vomitaba a una de las personas que había entrado en él para consultar su porvenir y después se tragaba a otra. A las dos y media de la madrugada, un anciano salió de la oscuridad y entró en ella una de las dos señoras que precedían a Jota. La otra se dio la vuelta por primera vez y le miró de arriba a abajo, pero Jota no sintió este gesto como un desprecio dirigido personalmente hacia él, sino hacia la humanidad en general; estaba seguro de que se lo habría hecho a cualquiera que hubiera estado en su lugar. Una hora después, era él el engullido.

Vio enfrente las escaleras que subían al resto de pisos del bloque y giró hacia la derecha, guiado por la luz que se desparramaba por debajo de la puerta del piso donde estaba la consulta de Dolores. Un tipo encanijado y con ojeras le abrió y Jota llamó a la primera puerta a la derecha, donde sabía que le estaban esperando.

—Pasa, hijo, pasa.

Nunca dejaba de sorprenderse del parecido de la voz de Dolores con la de su última novia, “La Novia”, como la llamaba él en su fuero interno, ya que llevaban cinco años de relación y Jota se había sorprendido escuchándose hablar con ella de boda. Era periodista radiofónica y había roto el noviazgo con Jota durante la semana posterior en la que se consumaron los despidos de él y sus compañeros. A él no le afectó tanto la parte sentimental de la ruptura como el hecho de cortar la cuerda de uno de los pocos elementos que todavía (tras su despido) le anclaban a la realidad.

Ella y Dolores compartían un tono de voz que, aun siendo diferentes, tenían en común la contundencia: sacaban las palabras desde la caja torácica al exterior metidas en unas cápsulas duras

e independientes, de manera que era imposible confundir una con otra. Los finales de unas y los principios de otras no se enlazaban nunca, y Jota no recordaba haber pedido jamás a ninguna de las dos que le repitieran una palabra.

Jota abrió la puerta de la consulta y buscó los ojos de Dolores, que ya le estaba mirando. Era una mujer anciana (la situaba en la franja de edad en la que ya se ve de cerca el final pero todavía se fantasea con la juventud idealizada) a la que nunca había visto de cintura para abajo, puesto que se sentaba tras una mesa baja y blanca que le tapaba las piernas, completamente libre de mácula. La adivina no tenía la imagen extravagante que Jota, antes de conocerla, había asociado a todas las personas relacionadas con el esoterismo, sino que vestía con simples blusas anchas y lucía un moño rubio como peinado, aunque ya con poca cabellera. Pero lo que sí le impresionaba era el rostro. Las facciones de su cara parecían tender hacia adelante, como si de una flecha puntiaguda se tratara, de manera que los ojos casi se unían en la parte superior de una nariz larga, prominente, y además solía cerrar la boca en una 'o' diminuta cuando se concentraba. A Jota le parecía que este conjunto le daba una apariencia de penetración, y sentía que cada vez que Dolores le miraba, esta hacía una incursión en toda su línea de existencia, desde el pasado hasta el futuro.

Dolores le indicó con un gesto que se sentara y él depositó el importe de la consulta en una caja que había a los pies de la mesa.

—¿Qué va a ser de mí, Dolores? —preguntó, utilizando las mismas palabras que siempre dirigía a la adivina en cuanto esta le prestaba atención.

Dolores le miró a los ojos pero inmediatamente cerró los suyos. Él hizo lo mismo, más por educación que por miedo a estar viendo algo que no debería ver, pero cuando los cerró continuó representándose en su cabeza la imagen de la adivina. Cuando estimó que ya había pasado un tiempo prudencial, los abrió lentamente y se encontró con la angulosa cara de Dolores formando una expresión severa.

—¿De qué has tenido miedo, Jotita?

Ya se había acostumbrado a que Dolores utilizara el diminutivo de su nombre, a pesar de las tímidas protestas que emitió la primera vez que ella cayó en esa familiaridad, y no supo qué responder. Tenía miedo de muchas cosas, de todas, se podría decir, pero cuando estaba con Dolores se olvidaba de ese desasosiego que le entraba a la hora de compartir cola en un banco o de acudir a una sala de cine. Le resultaba difícil establecer los límites. ¿Estaba a una distancia adecuada de la persona que le precedía en la fila? ¿Pasaría algo si se acercaba un poco más? Le costaba convencerse de que daba lo mismo un centímetro más que menos, y necesitaba una guía para saber cómo comportarse en todo momento.

Pero en el cuarto de Dolores, sabía hacer lo que se esperaba de él. Se sentaba con las piernas

cruzadas porque era lo correcto; juntaba las yemas de los dedos porque era lo que tenía que hacer.

—De todo, Dolores.

—Pues no se puede tener miedo de todo. El futuro ya está escrito, te lo digo siempre. No sirve de nada preocuparse. A ver, dame las manos.

Jota tendió las manos sobre la mesa inmediatamente, sintiendo una ligera excitación venérea a la que, como siempre, le dio la explicación de su parecido con la voz de La Novia, pero de la que sospechaba que sus raíces crecían desde una parte mucho más honda de su mente. Le resultaba más fiable que Dolores le leyera la mano; no podía decirle que no cuando ella optaba por sacar del cajón la baraja de cartas o cuando hacía té para mirar los posos, pero ese día estaba de suerte.

Dolores contempló las manos durante unos segundos y sacó de otro de los cajones una botellita de cristal con tapón de corcho, no más grande que su dedo corazón, llena de un líquido transparente. Jota siguió mirando a Dolores a los ojos mientras esta destaponaba el frasco y se echaba el contenido sobre las manos, extendiéndolo por las yemas de los dedos con un gesto repetitivo similar al que hacen las moscas cuando encuentran un sitio en el que reposar de su vuelo. Sintió entonces sus dedos fríos y puros, sin un solo anillo ni pintura de uñas que se interpusiera entre él y ella, entre ella y él. Creyó notar hasta las marcas digitales de la adivina, y se preguntó (teniendo en cuenta su desconocimiento de la biología más básica) si no sería posible usurpar la identidad de otro simplemente haciéndose con un molde de sus huellas digitales. Al menos, en los documentos de identidad serviría; y quizá la clave de la genética humana estuviera en los dedos, de manera que con un sencillo trasplante de huellas se pudiera adquirir progresivamente el pelo, el tono de voz y las enfermedades del otro. Imprimió la idea en su mente para la novela que se prometió que iba a empezar sin falta esa misma noche.

Tanto se perdió Jota en estos pensamientos, que no se dio cuenta de que ya habían comenzado las primeras caricias de Dolores. Recorría con los dedos la palma de su mano, convirtiéndola en una pista de lanzamiento de obsesiones y esperanzas que ella recibía en la yema de los dedos.

—Algo pasa con tu salud —dijo, sacándole de su ensimismamiento.

—Pues sí, voy empeorando cada día.

—Pero no es grave, ¿a que no?

—No, solo un problema de vista. Por la noche no veo bien, se difuminan los colores y se me mezcla todo.

—Eso noto yo aquí. Pero no te vayas a preocupar. Va a ir a mejor, vas a mejorar.

Jota no imaginaba cómo podía mejorar un problema así, que en circunstancias normales aumentaría hasta obligarle a llevar gafas a todas horas, pero se limitó a acomodarse sobre las

palabras de Dolores y no hizo más preguntas sobre el tema.

Volvió a cerrar los ojos y estuvo otros diez minutos, según sus cálculos, quieto, dejando que ella le friccionara las manos. La falta de cualquier olor, ruido o distracción en forma de adorno (en el cuarto no había más que esa mesa) hacía de la habitación un lugar ideal para la adivinación, pues Jota sentía que bastaba con concentrarse en el roce de las dos manos para que Dolores pronosticara con acierto, sin ninguna interferencia exterior de los sentidos, su futuro. En un momento dado, comenzó a extenderle el líquido también por la parte posterior de las manos, una técnica que, según le había dicho en consultas anteriores, servía para leer el pasado. “Conocer el pasado es una buena forma de conocer el futuro que nos espera. Y eso no es un truco de adivina, sino un consejo de persona”, le había dicho semanas atrás.

—¿Te molesta haber sido hijo único, Jotita?

Él nunca le había hablado de su familia, pero tampoco se sorprendió en demasía de que ella lo supiera.

—Siempre he creído que no. Tenía amigos cuando era niño, no echaba en falta a nadie. Pero llevo unos años pensando que habría sido útil tener un modelo de conducta. Últimamente me imagino que tengo un doble que escribe un libro mientras yo estoy con otros asuntos, los asuntos de la vida real, pero no es lo mismo.

—No es lo mismo, aunque ayuda.

Jota no había abierto los ojos durante el último diálogo, y continuó así durante lo que él creyó que eran otros diez minutos, cuando Dolores expulsó unas nuevas cápsulas en forma de palabras.

—Ahora te vas a levantar y te vas a ir, Jotita. Pero antes te digo que va a haber cambios. Hay elementos nuevos que se van a mezclar en esos asuntos de la vida real que habitas a la que te has referido antes. De ti dependerá de qué manera los recibes.

Jota le dio las gracias mientras, algo bamboleante, se levantaba de la silla.

—¿Ves como no te puedes preocupar tanto por cosas que no tienen solución? Lo que pasa, pasa, simplemente.

—Gracias —dijo él de nuevo.

Pero cuando se encaminó hacia la salida del portal, sintió que el último pronóstico de Dolores no era tan concreto como hubiera querido. Esa referencia a que tendría que ser él mismo quien decidiera cómo manejar esos cambios que se le venían encima le preocupaba, y salió del edificio chocando con el hombre que esperaba su turno. Sentía que durante la media hora (había estado dentro de la habitación ese tiempo, aunque le pareció que había pasado mucho más) había reunido dentro de sí una cantidad enorme de energía que tenía que quemar de alguna manera.

Agachó la cabeza con la intención de llegar a su casa a buen paso, corriendo si era necesario, para sudar y desprenderse de los efluvios invisibles que había absorbido dentro de la consulta de Dolores.

Cuando apenas había dado un par de pasos, una fuerza desconocida le empujó, sin previo aviso, hacia delante, y vio que se precipitaba hacia las fauces de unas llamas que bailaban arriba y abajo a escasos metros. Jota sintió cómo su cuerpo imitaba los movimientos de la hilera de jóvenes que habían corrido hasta su altura, como si fuera un muñeco de fútbol. Recibió sus olores penetrantes, resultado de una noche entera de carreras, se salpicó del sudor mezclado con cerveza que brotaba de sus cuerpos y rozó con los labios el pelo de otro que le cegaba a cada paso la visión de la hoguera que desafiaba a todos ellos. Cuando los demás lo hicieron, Jota también se impulsó con la pierna derecha y saltó al otro lado, no sabía si de la hoguera o de las cosas.

Todos rieron y gritaron, y él se sintió en comunión espiritual y física (se había agarrado a la mano de una chica, y otros a su vez se habían apoyado en sus hombros en pleno vuelo) con el grupo de jóvenes, que a pesar de haber dejado atrás la adolescencia hace años, todavía veía muy de lejos la treintena que él estaba a punto de tocar. Pero pronto se desvaneció esa otra realidad en la que él era parte de ese grupo, y Jota, en cuanto los jóvenes volvieron a rodear la hoguera como si fueran muñecos mecánicos a los que hubieran dado cuerda para continuar la celebración hasta el final de los días, quedó de nuevo solo. Aún intentó buscar la mirada de la chica de la que se había agarrado de la mano, pero fue en vano, y enfiló el camino de vuelta hacia su domicilio.

El sol, tras un embarazo prematuro (se había escondido de la noche más corta del año), se esforzaba por desprenderse de la Tierra y recuperar su espacio en el cielo, su reino. Jota observó de camino a su casa cómo iba reconquistándolo poco a poco. Con la luz del día, pudo ver con claridad de nuevo.

Apenas cinco horas después, cuando el sol ya veía desde lo más alto de su trono al planeta al que iluminaba y castigaba, Jota se despertó con intención de comenzar a buscar un nuevo empleo. Acababa de encender el ordenador portátil, que ocupaba un lugar privilegiado en el escritorio de su cuarto, y de echar un vistazo a la ventana del bloque de al lado, donde parecía haber movimiento, cuando el timbrado de su teléfono móvil invadió el silencio de la habitación, como un invitado vulgar y no esperado que irrumpa en una reunión de amigos íntimos. Un número desconocido parpadeaba en la pantalla del teléfono.

—Jota, ¿cómo estás, amigo? Soy Xavier.

Jota recibió la voz de Xavier con un encogimiento de su conducto auditivo, que se tuvo que amoldar a tiempos pasados, cuando compartió aulas, horas y ambiciones con su antiguo compañero de facultad. Se habían conocido en el primer curso de la carrera de Periodismo, cuando cada uno intentó que el otro abrazara los vicios y manías menos atractivos de sí mismo a la vez que se afanaba en preservar su perfil más valioso, pero tras los cinco años de estudios en la universidad su relación se encogió sobre sí misma hasta prácticamente desaparecer. La rutina de los papeles, bolígrafos y pizarras, de las ambiciones literarias que taimadamente se descubrían el uno al otro y de los deseos venéreos con chicas de su entorno, jaleadas mutuamente, actuaba como un pegamento que día a día afianzaba su relación. Aunque de forma provisional, porque cuando dejaron de existir estos elementos cada uno fue por su lado dejando al otro como un mero recuerdo.

Desde entonces, Jota no había llamado a Xavier ni una vez; notaba que con el peso de su memoria tenía más que suficiente, y, por su parte, Xavier solo se había puesto en contacto con él esporádicamente, para resolver asuntos prácticos (trabajaba en la sección de economía de un periódico diferente al de Jota, en una ciudad y un grupo empresarial más importante) o para tocar temas barnizados de antigua camaradería que afianzaran la posición de superioridad en la que Jota creía que su amigo se colocaba en su relación. Y, desde luego, ninguno de los dos, desde que terminaron los estudios, había utilizado de nuevo la palabra “amigo”. Una palabra que ahora Xavier, según le pareció a Jota, pretendía más bien empuñar.

—Qué sorpresa —respondió, sin admiraciones.

Durante esos primeros segundos de conversación no se dijeron nada de importancia, acechándose para ver en qué situación se encontraba el otro. Jota creyó percibir momentos de debilidad en las palabras de Xavier, pero no quiso echar las campanas al vuelo porque con él nunca se sabía cuántas muñecas rusas se ocultaban en el interior de la primera. Pronto salió el aspecto profesional.

—Por cierto, que he leído que hace poco ha habido despidos en tu periodicucho. ¿No te habrá tocado a ti? —preguntó Xavier, con un tono de voz irónico que a J le pareció que ocultaba algo en la trastienda.

—No, quédate tranquilo, que tu amigo sigue con trabajo —mintió tras un momento de duda que esperaba que Xavier no hubiera notado, por lo que apenas tuvo tiempo para sopesar si la falacia compensaría las posibles dificultades futuras con tal de conservar su orgullo.

—Me alegro, hombre, me alegro. ¿Y cómo te trata la vida?

Mientras respondía mentiras (y escuchaba otras tantas, sospechaba) de manera mecánica y sin un solo remordimiento que le hiciera dudar en su discurso, Jota recordó muchos de los aspectos de la personalidad de Xavier que le caracterizaban y que a él le exasperaban. Por ejemplo, esa manía de utilizar expresiones o frases hechas pasadas de moda, a las que daba un lustre de actualidad. Así eran también sus escritos, según lo poco que había tenido oportunidad de leer. Toda su pose era engaño y fraude (desde su nombre, cuya procedencia y singularidad era simple capricho de sus padres, según le reveló una vez), pero al no ser nunca descubierto por nadie, se impregnaba de verdad y se hacía pasar como tal. Quizá toda la existencia era así, pensó Jota.

—El caso es que te llamo porque voy a pasar un tiempo allí donde vives —soltó Xavier cuando la conversación se hundió en un silencio—, así que he pensado que no estaría mal que recordáramos viejos tiempos. Si te sueltan en el periódico, claro.

—Hombre, pues me alegro. Claro que voy a tener tiempo libre, ya sabes que en verano la sección cultural es un solar. No se presentan libros, no se inauguran galerías... Conciertos, como mucho.

—No estés tan seguro con lo de las novelas —dijo Xavier, fuera de lugar—. De todos modos, te llamaré en pocos días para confirmarte cuándo voy. Ya sabes que me compré una casa allí, en las afueras, ¿no?

—No tenía ni idea, ¿cómo quieres que me entere?

—Pues como se entera la gente, preguntando. En fin, que te llamaré pronto, durante esta semana seguramente.

Se despidieron y Jota se sentó en la cama, frente al escritorio donde había estado durante la conversación. Encendió un cigarro e hizo un repaso mental de lo hablado con Xavier, con un fondo en el que se preguntaba (como siempre que el otro aparecía en sus pensamientos) cómo había sido capaz de publicar tres novelas trabajando en la rutinaria sección de economía de un periódico. Y eso sin contar con el poco talento que ya demostraba en su época de estudiante.

Realmente no tenía ganas de verle. Se le ocurrió que habría sido una buena idea decirle a Xavier que iba a tener vacaciones justamente los días en que iba a visitarle, pero eso le obligaría a irse de la ciudad durante ese tiempo, una opción que estaba descartada. Jota tenía dinero ahorrado, y

sus padres (que disfrutaban en esos momentos de un crucero por la costa oeste de África) siempre se habían ofrecido a regalarle un piso, algo a lo que él negaba por sistema, así que no era una cuestión de dinero lo que le impedía irse de vacaciones, sino el orgullo de no tener que hacer planes imprevistos por culpa de Xavier. Además, existía la posibilidad de que Xavier fisgara en los ambientes periodísticos de la ciudad (Jota sabía que tenía muchos contactos, seguramente la pata principal sobre la que se sostenían sus consecuciones literarias) y acabara enterándose de que lo habían despedido, por lo que sería conveniente tenerlo vigilado.

Decir la verdad sobre su situación de desempleo no entraba en sus planes, principalmente porque no pensaba darle esa satisfacción a Xavier, así que decidió que, cuando su amigo le visitara, tendría que desaparecer de vez en cuando para fingir que tenía que ir a la redacción, a una redacción de la que apenas se acordaba ya. Tendría problemas si a Xavier le surgía el capricho de ver algún escrito suyo, pero era algo poco probable debido a su carácter soberbio, y además siempre podría escaparse con la excusa de que estaba trabajando en algún suplemento que saldría más adelante. “Ya se encargará de eso mi yo del futuro”, fue la frase con la que cerró la caja de Pandora en la que, desde hacía años, introducía todas las informaciones que le llegaban relacionadas con Xavier.

Cuando ya apuraba el cigarrillo, un vicio al que no se acababa de enganchar, miró hacia la izquierda estirando el cuello, todavía sentado en la cama, para tratar de ver algo por la ventana de la habitación (una de las tres que había en la vivienda) de ese quinto piso. Desde hacía cinco años, Jota vivía en él en régimen de alquiler, cuando se mudó definitivamente a esa capital de provincia que se alimentaba gracias principalmente al turismo, pues contaba con una zona costera en uno de sus extremos.

La ventana de su habitación daba a una suerte de estrecho pasadizo abierto al exterior en el que una hilera de árboles servía de separación entre su bloque de pisos y otro que se erigía enfrente, con el mismo número de pisos, color y estructura, a unos diez metros. Unas cuerdas que unían ambos bloques servían como tendedero, pero desde que Jota se trasladó a vivir allí no había tenido que compartirlas, puesto que el piso de enfrente nunca había estado habitado. Antes de la llamada de Xavier le pareció ver que había movimiento en ese piso, un piso sobre el que fantaseó que le separaba, más que diez metros, toda una vida, el negativo de la suya, justamente la que no estaba viviendo aunque la tuviera a la vista.

Se duchó y vistió e hizo dos o tres tareas rutinarias con las que se mantuvo ocupado hasta el final de la tarde, cuando los rayos del sol dejaron su sitio a las tinieblas. Mientras, escuchaba las voces que salían de uno de los aparatos radiofónicos que tenía repartidos por todo el piso. Sintonzó un dial en concreto esperando encontrar la voz de La Novia, ya que, según recordaba, los martes narraba los boletines informativos de la tarde. Esperaba que su timbre de voz pudiera espantar la

presencia de Xavier que notaba en el piso desde que colgara el teléfono, juzgándole, como si con sus palabras hubiera viajado también su conciencia. Sin embargo, tras unos minutos de música, el boletín fue presentado por un hombre que carraspeaba de manera exagerada cada vez pasaba a una noticia diferente, haciendo de ese sonido un punto y aparte en clave radiofónica.

Jota salió del piso esperando que cuando estuviera de vuelta no quedara nada de la presencia de Xavier. Para mayor efectividad, abrió todas las ventanas antes de salir y dejó la radio encendida.

En la calle, la oscuridad se mezclaba con los residuos de calor que todavía persistían en el ambiente. Estuvo deambulando por la ciudad sin demasiada convicción hasta que dio con un bar en el que, por motivos que no recordaba, le tenían en alta estima. El dueño del negocio, un hombre anciano que también hacía de camarero junto a uno de sus hijos, le dio las buenas noches y le preguntó cómo había pasado la velada anterior de San Juan.

—De descanso, ya ve usted —dijo mientras tomaba asiento.

—Últimamente solo le pillamos de descanso.

—Suerte que tiene uno. Mientras haya trabajo...

—... que no falte alegría —completó la frase el viejo, aunque Jota no pretendía que lo hiciera y además dudaba de que el resultado fuera un dicho popular.

Pidió una cerveza y consultó la carta, cubierta de una pátina grasienta que se le pegaba a los dedos. A pesar de la temperatura, eligió un guiso cárnico.

—Para no romper la cadena trófica —le dijo al camarero con media sonrisa, pero este no pareció entender la broma.

—Nosotros abrimos anoche, claro —continuó, como si Jota no hubiera dicho nada—, pero hemos amanecido con las mesas y las sillas que dejamos fuera calcinadas. Les he tenido que pedir estas a mi cuñado, el del bar de enfrente.

—Vaya...

—...vaya tela, sí. Unos niñatos, seguro. —El viejo tenía tendencia a alargar los discursos ajenos. Hizo una pausa para mirar a su hijo, un adolescente desgarbado que estaba atendiendo a otra mesa, como si sospechara de él— La policía ya está sobre la pista.

Se marchó hacia el interior del local y Jota imaginó que iba al servicio a desahogarse, a maldecir, morderse los puños y golpear las paredes allí, en la intimidad, para no dar mala impresión a la clientela. Cuando regresó con la comida, se fijó en sus nudillos y vio que algunos estaban rojos, en carne viva. Lo tomó como un buen augurio y se imaginó frente al escritorio describiendo ese momento; se prometió que, en cuanto volviera al piso, lo haría.

Mientras consumía su plato, puso el oído en la mesa que estaba a su espalda, donde se había retomado una conversación a dos voces tras lo que Jota había percibido como un silencio incómodo

en presencia del camarero.

—...por eso te he traído aquí —decía un tipo a media voz—. Anoche se me fue la mano con la hoguera y salió ardiendo toda la puerta de este bar.

—¡Pero qué me dices, Santiago! -respondió el otro, utilizando una expresión que bien podría haber firmado Xavier.

El tal Santiago retomó el timón de la charla y, con el paso de los minutos, soltó el ancla que sujetaba el volumen de sus palabras, de manera que para Jota fue fácil escuchar el resto de la historia, que se centró en la narración de las diversiones, primero, y las tropelías, después, en las que había degenerado al final de la noche de San Juan junto a otro llamado Ramón y sus respectivas esposas.

Su interlocutor le recordó que el tal Ramón tenía en su debe juvenil varios chivatazos a la policía, pero Santiago aseguró que lo tenía “cogido por los huevos”, puesto que sabía que la esposa de Ramón había sido anteriormente prostituta, información de la que solo disponía él, y que a Jota le recordó al disfrute que se hace de las obras de arte robadas que se guardan en la caja fuerte de una habitación sin intención de que vean nunca la luz; un disfrute que no proviene del propio objeto, sino de su condición de clandestinidad.

El tal Santiago dijo luego que su intención era hacer todas las comidas en ese bar hasta hacerle recuperar al dueño lo gastado en el incendio (que aseguraba que no eran más que tres o cuatro mesas), cosa que el otro alabó para, acto seguido, en un movimiento que a Jota le pareció claramente taimado, preguntarle que cómo es que el dueño no tenía los incendios incluidos en el seguro, si esa era no solo una práctica habitual sino que creía que también obligatoria.

—Si quieres le pregunto a mi cuñado, que trabaja en una compañía —dijo el otro.

—Pregúntale, sí, porque como esté yo aquí destrozándome el estómago y gastando piques de autobús en balde con las fritangas que cocina el viejo, le parto las piernas —respondió Santiago.

J esperó otra risa, pero su lugar lo ocupó un silencio que no tenía nada de tranquilizador. Pidió un carajillo e imaginó que el tal Santiago y su compinche (que claramente era el carbón que azuzaba el fuego de las maldades del otro, lo había captado al momento) estaban intercambiando miradas conspiratorias, quizá al darse cuenta de que Jota, detrás del masticar y el beber que denotaba su rostro, estaba espiándoles. Por eso, creyó vital realizar algún gesto que, por una parte, admitiera que había estado escuchándoles, pero, por otra, que aclarara que no censuraba la peculiar justicia cósmica que el tal Santiago pretendía llevar a cabo, y que, más aún, le parecía sinceramente laudable. Cuando le trajeron el carajillo, Jota giró el tronco en dirección a la otra mesa con la taza en la mano, a la vez que les miraba con media sonrisa y hacía una disimulada señal de aprobación con el dedo gordo de la mano izquierda. Los tipos le contestaron con una expresión de pasmo. Eran

rechonchos, rebosantes, y el que dedujo que era Santiago (pues estaba más próximo a su posición y su voz le había sonado más cercana) soportaba sobre el labio superior un fino bigotito negro que Jota asoció a películas de mafiosos.

Se arrepintió al momento de ese gesto de inteligencia, pues se dio la cuenta de que la información de la que él disfrutaba era una carretera de doble sentido, ya que si bien podía chantajear a los tipos con su secreto, de igual modo los otros dos podían intentar eliminarlo para que no lo sacara a la luz (sobre todo el tal Santiago, al otro no se lo imaginaba más que hablando con el fin de sembrar cizaña). Se fue del bar dejando un billete que sobrepasaba por mucho su cuenta y sin volver a mirar hacia la mesa de Santiago y su compinche.

De vuelta al piso el astigmatismo volvió a enturbiar su visión, y Jota se acordó de cuando unas horas antes Dolores le había dicho que su vista iba a mejorar sin que tuviera que hacer nada. Estos pronósticos parecían haberse cumplido momentáneamente cuando el sol volvió a salir, sin embargo, no tendría más remedio que comprar unas gafas lo antes posible para momentos de oscuridad como ese, lo que suponía un ejemplo más de la decadencia del ser humano, cuya cúspide, pensó, se alcanzaba al nacer y solo al nacer. A partir de entonces, corrupción, deterioro y muerte.

“En fin”, zanjó la cuestión Jota, porque también comenzó a invadirle un ligero mareo que atribuyó al consumo del carajillo, brebaje que, según el día, le sentaba bien o como un tiro. Además, en su estómago se habían instalado pequeñas partículas de miedo nacidas de la amenaza velada que creía haber recibido de la pareja de malencarados del bar, el pirómano y su azuzador. Pensó que en ese momento no le vendría mal tener un cuñado policía o abogado que pudiera aconsejarle qué hacer con la información de que disponía sobre el incendio del bar, y se sorprendió de la presencia activa que tenían los cuñados en las vidas de los demás; una etiqueta de la que él nunca había podido disfrutar, puesto que era hijo único y su última novia, La Novia, tampoco tenía hermanos. Pensó si él había sido o no cuñado en alguna ocasión, pero en su búsqueda se perdió entre el recuerdo de las mujeres que habían participado en su vida, a las que vio como simples copilotos sin capacidad para influir en los recorridos que él tomaba. Algunas habían estado de más, pero a otras (entes que se movían en la dimensión de lo nunca sucedido) las había echado en falta y las echaría en falta toda la vida. En este segundo grupo pudo crear un patrón de las niñas, chicas y mujeres a las que había deseado sin ser correspondido en este deseo, en el que coincidían de manera asombrosa que todas habían tenido un hermano o hermana mayor. Quizá ellos eran los que las habían persuadido de que iniciaran una relación con Jota, quizá es que él no tenía cara ni pose ni actitud ni mentalidad de cuñado.

Su siguiente pensamiento coincidió con el primer vislumbre del bloque de edificios en el que vivía, como una pieza de metal que encaja en su hueco correspondiente de un electrodoméstico

que, sin embargo, es defectuoso, como lo era su vida en esos momentos. Jota sentenció que los cuñados eran unas entidades detestables y envidiables a la vez. Por un lado, tener cuñado implicaba gozar de una relación carnal con otra persona que era el puente hacia su familia, hacia los otros, y entre ellos los cuñados, y que esos otros podían ser individuos como los que verdaderamente pretendías estar, antes que con tu cónyuge. Jota imaginó que muchos matrimonios, por tanto, estaban montados para que uno de los cónyuges (o quizá los dos) fueran cuñados antes que esposos.

Pero por otra parte, tener cuñado era como colocarse frente a un espejo, puesto que te convertía a ti mismo en otro, y Jota nunca se había visto en condiciones (ahora lo sabía) de soportar el peso de una etiqueta tan fundamental en la sociedad. Dedujo que ser cuñado dependía del punto de vista desde el que se tomara, y que más que depender de uno mismo, dependía de los demás, del cónyuge y de su familia, “y es que existimos según al etiqueta que nos pongan los demás”, concluyó, con lo que suponía un pensamiento recurrente en él en los últimos meses.

En este tema también entraban los lazos de concuñado, pero los hilos que unían tantos términos acabaron por marearle del todo. No tenía más ganas de pensar ni de hurgar en sus recuerdos y agradeció toparse con la puerta del bloque.

En ese momento, Jota sintió en primer plano de sus sensaciones una mezcla de hastío y rutina que había ido aumentando en las últimas semanas, y solo entonces se dio cuenta de que se había olvidado, un día más, de buscar un nuevo empleo. En el piso, las reminiscencias de Xavier aún no se habían marchado del todo, y pensó que podría engañarlas sentándose en el escritorio y emborronando cuartillas. Apagó la radio y se encerró en la habitación dispuesto a enfrentarse al papel en blanco, pero antes se tumbó en la cama y se quedó dormido pensando en La Novia, vestido, con la puerta de la habitación cerrada, la boca abierta y el corazón en carne viva.

Jota pasó el resto de la semana temiendo la llamada de Xavier. La amenaza de su antiguo compañero de facultad se mantenía flotando en el piso desde su comunicación anterior, y aunque por momentos la ocultaba con el sonido de los aparatos radiofónicos que tenía repartidos por toda la casa, no podía hacerla desaparecer por completo. Ni siquiera cuando optaba por soluciones más desesperadas como encender la televisión, un aparato que apenas utilizaba y que creía que nunca hubiera llegado a poseer de no ser si no fuera por sus padres, que se lo habían regalado años atrás; era un elemento extraño del que se vengaba acorralándolo en una esquina marginal del salón, detrás de una librería enganchada en la pared que se extendía desde el suelo hasta el techo.

Por eso, intentó mantenerse el menor tiempo posible en el piso. Salía a pasear sin un rumbo concreto, acudía a comprar a centros comerciales que estuvieran en la periferia, hacía las compras diarias en tiendas ubicadas en barrios del otro extremo de la ciudad y visitaba bibliotecas en las que se limitaba a leer periódicos de meses atrás porque al menos allí se podía resguardar de la burbuja de calor en la que estaba envuelta la ciudad en esos días. Descubrió que sus pasos se dirigían por defecto hacia las tiendas que estaban en el barrio de la consulta de Dolores, allí donde la ciudad agonizaba, aunque por alguna clase de superstición que amenazaba con romper las predicciones de la adivina, evitaba pasar por delante del bloque de pisos donde recibía a sus clientes.

En las bibliotecas solicitaba de vez en cuando algún ordenador portátil, y es que también ocupaba las jornadas posteriores a la llamada intentando resolver los asuntos que su reciente situación de desempleo reclamaba. Una situación aún reciente en el tiempo pero sumamente remota cuando Jota intentaba recordar sus jornadas laborales en la redacción.

No acababa de gustarle la idea de pasar las mañanas en una biblioteca pública (por las tardes casi todas estaban cerradas durante el verano), pues tenía la idea de que esa era una costumbre propia de vagabundos sin esperanzas, y no quería considerarse como alguien así, todavía no. Ni siquiera le agradaba sentirse identificado con la figura de un autor que veneraba en sus años de universidad, Bukowski, de quien recordaba que había escrito multitud de textos sobre las bibliotecas públicas y el refugio que encontraba en ellas frente a la estulticia que abundaba en el exterior, y sobre cómo en ellas compartía asiento con muchos mendigos de la zona, que encontraban allí un lugar donde poder matar las horas, dormir y asearse en caso de necesidad. Jota se sentía a menudo como un intruso entre las estanterías, sobre los asientos y ante los bibliotecarios que cerraban las puertas del recinto a sus espaldas a la hora de comer, pues él sí tenía una casa donde podía realizar todas esas actividades que esos días, los posteriores a la llamada de Xavier, había decidido hacer en lugares públicos.

Por la tarde, cuando cerraban las bibliotecas, las zonas de sombras ganaban espacio a las de sol, pero las primeras aún eran islotes minúsculos que no permitían atravesar sin acabar sudado el océano de calor en el que se transformaba la ciudad en verano. Con ese ambiente, enfilaba la dirección de su casa el jueves a mediodía cuando vio a lo lejos a un individuo con ropaje destartado y andar zigzagueante que portaba una mochila sobre el hombro derecho. Jota lo identificó al momento: un mendigo habitual en ese barrio del centro de la ciudad con el que se había cruzado durante los últimos años. Lo había visto pasar por diferentes etapas, con silla de ruedas y vendajes en la cabeza incluidos, pero siempre con sus pertenencias a cuestas, a veces dentro de un anacrónico hatillo formado por un pañuelo rojo con lunares negros y últimamente en esa mochila que había pasado mejores épocas. Cuando Jota llegó a vivir a esa ciudad, el hombre solía limitarse a tareas como ayudar a aparcar coches y pedir dinero después, pero en los últimos meses había desmejorado mucho físicamente y había añadido a su repertorio unas historias que soltaba al primero con el que se cruzaba o que se recitaba él solo, sentado en paradas de autobús y en los bancos de la zona. Las narraciones hablaban sobre todo de su pasado, de cómo había llegado a su actual situación de indigencia, pero no tenían credibilidad alguna, pues iba cambiándolas según el día. Algunas veces aseguraba que había llegado a escribir libros que un canalla al que él tenía como amigo le había robado para vendérselos después a la industria de Hollywood y hacer películas a partir de ellos, pero la misma tarde se le podía oír maldecir su suerte por haberse jugado en una sola noche la pequeña fortuna que había heredado de su tía, una duquesa con tierras y cortijos repartidos por todo el país.

Jota admiraba al vagabundo en ese aspecto, en que no siempre culpaba a los demás de su infortunio, y en los últimos meses, desde la ruptura con La Novia y la despedida del trabajo, su figura le atraía de una manera extraña. Quería convencerse de que esa fascinación venía dada por su deseo de no acabar como él, pero sentía que se estaba engañando y que detrás había otros motivos que por el momento no sabía explicarse.

La distancia entre él y el mendigo fue acortándose. Ocupaban los dos una misma acera en la que también había un banco, donde una señora leía un periódico con gafas de sol. Cuando llegó a la altura del banco, el mendigo se paró y Jota pudo oírle preguntar a la mujer cómo se llegaba a la estación de trenes, “la antigua sede del gobierno”, añadió, aunque era la primera noticia que Jota tenía de que en esa ubicación hubiera habido sede alguna del gobierno; su voz sonó ronca y cansada, como si, hasta llegar al exterior, hubiera tenido que superar numerosos accidentes geográficos dentro de su garganta. La señora, a la que Jota no reconoció del barrio, se quitó las gafas de sol y por un momento pareció dispuesta a atenderle, pero en cuanto sus ojos se toparon con la mochila ruinosa y con la figura del vagabundo en general, dobló el periódico y, poniéndose de

nuevo las gafas, se levantó del banco con un gesto de indignación, como si el otro le hubiera ofendido con sus palabras. El hombre, que estaría acostumbrado a desplantes de ese tipo, no se inmutó y continuó su camino, en el sentido contrario al que llevaba Jota.

Hacía unas semanas que no veía al hombre tan de cerca, y cuando la distancia entre los dos se fue acortando Jota creyó percibir algo familiar en él. Se dio la explicación de que el mendigo se parecía vagamente a Bukowski, y a medida que sus distancias se iban acortando, más similitudes le encontraba con el escritor: la cara hinchada, los ojos formados por apenas dos rayas, la barba rala... Cuando lo tuvo enfrente incluso pudo distinguir las características venillas finas y rojas de los alcohólicos redomados. El hombre simuló que se quitaba un sombrero cuando llegó a la altura de Jota y este se sorprendió sonriendo y formando el mismo gesto con el brazo derecho, pero se contuvo sin terminarlo y siguió su camino sin volver la cabeza, notando la mirada del vagabundo a su espalda.

De nuevo en su casa, lo primero que hizo fue dirigirse a la librería que ocupaba un lugar preferente en el salón, cubriendo toda la pared del fondo según se llegaba desde la zona de las habitaciones y el cuarto de baño. Buscaba una distracción, un giro, tras el contacto de realidad con el vagabundo, y el simple roce de sus dedos con las tapas de un libro anónimo le transmitió la sensación de tranquilidad y seguridad que buscaba. Sostuvo el ejemplar mientras se quitaba las ropas empapadas y se secaba el sudor que le había provocado la pequeña caminata desde la biblioteca hasta el piso. Identificó el sudor como la principal marca de su relación con el exterior esa mañana, así que se afanó en hacerlo desaparecer por completo. No se duchó, pues no tenía pensado volver a salir a la calle ese día, y tras servirse un whisky con hielo (algo que no hacía a menudo, pero que significaba un gesto de libertad desde que abandonara la casa familiar) se sentó en el sofá del salón en ropa interior, siempre con el libro en la mano pero sin haber mirado su título aún.

A su izquierda quedaba el mueble donde Jota había ido recopilando una gran cantidad de libros durante los últimos años, desde que se instalara en el piso. “Seguramente”, pensó en ese momento, con la relajación que se iba apoderando de su mente y músculos, “para paliar la falta de escritura propia con la de otros”. No rechazaba a ningún tipo de escritor, por eso hasta tenía entre los volúmenes los tres libros (dos de relatos y una novela) que había escrito Xavier desde que sus vidas se separaran tras abandonar la facultad. Se había acostumbrado a ordenar los ejemplares por título, no por autor; así, cuando elegía algún ejemplar o leía al azar, tenía la impresión de que había seleccionado un fragmento escogido de toda la literatura que se había escrito, se estaba escribiendo y se iba a escribir jamás, y no a un tipo en concreto. Inevitablemente, siempre acababa enterándose del autor por accidente, al dejar el libro en una mesa o porque estaba impreso en los bordes

superiores de las páginas, pero los minutos que transcurrían con la impresión de estar ante un texto anónimo que se insertaba en el total eterno de la literatura eran los más placenteros de su lectura. Después, al conocer el nombre del autor, no podía evitar buscarle su estilo personal, sus vicios y sus giros gramaticales más manidos, y ya era consciente de que estaba leyendo a una persona concreta con defectos y no a un ente, como a él le gustaría. También lo pasaba mal cuando descubría ideas de las que él pensaba que era su creador, pero en los últimos años esta desazón había ido debilitándose, pues casi tenía enterradas sus ambiciones como escritor hasta que las palabras de la adivina las había hecho salir a flote de nuevo.

Jota no era ajeno a que esta forma de lectura estaba muy lejos de identificarse con la de un erudito de la literatura, pero él tampoco pretendía llegar hasta ese punto, a pesar de la ingente cantidad de títulos que acumulaba en la librería. En su puesto de periodista en la sección cultural del periódico tampoco le habían hecho falta más conocimientos de los que ya adquiría poco a poco y sin ningún destino concreto, así que él utilizaba la literatura como un ejemplo de lo que le gustaría llegar a crear algún día, pero, sobre todo, como una sustancia de relleno que se introducía en los huecos de su vida diaria y la aliviaba, como en ese momento en el que intentaba olvidar los acontecimientos de la mañana.

Sólo cuando acabó con el líquido del vaso echó un vistazo al ejemplar que había mantenido en las manos desde su llegada al piso. Vio, con una mezcla de espanto y curiosidad, que era precisamente el primer libro que había publicado Xavier, titulado simplemente *Relatos*.

Tuvo el impulso de tirarlo lejos de sí, pero decidió que sería una buena idea leerlo durante los próximos días para ir acostumbrándose al que en otra época había sido su amigo, si es que él tenía la idea de retomar ese calificativo en los días en los que estuviera en la ciudad. Fue a la cocina a servirse otra copa y se acomodó en el sillón para leerlo por segunda vez, ya que recordaba vagamente que le había echado un vistazo años atrás, cuando compró el ejemplar. Esa vez pretendía hacerlo de forma minuciosa, imaginándose a su compañero de profesión en el proceso de escritura, metiéndose en su mente, anticipándose a las palabras y expresiones que se iba a encontrar a continuación. Después de unas primeras páginas de toma de contacto, Jota se asombró de que no le resultara un proceso tan difícil, lo que le provocó la tentación de ir hasta su escritorio para comenzar a escribir su propia novela, pero se dio cuenta de que existía el riesgo de que lo que escribiera en ese momento adquiriera el estilo de Xavier, cosa que le horrorizaba. Tras unos minutos, se sorprendió de la familiaridad que adquiría con los relatos a medida que avanzaba en su lectura. Muchos de ellos los sintió como propios, y lo achacó (más que a que los recordara de su primera lectura, cuando compró el libro, cuatro o cinco años atrás) a que muchas de las ideas que leía en sus páginas procedían de él mismo, de las experiencias y obsesiones que había compartido con Xavier

en la época universitaria. La mayoría no tenían una procedencia clara, como si hubieran sido los dos a la vez, formando una sola mente, los que las parieran de forma conjunta en algún momento imposible de determinar.

Jota apreció en ese instante (sospechaba que debido a la lucidez artificial que le proporcionaba la segunda copa, o quizá gracias a la ayuda de las partículas de voz de Xavier que todavía percibía en el piso) uno de los relatos organizado bajo la estructura “circular con tapón”.

Así habían bautizado a un tipo de esqueleto literario que creían haber inventado en su juventud universitaria. Le pusieron ese nombre porque les pareció lo suficientemente gráfico para que nadie lo hubiera utilizado antes, pero sobre todo lo habían elegido porque sonaba de forma especial, y ellos mismos se sentían únicos sabiendo que había surgido de sí mismos. Seguramente ya existiera un nombre académico, de eso se daba cuenta ahora Jota, pero en su época de estudiante creían tener entre manos la panacea de los relatos.

La estructura circular con tapón consistía, a grandes rasgos, en un relato cuya idea comenzara y terminara en el mismo punto (incluso con las mismas palabras, si era posible). Esto no tenía nada de novedoso porque era un tipo de narración que los teóricos denominaban como *in extremis*, pero el desarrollo del texto, su parte central, dejaba una vía de escape en el final, una conclusión a gusto del lector. Ahí es donde entraba en escena el tapón, que el lector podía quitar o dejar puesto, según lo que quisiera, o, más bien, según lo que había deducido del desarrollo. Así, para aquellos lectores menos atrevidos, el valor del relato estribaría en la parte central, en la estética o las ideas que se hubieran desarrollado en el nudo del texto, y eso sería lo que justificaría su existencia, por lo que no experimentaban otra cosa que una ligera curiosidad al comprobar que el principio y el final fueran idénticos, y, por tanto, optaban por dejar el tapón cerrado.

Pero aquellos valientes que buscaran la otra cara de las cosas (según les gustaba pensar a Jota y Xavier, gente como ellos), podían buscar una última interpretación del relato que les hiciera abrir ese tapón, lo que les conduciría al verdadero fin del texto. Lo aparente quedaba para la gente vulgar. Los demás, entre los que se incluían ellos, no se podían conformar con el exterior y tendían a indagar en lo que se ocultaba tras la fachada de un final idéntico al principio.

Investigaría sobre el asunto para que cuando se encontrara de nuevo con Xavier (y eso iba a pesar esta semana, recordó mientras evitaba un estremecimiento) pudiera acusarle, de forma subrepticia, de un posible plagio; Jota sabía que ese acto significaría una derrota de los dos, puesto que fueron ambos los que fantasearon con haber inventado la estructura y el término, pero decidió que en ese terrero literario el daño sería mayor en Xavier que en él mismo, que al fin y al cabo todavía no había publicado nada.

Jota se tumbó boca arriba en la cama y se comenzó a leer el libro con los brazos extendidos.

Cuando no había pasado ni un minuto, notó una palpitación en la punta de los dedos. Vio que entre latido y latido del corazón el final de los dedos iba perdiendo su color, emblanqueciéndose, hasta el siguiente latido le hacía recuperar de nuevo su color rojo.

Se sorprendió al ver el fluir de la sangre por su organismo de forma tan explícita, y mentalmente trasladó este riego al resto de su persona, no solo al cuerpo físico. De igual modo, podía haber muchos aspectos de su personalidad que no hubieran sido regados desde hacía demasiado tiempo y por eso habían muerto podridos, sin alimento. Quizá por eso ahora no tenía la capacidad de amar a otra persona o de ambicionar una posición social y profesional de prestigio. Los siete años de trabajo ininterrumpido, con la seguridad de tener un sueldo que le permitiera vivir, y los cinco de relación con una mujer en la que ya estaba empezando a pensar como esposa, habían provocado que los compartimentos en los que guardaba esas pequeñas ambiciones cotidianas que están presentes en la vida de las personas normales (“la normalidad”, dijo en voz alta) estuvieran cerrados con llave. ¿Y quién tenía esa llave? Jota sentía que no estaba en disposición de saberlo ni, lo que era aún peor, de buscarla. No se imaginaba con otra mujer que no fuera La Novia, aunque tampoco guardaba esperanzas ya de volver con ella.

Era consciente de que tales inconvenientes eran comunes y habituales en el resto de la humanidad, pero las personas acababan reponiéndose de ellos y encontrando nuevas motivaciones. Supuso que él también encontraría una solución, y que quizá fuera Xavier, aquel joven que podría haber sido él mismo, el que tuviera la llave que pudiera desbloquear su situación, así que retomó la lectura del primer relato del volumen.

Comenzaba con un chico de 17 años sosteniendo la silla de ruedas de su abuelo, en el borde de un precipicio enclavado en un parque natural. El narrador se retrotraía en el tiempo hasta unos días antes, en un internado para menores, donde al chico le comunican que su familia (padres y dos hermanos mayores que él) ha muerto en un accidente de tráfico. En las siguientes páginas, con un lenguaje muy seco y escueto, hacía un seguimiento del joven desde que le dan la noticia hasta que acude al funeral de su familia, y luego hasta que consigue unos días de permiso en el internado para estar con su abuelo, el único familiar que le queda. Después, el narrador describía al joven paseando a su abuelo postrado en una silla de ruedas por un parque natural. En este punto la narración se afanaba en la descripción del lugar, dándole suma importancia a la flora y la fauna (en estos párrafos Jota pudo apreciar claramente el afán de Xavier por poner en liza sus conocimientos en este terreno), pero también en la descripción de las personas con las que se iban encontrando el chico y el viejo en su camino.

Repentinamente, el narrador, en mitad del relato, se metía en los pensamientos del chico y mostraba que este, por encima de la pena que siente debido a la muerte de su familia (que por

supuesto vive de forma muy intensa, mientras transporta al anciano y ambos rememoran los momentos felices de la familia, años atrás, cuando él solo era un niño travieso y no el adolescente delincuente que ha provocado su ingreso en un internado), soporta el peso de un rencor por sentirse abandonado por ella. Un rencor que realmente crece en el deseo del chico de haber muerto con ellos, ya que ahora no tiene más familia que ese anciano al que no conoce demasiado, por lo que en sus pensamientos aparece esa recurrente frase de que está solo en el mundo.

El narrador iba intercalando estos pensamientos con historias que le cuenta el abuelo durante el paseo, pero estas cada vez ocupaban menos espacio en el relato, hasta que el chico desconecta por completo de las batallitas y toma conciencia por primera vez en su vida de lo que es el futuro. Tiene la revelación de que no puede seguir con esa vida de delitos de poca monta en la que se había basado su adolescencia porque ahora no tiene a una familia detrás que le apoye. Además, sabe que dentro de pocos meses, a los dieciocho años, no tendrá más remedio que tomar una decisión definitiva, y aunque vislumbra un posible empleo como mecánico (algo que se le da bien, según escuchamos que su abuelo le ha alabado), es consciente de que le faltan los estudios necesarios. Otra opción, la de montar un negocio propio, también está descartada porque el patrimonio ha ido a parar al viejo (al que todavía sospechamos que le queda tiempo de vida, aunque esté postrado en una silla de ruedas), un dato que conocemos porque el joven recuerda con resentimiento el día en el que sus padres, tras la última trastada que dio con sus huesos en el internado, le dijeron que cambiaban el testamento para que, si podían evitarlo, él nunca disfrutara de los esfuerzos que habían hecho ellos en vida.

El chico rumia lo injusto de su situación, ya que realmente se arrepiente de su etapa rebelde y ahora se encuentra con que no puede disfrutar de un apoyo económico en el que poder sustentar una nueva vida recta y honrada; este paso de madurez de joven a adulto estaba bien conseguido por Xavier, tuvo que reconocer Jota. El chico piensa en pedirle a su abuelo, que sigue con la cháchara ininterrumpida, que le permita el acceso a la renta familiar, o que al menos le financie un taller de mecánica, pero existen muchas posibilidades de que el viejo se niegue, porque durante su conversación hemos percibido que trata al chico como la oveja negra de la familia y no se fía de él.

En resumen, Xavier conseguía presentar al chico como una víctima, como un joven arrepentido de lo que ha hecho hasta entonces y que iba a poner toda su voluntad en cambiar de actitud, pero que no cuenta con un mínimo de ingresos para hacer realidad su cambio de mentalidad, por lo que guarda malos sentimientos debido a que nunca nadie ha confiado en él, aun habiendo cometido los errores siendo tan joven.

Las últimas páginas se situaban de nuevo en el principio del relato, cuando el joven ha llegado hasta un precipicio con el abuelo en su silla de ruedas. El abuelo le habla del bonito paisaje

que tienen ante ellos pero del que él no puede ver más que lo más inmediato debido a los problemas de visión que conlleva la edad, y se dirige al chico para decirle que seguro que él puede ver mucho más allá, lo que suponía un claro intento de Xavier de que fuera una metáfora del recorrido que les queda a los dos en vida. El chico le da la razón a su abuelo y le describe el paisaje que ve por encima de su cabeza calva, pero no le nombra un desguace de coches que hay justo debajo del precipicio y que no puede dejar de observar, pues lo identifica obsesivamente con el futuro que él podría tener.

Ahí terminaba el relato. Jota salió de él, dejó el libro en la silla y se fue acostumbrando durante unos segundos a la realidad en la que se encontraba entonces, en una habitación que notaba calurosa pero que, extrañamente, parecía simplemente envolverle con su temperatura, no atacarle con ella ni meterla dentro de su organismo, por lo que no tenía tanto calor como cabía esperar. Cuando hubo considerado este asunto, se centró en el relato que acababa de leer, al que, como los anteriores, le unía una familiaridad que no pudo explicarse en un primer momento. Descartó que se debiera al recuerdo de la estructura circular con tapón o al de la primera lectura, ya que la sensación de Jota no era la de haberlo leído anteriormente, sino la de haber pensado en la idea que se desprendía de él. La idea de un joven que, a pesar de no haber llegado siquiera a la mayoría de edad, queda marcado por los errores que ha cometido en el poco tiempo que lleva de vida, al que se le niega otra oportunidad y que es castigado durante más tiempo del que sería justo, empujándolo así a desarrollar una personalidad perversa y rencorosa que en el relato no era otra que empujar a su abuelo por el precipicio.

Jota comió y pasó el resto del día leyendo los relatos de Xavier, con la misma mezcla de familiaridad y extrañeza. Al final del día, se dio cuenta de que había pasado un jornada más sin tener unos resultados productivos para su situación laboral. Tuvo la sensación primeriza de que los días pasaban por encima de él sin ni siquiera rozarlo, y se sorprendió pensando que quizá la llegada de Xavier era la vuelta de tuerca que necesitaba, el contacto con la realidad y el éxito (pues el otro tenía éxito literario, al fin y al cabo) que reclamaba para no sentir más que la vida estaba volando por encima, a kilómetros, de él. Resolvió pasar el resto de la semana esperando la llamada de Xavier, pero si el lunes esta no se había producido, sería él mismo el que se pusiera en contacto.

Efectivamente, a pesar de su promesa, Xavier no dio señales de vida el lunes siguiente. Jota dio el paso de comunicarse con él, aunque evitó una nueva conversación mandándole simplemente un mensaje de texto al teléfono móvil. Le escribió que iba a tener casi todas las mañanas libres de la semana, así que, cuando al él le viniera bien, podrían verse y “recordar viejos tiempos”, escribió literalmente, consciente de que esa misma expresión era la que había utilizado Xavier cuando hablaron días atrás. Después de varias horas en las que esperó ansioso la respuesta, esta llegó en forma de un escueto “De acuerdo. Nos vemos mañana a mediodía”, seguida del nombre de un bar céntrico donde le citaba. Jota reparó, con el orgullo herido, en que cualquiera que viera los mensajes de su teléfono móvil se llevaría la impresión de que había sido él y no Xavier quien deseaba verle; y quizá en ese momento fuera así, pensó, pero no era de él de quien había partido la iniciativa de ponerse en contacto después de tantos años.

“El sueño desapareció de nuestra casa esa noche”, decía el estribillo de una tonada que se escuchaba desde la radio del salón, que Jota había encendido durante la madrugada con la esperanza de que le sirviera para conciliar el sueño.

Tomó esa frase como la señal definitiva para desechar sus intentos de dormir en esa noche que ya más bien era mañana. Asomado a la ventana de la pequeña terraza que lindaba con el salón del piso, distinguió las luces del alba de ese martes, primer día del mes de julio. Por encima de los edificios que se imponían en el centro de la ciudad, algunas aves comenzaban ya a desentumecerse las alas y a realizar sus primeros vuelos del día, vigilantes de una ciudad que quizá ellos habían creado y por eso custodiaban desde las alturas, se le ocurrió pensar a Jota, más por fruto del cansancio que por verdadera inspiración, intuyó.

Durante la noche había estado dando vueltas en la cama sin poder dormir, pasando de su habitación al sofá del salón y de ahí al sillón. Hasta había probado a tumbarse en el suelo con una manta, pero no hubo manera de que pudiera encadenar más de diez minutos dormido. Además del calor (que no quiso aliviar encendiendo el aparato de aire acondicionado por temor a las represalias en el recibo de la luz), lo que le incomodaba era todo su cuerpo, que estaba invadido por una energía impropia de esas horas del día. No se había acostado temprano (era más de medianoche cuando se metió en la cama), y tampoco es que hubiera sido una jornada excesivamente tranquila, ya que había estado paseando varias horas por la ciudad, así que Jota estaba especialmente molesto por no poder encontrarle un motivo a lo que le pasaba a su cuerpo. Más de una vez supuso que una posible explicación era que las partículas de la voz de Xavier todavía flotaban en el ambiente de su casa, pero no quiso darle relevancia a esa teoría porque solo serviría para añadir más tensión a su

encuentro del día siguiente, cuando se vieran de nuevo después de cinco años.

Aunque se habían citado al mediodía y el bar no estaba muy lejos de donde vivía, decidió salir de su casa con mucho tiempo de margen y dar un paseo mientras que Xavier llegaba, pero justo antes de salir, recibió un mensaje de texto de Xavier que decía que se iba a retrasar “por un asunto de trabajo” y que le vendría mucho mejor verse a la hora de comer y en un parque que a Jota le quedaba a una media hora de camino. “Si es que ni de vacaciones le dejan a uno tranquilo”, terminaba el mensaje, que Jota no tuvo más remedio que aceptar.

La entrada en el parque le dio la impresión a Jota de la entrada a otro mundo. En contraste con las inhóspitas y sofocantes calles por las que había caminado para llegar hasta allí, esa zona de árboles proporcionaba unas sombras que parecían estar aprovechando todos los niños de la ciudad. Corrían y se empujaban en cualquier sitio en el que posaba su mirada, como si fueran la materialización de la inquietud que se había apoderado de su cuerpo la noche precedente, lo que le ayudó a serenarse mientras esperaba a Xavier. Se sentó en un banco desde el que podía abarcar con la mirada a prácticamente todos los niños y eligió a uno para focalizar su atención en él hasta la llegada del otro, como si fuera el protagonista de una película que dirigía, con sus ojos haciendo de cámara móvil.

El seleccionado fue un niño de unos cinco años con una cabellera rubia platino que le daba a la cabeza un tamaño desproporcionado respecto al resto del cuerpo, entallado en un conjunto de colores pasteles formado por un pantalón corto y un chaleco por encima de la camisa, a manera de imitación de los colegios privados. El chiquillo jugaba con todos los demás niños del parque, una mezcla de razas y condiciones sociales que sorprendió a Jota y que intentó explicarse en base a que el verano suavizaba las separaciones de clase que tan esforzadamente se afanaban en agudizar las clases pudientes durante el año laboral. Sin embargo, el niño parecía estar unido a su madre por un hilo invisible del que cada cierto tiempo tiraba para atraerlo hacia sí y colocarle el pelo como ella consideraba conveniente.

La mujer representaba el prototipo que Jota tenía identificado como elemento de un grupo familiar acomodado: no tendría más de 30 años, con una larga melena castaña que se atusaba continuamente y una vestimenta que delataba su condición social de esposa acomodada que siempre ha confiado su seguridad económica a las actividades que realiza su marido y que, con el nacimiento de un vástago, tiene la excusa perfecta para perpetuarse en esa actitud. Recordó que él mismo había formado una familia de ese tipo con sus padres (su progenitor era dueño de una inmobiliaria y su madre no había necesitado ni querido trabajar nunca), pero en algún momento lejano que ya no podía distinguir de su pasado, como si fuera el pasado de otra persona, se desvió de un camino que parecía tener claramente marcado como sucesor de su padre en la empresa y

eligió estudiar la carrera de Periodismo.

La madre no quitaba ojo al niño de la cabellera rubia, aunque parecía que, más que por convencimiento de cumplir un deber, porque eso fuera lo que se esperaba de ella. Así lo delataba la poca atención que Jota creyó percibir en sus ojos cuando la miró directamente. “Tanto ella como yo estamos filmando la misma cosa desde ángulos diferentes”, se dijo, y cuando volvió a contemplar al niño, supo (con una claridad extraordinaria que no pudo identificar de dónde provenía ni a qué se debía) que ese niño se cortaría el pelo en cuanto cumpliera los quince años, estudiaría la carrera de Derecho, entraría en el bufete de abogados de su padre, se casaría con una chica a la que conocía desde que eran niños (y que era, además, la hija de un amigo de su padre) y tendría otros hijos idénticos a como era él ahora salvo por sutiles diferencias físicas.

Jota se estaba preguntando si Dolores vería con tanta facilidad su futuro y el del resto de clientes, si vivía en un estado permanente de clarividencia como el que él estaba experimentando, cuando se topó con la mirada de la mujer. Apartó la vista del niño por un rubor que no pudo evitar pero que sabía que no tenía por qué sentir, y, para no parecer más sospechoso de lo que ya lo era a ojos de esa mujer, se quedó en el banco un minuto más y se levantó después, mirándose el reloj mientras reparaba en que estaba esperando a Xavier, pues había olvidado durante ese tiempo la cita que tenía con él.

Sin embargo, su antiguo compañero de estudios ya llevaba un retraso de diez minutos y no parecía estar por los alrededores. Jota optó por salir a la puerta, por si estaba esperándole en ese lugar, pero allí lo único que había eran unos jóvenes sonrientes, de unos veinte años, que se hacían bromas unos a otros y pulsaban las pantallas de sus móviles con la misma ansia enloquecedora, sin perder ni un segundo en otra cosa que no fuera alguna de esas dos actividades. Sus cabezas pasaban de estar cabizbajas en las pantallas de los móviles a salir al exterior para hacer algún comentario que conectara los dos mundos, el que les rodeaba físicamente y el tecnológico en el que se zambullían. Jota sacó también su teléfono para ver si Xavier le había llamado sin que él se enterara, pero antes de pasar a la pantalla del aparato, su vista se entretuvo con una figura que se aproximaba hacia él.

Tardaba más de lo prometido, y por eso llegó mostrando la palma de la mano izquierda como gesto de disculpa. Era Xavier, pero su apariencia había sufrido varios cambios desde la última vez que lo viera, más de cinco años atrás.

Primero, observó, con satisfacción, que no conservaba la misma cantidad de pelo que durante su época de estudiante, algo que Jota supuso que intentaba ocultar habitualmente por medio de un sombrero marrón pardo. Como en ese momento lo sostenía entre dos dedos de la mano derecha, permitía ver “la tara”, que fue como se refirió Jota interiormente a la caída del pelo. Otra

novedad de Xavier era que utilizaba gafas, y que el paso del tiempo se había cebado con esas zonas de la cara y del tronco que más fácilmente ceden a las tentaciones de la comida, tales como la carne que se le acumulaba sobre el cuello y el cinturón. No es que estuviera gordo ni viejo en términos absolutos, pero sí se le notaba que era una persona diferente, al menos en su envoltorio exterior, al joven que había conocido Jota en la facultad. Él, en cambio, mantenía el pelo y muchas de las ropas que ya utilizaba durante su época de estudiante, y fácilmente podría confundirse con uno de los jóvenes que habían pasado a ser decorado de fondo de su reencuentro. “Solo que yo no me divierto tanto”, fue lo último que pensó Jota, antes de decidirse a ir al encuentro de Xavier.

Se acercaron desde los metros que los separaban sin decirse una palabra, pero el olfato de Jota sí pudo percibir que Xavier desprendía el mismo olor acético que recordaba de sus tiempos en la Universidad. Un olor que solo podía evitar a base de diferentes perfumes y afeites en los que imaginaba que se sumergía antes de salir de casa y, sobre todo, antes de salir por las noches, cuando intentaban conquistar la ropa interior de alguna joven en bares anónimos y olvidados sin mucho esfuerzo por él en cuanto comenzó su relación con La Novia cinco años atrás. El abrazo obligatorio por norma social fue la antesala de un silencio incómodo que solo Jota se decidió a romper, tan absurdo le parecía. Detrás de Xavier, tras el portón de entrada al parque, vio a un niño lanzando con fuerza una pelota de plástico contra la cara de otro, que rió con escándalo y la recogió a su vez para patearla hacia el cielo con un sonido sordo.

—¿Qué tal?

—Bien, bien. ¿Y tú? —respondió Xavier, sujetándolo por los hombros y apartándose de él, un gesto cuya traducción podía ser tanto el deseo de ver a Jota de cuerpo entero como el de apartarlo de sí.

—Bien también. —Callaron durante un segundo que Jota percibió como si fuera un siglo, y durante ese momento sintió que el mundo que los rodeaba se movía a más velocidad de la normal y que ellos habían quedado congelados, así que volvió a decir para intentar regresar a la naturalidad— Bien, bien.

Fue entonces Xavier quien puso el motor de la conversación en funcionamiento, comenzando con “te había confundido con uno de estos jóvenes” (el término “jóvenes” chirrió en el entendimiento de Jota por antiguo) y aludiendo a lugares comunes desde los que no se corría el riesgo de caer despeñado, pues era un terreno que ya había sido explorado en la conversación telefónica de la semana anterior. Jota ya había comprobado este fenómeno por el que las conversaciones telefónicas, cibernéticas y en persona parecían estar en dimensiones diferentes, y era como si los datos que se transmitían en una no llegaran nunca por completo a la otra; así, en ese momento se encontraron diciendo más o menos las mismas cosas, utilizando prácticamente las mismas palabras que se habían dicho por teléfono.

Desde las primeras palabras de Xavier, Jota percibió que su voz, sin la mediación de los mecanismos telefónicos, conservaba aún, desde su época universitaria, una manta de gravedad y tranquilidad uniforme que extendía sobre cualquier tema del que hablara. Sin embargo, también estaba dotada de unos matices mínimos aunque exactos de entonación que conseguían que se adaptara a las distintas situaciones (trágicas, cómicas e incluso irónicas) que requiriera, como un líquido se ajusta al molde en el que se vuelca, de manera que ante Jota (y ante el resto de las personas, según sospechaba, y quizá este fuera uno de los motivos de su éxito literario) le daba la apariencia de tener la situación, cualquiera que fuera, controlada en todo momento. Podría haberse ganado la vida en el mundo radiofónico, eso le habían dicho multitud de profesores en su etapa universitaria e incluso desconocidos que no sabían que estaba estudiando la carrera de Periodismo, por lo que Jota tuvo que aceptar que, efectivamente, tenía un timbre de voz especial. No se podía comparar al de La Novia, claro estaba, pero Jota aceptaba, sin poderlo evitar, que en este aspecto (como en muchos otros que en ese momento no quería recordar) Xavier le superaba, pues él tenía una voz plana, sin apenas tonalidades que cambiaran de una situación a otra, lo que transmitía una primera impresión (y confirmaba a posteriori) a los que le escuchaban de ser alguien poco apasionado.

Asimismo, el porte y las maneras a la hora de moverse de Xavier también eran similares a las que recordaba, asentadas con la experiencia que Jota sabía que su antiguo compañero había adquirido con el paso de los años en su trato con los demás. Con su movimiento corporal, Xavier parecía controlar el entorno que le rodeaba, una cualidad frente a la que Jota se sentía patoso. De hecho, cuando se introdujeron en el interior del parque buscando un bar, Xavier tuvo que sujetarle del codo porque estuvo a punto de chocarse contra un ciclista al que no vio llegar a pesar de que tocó el timbre varias veces, según le dijo Xavier después.

Se sentaron en la terraza de un bar, a la sombra, con las sillas mirando hacia otra de las zonas de recreo de niños, un bloque prácticamente igual (aunque Jota sabía que estaba formado por unidades de niños diferentes) a la que había observado minutos antes mientras esperaba. Al otro lado de los niños había un segundo bar en el que, como ellos, un grupo de madres resguardadas del sol dirigía su mirada hacia fuera. Cuando el camarero les preguntó qué querían tomar, Jota pidió una cerveza y Xavier le sorprendió solicitando una marca de agua vitaminada “para refrescar el gaznate”, frase que remitió a Jota a los tebeos de los años 50. Bajo la terraza del bar, Jota fue amasando el tiempo hasta que consideró que tenía la textura necesaria para sacar el tema que venía repasando en su cabeza. Justo en el momento en el que Xavier se puso el sombrero y se llevó el vaso a la boca, soltó:

—Por cierto, ¿sabes que eso de la estructura “circular con tapón” ya estaba más que inventado?

—¿De qué me hablas? —Xavier dio un trago a su agua y miró hacia el frente.

—De ese armazón para montar los relatos que creímos haber inventado en nuestros tiempos de universidad. He estado leyendo tu primer libro de relatos y he visto que...

—Ah, pues gracias por haberlo comprado. Nunca me lo dijiste —le interrumpió Xavier.

J no tuvo más remedio que mascullar que no tenía por qué darle las gracias, que había disfrutado mucho el libro, y continuó:

—El caso es que en uno de los relatos, el segundo creo que es...

—¿Sabes que estoy enfrascado en otro proyecto ahora?

Ya había sacado el tema, así que Jota se vio obligado a seguir las normas de cortesía.

—Me alegro, hombre. ¿Novela o más relatos?

—Novela, claro —respondió Xavier mirándole a los ojos, como si fuera algo obvio—. Por eso me pareció extraño que, cuando hablamos por teléfono el martes, me dijeras que en verano no hay movimientos literarios

—¿Es que ya tienes prevista la presentación? —preguntó Jota, sintiéndose algo ridículo al pronunciar eso de “presentación”. Sabía, por experiencia de anteriores eventos similares a los que había acudido como periodista, que esas presentaciones acababan por convertirse en una reunión de amigos a los que además había que atraer con argucias del tipo de regalo de ejemplares, e imaginaba que no iría un gran número de personas a un evento así, de un escritor de poca monta, como él consideraba a Xavier.

—Claro, y será dentro de bien poco. Seguro que antes de que llegue el otoño.

Xavier se repantingó en la silla y volvió a mirar al frente. A los niños no parecía importarles el calor que les hacía empapar cada vez más sus camisetas y seguían sus carreras frenéticas tras distintos tipos de pelotas. De vez en cuando alguno caía, y, si el daño era suficiente como para hacerle llorar, su madre correspondiente se levantaba de la terraza para recogerle del suelo y limpiarle la nariz, antes de volver junto a las demás a su zona de observación.

J encendió un cigarrillo sin mucho entusiasmo.

—¿Cómo es que sigues con ese vicio? —preguntó Xavier.

—Bueno, no estoy realmente enganchado. No lo estaba en la universidad y no lo estoy ahora. Es raro, pero he soportado mantenerlos a raya durante todos estos años. —Como sentía que no estaba quedando en buen lugar y veía que Xavier no hacía intención de continuar con la conversación, optó por decir— Por cierto, ¿cómo se va a llamar tu libro?

—*Un verano muerto*. Es un buen título, ¿no crees?

Jota emitió una especie de silbido que quería significar que el título no era nada del otro mundo, aunque lo cierto es que creía que tenía gancho. Lo hizo simplemente por tener algo en lo

que diferir en la conversación, por dejar marca de su presencia en ella, aunque fuera de forma negativa. Y es que tenía la sensación, como le solía ocurrir en las charlas con Xavier, de que este lo había guiado hasta los temas que más le convenían a sí mismo, confiando en que Jota se iba a comportar como un amigo y le iba a apoyar e interesarse por todo lo que él le tuviera a bien soltar en su discurso

—¿Y la editorial?

—Es un secreto. Pero tranquilo, que te acabarás enterando de todos los detalles. Seguramente seas el primero en enterarte, fijate bien lo que te digo, y podrás dar una exclusiva a tu jefe. —De nuevo se giró hacia él para decirle— Ventajas de ser amigo del escritor. ¿Cómo te va por el periodicucho, por cierto?

Ya había tenido esa impresión anteriormente, pero en ese momento se percató más claramente de lo poco que recordaba de su experiencia en un periódico en el que había trabajado durante siete años. Se le venía a la mente una habitación muy grande que debía ser la redacción, con los ordenadores y las fotocopadoras, pero era como un cuadro antiguo, con colores oscuros, difuminados y una pátina de polvo y telarañas que impedía distinguir los detalles del lienzo; lo único que podía nombrar del cuadro era el tema, pero no los colores concretos ni la técnica utilizada.

Con estas vagas evocaciones rellenó a duras penas el envase en forma de pregunta casual que Xavier le había cedido al referirse a su trabajo en el periódico, y en un momento de silencio pasó a desmenuzar la frase “ventajas de ser amigo del escritor”. Jota se la repitió a sí mismo, pero no fue capaz de encajar ninguno de los dos sustantivos en él ni en Xavier. Le costaba imaginar al otro escribiendo, y descubrió que nunca se había creído del todo que fuera realmente el autor de sus textos. Quizá no lo creería hasta que lo viera crear uno, sentado delante del ordenador o de un cuaderno, y ni aun así estaría seguro de encontrarse ante un escritor. Valoró si preguntarle una de esas cosas sobre las que se le cuestiona a los escritores habitualmente: cómo era su proceso creador, en qué se inspiraba, cuánto tiempo al día le dedicaba al día a su arte... Pero en vez de eso, decidió darle la vuelta al asunto.

—Yo también llevo formando algo durante un tiempo —mintió, aunque no lo tomó como un embuste por completo.

—Ya, ya.

—Sí. Por ahora no son más que ideas, pero me da en la nariz que son buenas. —Como Xavier no decía nada, continuó— Es una de esas intuiciones que tenemos de vez en cuando, de las que solíamos hablar en la universidad. Tengo varias carillas escritas, pero, la verdad, no me decido a organizarlas y ensamblarlas porque por ahora me está yendo muy bien así. En el periódico nadie lo

sabe, aunque tengo la esperanza de que me echen una mano cuando me decida a publicarlo. Al fin y al cabo, llevo siete años allí, cinco en la sección cultural. Digo yo que algo me merezco, ¿no?

—Ajá —se limitó a responder Xavier.

Decidieron comer en ese mismo bar, aunque para ello tuvieron que orientar las sillas hacia la mesa y mirarse a los ojos, algo que Jota había estado evitando hasta ese momento. Estaban comiendo en completo silencio, según dictaban las convenciones sociales (algo que Jota agradeció) cuando la mesa cayó sobre él como si hubiera cobrado vida. El líquido de los vasos se desparramó por todo su cuerpo, así como el contenido de los platos. Jota se levantó de un salto y vio enfrente a Xavier, que permanecía sentado con un semblante de lo más relajado, como si él no hubiera estado también sentado en esa misma mesa que de repente parecía haberse rebelado contra las leyes de la física. El camarero, como si de su cuerpo pugnaran por salir dos personas con temperamentos diametralmente opuestos, se acercó emitiendo infinitas disculpas en un tono servicial y, a la vez, abroncando a unos niños que huían corriendo. Jota dedujo que el causante del desastre había sido un balonazo, ya que vio una pelota alejarse de la mesa volcada con un bote tranquilo, como si fuera un animal arrepentido de lo que acababa de hacer pero incapaz de haberlo evitado por ser un comportamiento inherente a su naturaleza.

Jota se limpió como pudo mientras que Xavier seguía sentado y propuso que se fueran del bar y del parque, simplemente a otro lugar, ante lo que su antiguo compañero de clase respondió que estaba pensando volver a su casa porque tenía cosas que hacer.

—No te lo he dicho, pero ha venido conmigo mi novia. Hoy no estaba disponible, pero mañana sin falta os conoceréis.

Se despidieron con un apretón de manos. Cuando salía del parque, Jota no pudo quitarse de la cabeza esa última frase, y de ella se ramificaron dos significados que llegaron con la misma intensidad a su entendimiento. El primero era que Xavier pretendía que se vieran a menudo, como si en la primera conversación telefónica hubieran acordado de forma implícita pasar juntos algún tipo de período vacacional, y el segundo consistía en la presencia de un tercer elemento entre ellos como era la novia de Xavier, un cuerpo extraño del que nada sabía.

Decidió buscar un bar con aire acondicionado donde poder resarcirse de la cerveza que no había podido terminar de tomarse en el parque. Llegó al centro y se cruzó con el mendigo habitual, que se volvió a quitar un sombrero imaginario (que le hizo recordar el de Xavier) y al que no pudo evitar olisquear disimuladamente, pues desprendía olor a alcohol reseco. A los pocos segundos se dio cuenta de que el olor le perseguía, por lo que dedujo que no salía del vagabundo, sino de él mismo, de la cerveza que le había caído por encima casi una hora atrás. Desechó la idea de buscar un bar y subió a su piso a darse una ducha y a rematar el día de la forma más digna posible, aunque

solo eran las cinco de la tarde.

Minutos después salió del cuarto de baño desnudo, recién duchado. Como no estaba acostumbrado a que el piso de enfrente estuviera habitado, había dejado la persiana subida, pero se encontró con un hombre igualmente desnudo de cintura para arriba, al menos lo que pudo ver antes de precipitarse a cerrar la persiana. Le había parecido notar que el tipo también miraba en su dirección, y pensó que quizá era uno de esos mirones que se daba placer observando a los demás a escondidas. Esta era una idea (la de observar a los demás sin ser visto) que le atraía y en la que más de una vez había pensado para hacer un relato. Intuía que todos los autores eran *voyeur* en mayor o menor medida.

Al día siguiente, recibió temprano la llamada de Xavier, que le dio su dirección y le invitó a que fuera a su casa en pocas horas, a mediodía. A Jota le cogió de improviso la llamada y no pudo poner ninguna excusa, pero se consoló diciéndose que cuanto antes pasara por ese mal trago, tanto mejor para él.

Salió con tiempo del piso y vio su coche aparcado, regalo de sus padres en el verano en el que ingresó en la facultad de Periodismo; un privilegio ante la inmensa mayoría de sus compañeros de facultad del que había gozado en su momento, aunque ahora, en la distancia, vio como un detalle ostentoso que despreciaba. Prefirió ir caminando, y aunque pronto se arrepintió, por el calor que no cejaba en su empeño diario, se empecinó en terminar el camino a pie hasta la zona de playa, que era donde estaba la dirección que Xavier le había dado. La calle era una paralela al paseo marítimo, y Jota observó de lejos la actividad de los alrededores de la playa. No pudo evitar contrastarla con la quietud del centro, donde él vivía, y del resto de la ciudad en general.

A la hora convenida, Xavier le abrió la puerta de su piso de la cuarta planta con un botellín de agua vitaminada en la mano y le ofreció uno de cerveza que Jota aceptó.

—La tengo para las visitas —recalcó de forma innecesaria, según el juicio de Jota.

Le dejó pasar con un “bienvenido a mi humilde morada” que le sonó afectado. En el breve pasillo de la entrada había un sombrerero que se alzaba fino y elegante, negro, con varios brazos y que parecía hecho de madera. Sujetaba tres sombreros: el que Xavier llevara el día anterior, una pamelita que sería de su novia y un tercero algo menos severo, tipo boina, que Jota fantaseó con que era un regalo para él.

Xavier le condujo hasta un salón amplio y diáfano que tenía como apéndice una terraza. La luz entraba por una puerta corredera, formada por entero de cristal, que en ese momento estaba abierta, y como las cortinas estaban igualmente abiertas, Jota esperó una estancia bochornosa, pero tras unos segundos allí comprobó que no era así.

Cuando Xavier le decía que le enseñaría el resto de la casa más adelante, ya que en ese momento su novia (“mi novia desde hace un tiempo”, especificó Xavier) se estaba duchando, Jota se fijó en un objeto que le llamó la atención en la parte superior del marco de la puerta corredera: una pluma negra que pendía de un fino hilo, tan fino que, desde lejos, la pluma parecía suspendida en el aire y no se movía ni un ápice.

—No la toques demasiado. Puede perder facultades —le dijo Xavier cuando Jota la tenía entre los dedos para ver qué era exactamente.

—¿Qué facultades?

—Es un controlador de clima. ¿No lo reconoces?

A Jota le llegó el recuerdo de años atrás, cuando estudiaban juntos en la universidad, de las visitas que hacían a un compañero de clase que era conocido por tener una plantación de marihuana en la terraza de su casa. De ahí recogió un enunciado similar, el de regulador de temperatura: un aparato rectangular y compacto que controlaba la temperatura del pequeño invernadero en el que el compañero de estudios cuidaba su pequeño tesoro, el detalle que le distinguía y le hacía destacar por encima del resto de estudiantes.

—¿Sigues con ese vicio de la marihuana? —le espetó Jota con la intención de devolverle el comentario de días atrás, cuando Xavier se refirió al tabaco que él seguía fumando de vez en cuando.

—No seas ridículo. Cómo me voy a arriesgar a tener una plantación propia, para que cualquiera dé un chivatazo. Le compro a gente de confianza, y de la mejor calidad. Pero este utensilio no sirve para eso, sino para mantener la temperatura de la habitación a un nivel ideal. Es muy diferente a ese que se utilizaba con la marihuana.

Jota se fijó en que la pluma seguía inmóvil, como si pesara una tonelada.

—¿Ves? —continuó Xavier— Tienes que orientar la pluma con el lado más abombado hacia fuera, y con la parte convexa apuntando hacia la habitación en la que estés.

—¿Pero cómo se consigue eso? ¿Qué propiedades tiene todo el utensilio?

—Digamos que el calor que viene de la calle es absorbido por el interior de la pluma. Allí, baja varios grados, y sale por el otro lado a una temperatura perfecta. —Jota se había quedado pasmado mirando la pluma— También funciona al revés, subiendo la temperatura del ambiente cuando en invierno entra frío de la calle.

A Jota le costó creerse la explicación, pero se dijo que Xavier no tendría un utensilio así de no ser completamente útil.

—Y, mira, te ahorra además el el gasto de aire acondicionado. ¿Tú ves aquí algún aparato de esos?

—Abrió los brazos, señalando el techo del salón- Pues no, claro que no. Cuando nos vayamos de aquí, me guardo la pluma en el bolsillo y me la llevo a mi casa de invierno. Ningún problema.

El gesto de Xavier abarcando toda la habitación le sirvió como excusa a Jota para pasear por el salón, fijándose distraídamente en rincones aquí y allá. El resto de la decoración de la casa exhibía un estilo escueto, casi desnudo, y por tanto los pocos adornos destacaban sobremanera. No había televisor, pero sí un espacio que estaba claramente destinado a su ubicación.

—Qué le vamos a hacer, casi todos los salones tienen ese feo hueco para poner el televisor. Pero ya me dirás tú para qué necesito yo un trasto así —dijo riendo Xavier.

—Hombre, somos periodistas. Tendremos que ver los telediarios...

—Yo soy el que le da la información a los telediaros —cortó Xavier-, y periodistas como yo. A ver si te crees que los que trabajamos en la sección económica nos enteramos de cómo va la bolsa por los presentadores que salen a la hora de comer.

Jota no respondió nada, fingiéndose interesado en los pocos cuadros que salpicaban las paredes del salón. Había uno que le llamó especialmente la atención; quiso mirarlo con detenimiento, pero tuvo que girarse para volver a escuchar a Xavier.

—Como ves —decía—, solo nos hemos traído lo imprescindible, no mucho más. La biblioteca me la he dejado en el otro piso. Solo he cogido los títulos que iba a necesitar para terminar la novela.

—Es cierto, no me acordaba de que estás en pleno parto de tu nueva novela —se vio obligado a comentar Jota—. ¿Cómo la llevas?

—Viento en popa y a toda vela. —Jota se estremeció tras esa expresión anacrónica— Mis personajes ya se están moviendo según la idea que tenía planeada, y eso es algo imprescindible.

—¿Y crees que la terminarás antes de que acabe el verano?

—Sin duda. El calor me motiva, y cada día siento que tengo las situaciones más controladas. Ya sabes que así como no hay que dejar que la verdad estropee una buena noticia, tampoco los personajes deben fastidiar una buena novela. Además, será una novela corta, por lo que el tiempo no es una preocupación.

Se oyó entonces un ruido de puertas cerrándose en la zona de las habitaciones. Xavier miró en esa dirección, hacia los intestinos de la casa ocultos a la visión de Jota.

—A ver si sale ya. Está duchándose.

A esas alturas, Jota se había olvidado de la presencia de la novia del otro, pero el hecho de que aún tuviera que conocerla le sumió en un estado de nerviosismo del que intentó salir dando un nuevo trago al botellín. Hablaron entonces de cosas sin importancia, como si los dos supieran que estaban en el prelude de un suceso de relevancia. Así lo percibió y confirmó después Jota, cuando notó que ella entraba en el salón.

-Jota, esta es Carla. Carla, Jota.

Jota no supo si lo que trastocó su entendimiento, el modo de percibir lo que le rodeaba, fue el nombre de Carla, la palabra en sí, o el hecho de volver a ver esos ojos que le miraban desde una zona que traspasaba la profundidad de las pupilas. El resto de la cara (con los rasgos muy marcados, tal y como los recordaba vagamente), el pelo (castaño entonces pero rubio ahora, cayéndole a lo largo de las mejillas como si fueran dos cascadas, húmedo además por la ducha reciente que había tomado), el cuerpo (delgado y breve, un esbozo) era apenas unos apuntes sin importancia que adornaban lo que para Jota era lo más vital y reconocible de ella: los ojos.

La presentación con los dos besos de rigor no fue para Jota más que una rememoración de

años pasados, cuando conoció a Carla siendo los dos adolescentes.

Estaba casi convencido de que era la misma chica con la que había pasado un mes de verano hacía unos quince años. “Justo en la mitad de mi vida”, reparó Jota en ese momento. Una época en la que todavía viajaba con sus padres y, en ocasiones, con amigos de ellos. Más de una vez había tenido que compartir aburridas semanas con otras parejas que no tenían hijos, pero en aquella ocasión, esos amigos de sus padres trajeron consigo a una adolescente de quince años que a la postre se había convertido en su primer escarceo sexual en los primeros días de vacaciones, su primer amor cuando tuvieron que volver cada uno a su ciudad y su primer desengaño afectivo cuando el verano dio a su fin. Él había sufrido la separación en secreto, pues sus padres, si se enteraron del idilio de ese verano, seguramente decidieron no darle importancia y nunca le preguntaron directamente cuáles eran sus sentimientos.

No recordaba cuál era su apellido, pero en ese momento Jota hubiera dado su vida por asegurar que se trataba de la misma chica, de la misma Carla. Y quiso creer que para ella, su presencia tampoco había pasado desapercibida.

—Encantado —fue lo único que acertó a decir.

—Igualmente.

Sonreía, pero no eran sus ojos los que sonreían, o al menos no solo ellos, sino el interior de su persona sobre todo, tal y como tantas veces lo había visto Jota durante ese verano de hacía quince años.

—Perdonadme, pero en realidad solo he venido a saludar. Al buscar la dirección del piso me di cuenta de que tenía que hablar con alguien de por aquí cerca para un asunto del periódico. Con el director de los multicines —improvisó— ¿Le conoces?

—No, pero suena apasionante —respondió Xavier con media sonrisa irónica que Jota notó irónica.

—En fin, a ver con qué me encuentro. Hasta luego, y disculpad por las prisas.

Jota abrió la puerta, cruzó el recibidor de esa planta y en dos saltos bajó por las escaleras hasta la calle. El ambiente caldeado de esa hora, poco más de mediodía, no le ayudó a relajar los nervios.

Cuando había dado un par de pasos, escuchó un siseo que provenía de las alturas. Jota miró en esa dirección y vio a Xavier asomado a la terraza de su casa, agitando el brazo, despidiéndose, con la misma sonrisa irónica en la cara.

No llevaba caminando más de diez minutos cuando sonó su teléfono móvil. El nombre de Xavier parpadeaba amenazante

—Oye, que he hablado con Carla y se nos ha ocurrido que, como voy a estar toda la semana muy liado con trabajo, podemos almorzar mañana los tres juntos. Si no tienes que ir al periódico, claro —le dijo Xavier.

—Mañana precisamente libro, así que, encantado. ¿Qué puedo llevar?

—Hemos pensado que mejor vamos a algún del paseo marítimo. Así nos quitamos de cocina y limpiar, ¿no?

—Me parece bien. Discúlpame a Carla de nuevo.

—No importa, no importa. Te dejo, que tienes trabajo. Ven para acá al mediodía.

Jota colgó con la sensación de haberse visto envuelto en algo que no le convenía; que no le convenía porque no podía controlar, ya que la invitación provenía de otra persona (de otras dos personas, y una de ellas, para mayor descontrol, era Carla), pero ya estaba dentro del asunto y lo único que le quedaba era jugar las cartas lo mejor posible.

Al día siguiente decidió ponerse la misma ropa que la jornada precedente. “Para no hacer gasto”, se dijo. Tampoco se afeitó, y calculó que ese era el quinto día que omitía esa tarea, aunque no solía permanecer más dos o tres jornadas sin hacerlo. Aun así, se retrasó unos minutos a la cita con Xavier y Carla, que le esperaban en la puerta del portal cogidos de la mano. Ella vestía una camisa ancha, con medias mangas pero lo suficientemente abiertas para que se le pudiera ver el principio de los brazos, en su unión con el tronco, cuando se llevaba una mano al pelo. Jota intentó notar algún gesto de complicidad cuando le dio los dos besos de saludo, quizá una intensidad más acusada en el roce de los labios de ella (finos, nada exuberantes) en su mejilla o, un segundo de demora, pero por el momento Jota no había percibido una comunicación entre los dos; solo él parecía recordar lo que habían compartido en su adolescencia.

—Venga, que se nos pasa el arroz. Vamos a comernos una paella que no se la salta un galgo —le saludó Xavier entre risas, quitándose además el sombrero a modo de saludo, el mismo que llevaba el primer día que se vieron.

Se encaminaron hacia el paseo marítimo, con Xavier siempre unos centímetros por delante, indicándoles el camino, y Jota junto a Carla. Iban a un lugar a cuyo dueño Xavier conocía, aunque no les aclaró de qué.

Durante el trayecto, Jota pudo analizar con detenimiento la voz de Carla, algo que no había

podido hacer el día anterior; sin embargo, no le encontró ninguna peculiaridad y tampoco pudo asociarla a la de la chica a la que conoció en la adolescencia, pero eso no atenuó ni un ápice el entusiasmo que sentía desde la tarde anterior. En los primeros minutos no se atrevió a hablarle más que de generalidades que nada tenían que ver con el tema que le había obsesionado desde que se presentara recién salida de la ducha, y mientras caminaban escuchaban el jolgorio de la gente que volvía de la playa, más acalorados y sudados que cuando llegaron. A su izquierda dejaban la arena, de la que les separaba un muro de ladrillos de menos de un metro de altura que delimitaba la zona playera. Jota tuvo que esquivar una pelota de plástico que llegó lanzada desde esa zona y recordó el incidente de días atrás, cuando se vio por Xavier por primera vez después de años.

—Pues la otra vez no tuve tantos reflejos —le dijo a Carla.

—¿Qué te pasó? —Carla le miró a los ojos y él deseó (como lo deseó durante ese verano quince años atrás) que ese momento durara siempre.

—¿No te lo ha contado Xavier?

Recordó el suceso omitiendo los detalles que podían dejarle en peor lugar, remarcando la agilidad y la comprensión que había tenido con los niños causantes del desaguisado, en contraposición con la desesperación del camarero de las dos personalidades. También le dio un toque cómico a la historia con la impasibilidad mostrada por Xavier en ese momento, y aunque a Jota le había parecido un comportamiento siniestro, no se lo dijo. Carla rió, y Jota reparó en que no era la primera vez que escuchaba ese sonido que parecía deslizarse por su garganta como si esta fuera una rampa de lanzamiento desde la que la entrada en el mundo era más rápida y limpia que desde la de cualquier otra garganta.

Animado por la risa, Jota se dirigió a Xavier.

—No nos llevarás a un bar de guiris, ¿no?

—Pues no te creas que los guiris tienen mal gusto, no. Y no te preocupes, que hoy pago yo.

Ese comentario sobre el dinero sirvió para devolver a Jota a su estado de minutos atrás, y no pudo recuperar la complicidad que había conseguido con Carla.

Finalmente, Xavier indicó con un movimiento de cabeza que volvieran a meterse hacia el interior de la ciudad y acabaron por entrar en un restaurante más bien lujoso en el que estaba apostado en la puerta un tipo con traje (a pesar del calor) que saludo a Xavier.

Carla dijo que le gustaría comer al aire libre y Jota apoyó esta idea, pero Xavier les respondió que el comedor era solo interior, aunque estaría climatizado.

—No con el controlador de clima, claro. Eso solo lo tenemos unos cuantos —se jactó Xavier.

—Ayer con las prisas se me olvidó, pero quería preguntarte dónde lo habías comprado -dijo Jota mientras se acomodaban en una mesa ubicada justo en el centro de la sala. Alrededor apenas había

otro par ocupadas.

—Jota, esas cosas no se compran. Nos las regalan a los que nos las merecemos —respondió, riendo.

Teniendo en cuenta las palabras de Xavier de que la comida iba a cuenta suya, Jota no se fijó en el precio y pidió lo que más le apetecía, un lujo que no se permitía en esos últimos tiempos.

Mientras esperaban, Jota preguntó a Xavier qué era aquello que le iba a tener tan ocupado los próximos días, teniendo en cuenta que estaba de vacaciones.

-Charlas, contactos. Estaré toda la mañana colgado del teléfono, y por la tarde, a las ocho, estoy citado con un tipo. Conseguir fuentes, ya sabes.

-Ya sé, sí -se precipitó a decir Jota, para no perder comba de demostrar que aún seguía en el mundo laboral—. Lo oscuro del periodismo.

—¡Cómo que lo oscuro! ¡Lo principal del periodismo, su razón de ser! —exclamó Xavier, indignado—. Es en este tipo de relaciones cuando se hace el periodismo de verdad. Eso de la pretensión de la objetividad, de la honestidad del periodista, de la búsqueda de datos y precedentes, las notas de prensa... Eso lo puede hacer bien cualquiera, cualquiera que no sea tonto y le ponga algo de atención. Son cosas que se ven y para las que no harían falta ni periodistas, es más.

A pesar de que había subido mucho el tono, ninguno de los comensales de las mesas de alrededor se volvió. Mientras, el camarero había llevado los primeros entrantes, pero tampoco se inmutó lo más mínimo y volvió a la cocina sin una palabra.

—El elemento diferenciador de un periodista de utilidad —continuó Xavier— son los contactos que tenga y el provecho que les saque. El amiguismo, claro que sí, por qué no. Así es como se consiguen las informaciones trascendentes. ¿Tú cuántos amigos tienes, Jota? —preguntó, de sopetón.

La pregunta le pilló por sorpresa y coincidió con una sensación desagradable de frío provocada por el aire acondicionado. Había tenido amigos, Xavier fue uno de ellos, pero en esos momentos tuvo que reconocerse a sí mismo, mientras preparaba una respuesta que no le hiciera quedar mal ante el otro ni ante Carla, que no tenía a nadie al que pudiera llamar así.

—Bueno, no sé cuál es tu experiencia, pero después de tantos años en el mundillo, alguno de los que tú llamas “contactos” han pasado a ser amigos. Por ejemplo, actores, gente de las tablas como Gabi Rivera, al que precisamente tengo que entrevistar dentro de poco.

Aunque Gabi existía, sabía que estaba exagerando el manto de afecto con el que le había presentado a Xavier su nexa con el actor. Hacía casi un año que no lo veía, y por aquel entonces tampoco lo hubiera calificado de amigo, pues se habían limitado a tomarse alguna cerveza junto a otra gente a la que ambos conocían.

Durante la comida, Jota pudo esquivar los temas sobre su infancia y se enteró de que Carla

trabajaba como decoradora de casas.

—Y de cualquier espacio que se pueda decorar, realmente —añadió.

—¿El piso de Xavier aquí, por ejemplo, es decoración tuya? —preguntó Jota.

—En parte, pero yo soy partidaria de que, si se decora algo, se tiene que notar. —Levantó las pupilas del plato y las volvió hacia él.

—Si no se nota es como si no existiera, tienes razón -fue lo único que acertó a decir Jota.

No hubo profusión de vino como era común en su etapa universitaria, ya que Xavier se limitó a pedir su agua vitaminada, y ese fue un detalle más que hizo a Jota pensar que el otro había evolucionado (no sabía decir si de forma positiva o negativa, al igual que sus cambios físicos como la calvicie incipiente o las gafas) y él se había quedado estancado.

En un momento en el que Xavier se quitó las gafas para limpiarle los cristales, Jota se fijó en los detalles del objeto. Tenía una montura gruesa, de color negro y que, si los rayos del sol le incidían de manera adecuada, emitía un brillo que deslumbraba al interlocutor. La primera impresión es que el brillo procedía de la mirada del que las llevaba, pero ahora, con el objeto en las manos de Xavier, Jota comprobó que ese efecto solo era causado por el artilugio. Las patillas, en cambio, eran finas y estaban acabadas en una curva que parecía adaptarse perfectamente a esa zona misteriosa de la cabeza que es la parte posterior de las orejas, un trozo de carne en el que Jota creía que no había pensado jamás hasta ese momento, cuando las gafas de Xavier la habían puesto en su pensamiento.

Sin ellas, Xavier se parecía mucho más al estudiante universitario que Jota recordaba, como si las gafas fueran parte de un disfraz que completaba su indumentaria de hombre adulto. Jota incluso imaginó que las partes sin pelo que ya se empezaban a apreciar claramente en la cabeza de Xavier eran igualmente unas prótesis que le habían añadido en una sala de maquillaje. Todos esos elementos le daban la apariencia de ser una persona diferente a la que era.

—¿Desde cuándo utilizas gafas, por cierto? —preguntó Jota.

—Desde hace unos años, no lo sé exactamente. ¿Tú lo recuerdas, Carla?

La pregunta pareció cogerle por sorpresa.

—No llevamos tanto tiempo juntos, y yo ya te conocí así -dijo, de forma seca.

Todos quedaron callados durante unos instantes, con una tensión que Jota sospechaba que era hija de discusiones anteriores, algo que no le desagradó.

—El caso es que yo también necesito unas. Nos vamos haciendo mayores, supongo —intervino Jota.

—No tiene por qué ser una señal de envejecimiento, sino de madurez. Llegamos a un punto en el que no crecemos. Lo que hacemos es cambiar dentro del envoltorio que es nuestro cuerpo, y se

puede hacer de manera sana, como lo hago yo, o enquistándonos en problemas que tuvimos en el pasado.

Jota agradeció que llegara la cuenta porque sentía que ese comentario le incumbía más de lo que le hubiera gustado. Llegó la cuenta, y Jota hizo un amago de sacar la cartera que fue rápidamente cortado por el brazo de Carla.

—Vamos, estamos en la ciudad en la que vivo, sois mis invitados —insistió Jota, siendo consciente de que, tras las palabras de Xavier cuando iban en dirección al restaurante, todos esperaban que fuera Xavier quien pagara.

Lo que no esperaba era que Xavier interviniera, con una sonrisa en la cara.

—Si así lo quiere, déjalo, Carla. Ya somos mayorcitos para estos tiras y aflojas, además de que todos ganamos un sueldo, ¿no?

Jota tuvo que contestar con la máxima naturalidad posible que por supuesto, repitiendo que ellos eran los invitados en esa ciudad. Carla aún hizo alguna oposición (“es que nosotros somos dos y hemos hecho más gasto), pero Jota sabía que lo que correspondía en ese momento era que pagara él, y así lo hizo, calculando de qué se tendría que privar en los próximos días para compensar ese gasto extra y, ahora que veía la cuenta, estratosférico.

Resolvieron volver al piso de Xavier para reposar la comida y descansar. Allí podrían tomarse un café “como Dios manda”, recalcó, mientras salían del restaurante. En el trayecto de vuelta fueron de nuevo en una formación algo extraña, con Xavier adelantándose cada ciertos pasos.

El piso seguía con la misma temperatura templada que el día anterior, y Jota no pudo más que alabar de nuevo el controlador de clima, esperando que Xavier se lo ofreciera o dijera dónde podía conseguirlo, pero no fue así. Le invitaron a que se sentara en un sillón que había frente al hueco destinado al televisor y los tres tomaron el café casi en completo silencio, como si de forma consciente estuvieran concentrando sus esfuerzos en hacer la digestión.

En un momento dado, Jota intentó sacudirse la modorra levantándose del sillón y asomándose al balcón. Cuando pasó por debajo de la pluma negra, el contraste de temperatura entre el salón y la terraza le resultó asombroso. El sol seguía tan inaccesible como siempre, vigilando y castigando con su calor a todos los que se expusieran a él pero impidiendo que las personas pudieran mirarle. Jota lo intentó, aunque sabía que lo único que iba a provocarle era unas manchas en su visión durante unos segundos, así que volvió al salón y se sentó de nuevo en su sitio.

A pesar del café, Jota se quedó dormido sin darse cuenta. Cuando despertó, no fue capaz de saber cuánto había permanecido así, aunque le pareció que el sol estaba en el mismo punto exacto respecto a la última vez que lo había mirado. Desde la ventana de la terraza, comprobó que la calle

estaba completamente desierta, y de vuelta al salón, aunque miró el reloj de encima del hueco del televisor, no supo descifrar qué significaban las manecillas que simbolizaban el paso del tiempo.

Se sentía envuelto en una burbuja en la que no le llegaban las señales del exterior más que de forma muy atenuada. Se frotó los ojos porque veía igual que por la noche, con un astigmatismo que fundía formas y colores, y además todavía sufría una especie de reminiscencia de las manchas provocadas por el sol, pero no mejoró por eso su visión; de igual forma, los sonidos de la calle entraban por sus oídos con dificultad. Ni siquiera mantenía el mismo tacto con los objetos que le rodeaban (almohadones, sillas, muebles), como si algo se interpusiera entre él y el exterior.

No quiso asustarse y se lo achacó a que estaba recién despierto, así que se dispuso a comprobar si quedaba café y a encender un aparato de radio que había visto que había en la cocina. Una mujer (aunque con voz varonil, Jota supo que era una mujer) hablaba de la necesidad de establecer bases teóricas de agricultura en las escuelas primarias, según aseguraba, para que todos aprendiéramos a alimentarnos por nosotros mismos “en esta época de receso económico”. Al igual que con las manecillas del reloj, Jota tampoco fue capaz de descifrar qué era eso del receso, aunque sí le llegaba la voz con precisión absoluta. Jugó con el modulador del volumen y pudo percibir las diferencias, pero tenía la sensación de que el resto de sonidos no mantenía esa claridad que sí tenía la radio.

No supo en qué momento, como si siempre hubiera estado escuchándolo pero fueran en ese momento cuando por fin saliera al exterior, J comenzó a oír un sonido amortiguado procedente de la que suponía era la zona de las habitaciones, pues Xavier no le había enseñado esa parte de la vivienda.

A medida que se acercaba, el sonido, aunque permanecía velado, comenzó a hacerse más intenso, y Jota pudo identificar los jadeos y el chirrido de los muelles de la cama de Xavier y Carla. Se acercó a la habitación atraído por descubrir más aspectos escondidos de Carla, pero también de Xavier, al que en sus tiempos de facultad nunca había llegado a ver desnudo.

No pudo verlo tampoco esa vez. La puerta de la habitación estaba completamente abierta, retando a Jota a que se asomara a ella, pero el cuerpo de Carla cubría a Xavier hasta la cabeza, como una manta. Jota observó los movimientos oscilantes de los dos cuerpos, pero sin preocuparse de si podía ser visto porque ella estaba de espaldas, y él, con los ojos cerrados. Le pareció que se encontraba a muchos kilómetros de allí y que para ellos era una figurita minúscula e insignificante, tanta pasión parecían poner en la cópula, un asunto al que Jota nunca había llegado a sacarle más partido que el de la satisfacción inmediata, como aquel que no disfruta comiendo, sino que se simplemente se sacia.

Se había ido formando la idea, desde la tensión que había percibido en el restaurante, de que

la relación entre Xavier y Carla podía ir mal, por eso sintió un inicio de decepción cuando los vio así. Pero pronto ese desengaño dejó su sitio a una percepción desconocida hasta ese momento, y es que creyó notar que el aire que ocupaba la habitación iba expandiéndose al pasillo, donde se encontraba Jota, con un espesor especial, quizá entretejido con los fluidos que emanaban de la pareja. Cuando notó que el aire ya se estaba introduciendo directamente en sus poros y se disponía a volver al salón, Xavier abrió repentinamente los ojos. Entre la cabellera rubia de Carla, la segunda capa que cubría a Xavier después de su cuerpo, Jota recibió un guiño suyo, que esta vez sí llegó de forma nítida y claramente traducido a la realidad en la que se encontraba: hablaba de complicidad (por primera vez desde que había vuelto a ver a Xavier, quizá por primera vez desde que lo conocía), de permiso, de confianza en él, y esto provocó que Jota por un momento se viera en el lugar del otro, sintiendo a Carla como en ese momento la estaba sintiendo Xavier.

Xavier volvió a cerrar los ojos y Jota, ahora sí, abandonó el pasillo para regresar al salón. Desde los altavoces de la radio que se había dejado encendida se cantaba una canción que, bajo palabras de amor y pasión, supo identificar una composición dispuesta a asentar valores tales como el conformismo social, aliñados con matices de machismo, aunque el tema estaba interpretado por una mujer.

Jota no pudo soportar tal comprensión de la canción y sintió la necesidad de salir del piso, que se le estaba presentando como una cárcel en la que no podía controlar las señales que le llegaban, ni, lo que era peor, la intensidad de estas, fuerte y directa en lo que se refería a Xavier y el sonido de la radio, pero apenas un reflejo en el resto de los elementos.

Cogió las llaves del piso y del coche de Xavier, salió de la casa y, en dirección a la escalera, atravesó el pasillo que compartían todos las casas de ese bloque, copias idénticas en color y forma. La ausencia de detalles diferenciadores (lo único que cambiaba era la letra que las identificaba) le hizo pensar en que se encontraba ante la misma puerta de Xavier y que quizá todo era un montaje suyo, una asechanza para hacerle enloquecer. Se aseguró de que el ascensor estaba en esa planta y de que no había nadie en ella antes de pegar la oreja en la puerta que estaba al otro lado de la de Xavier. Escuchó unos gemidos similares a los que este y Carla estaban emitiendo en la habitación, y lo mismo oyó en la puerta de al lado, y en todas las de la planta.

Decidió entonces curiosear en los subterráneos del edificio, buscando allí un lugar en el que poder ajustarse de una vez a la realidad que le rodeaba y que tan ajena estaba notando desde que despertara de la siesta.

Bajó hasta el garaje, donde se le ocurrió que fisgar en esas zonas de un bloque de pisos era aún peor que hacerlo en las casas, pues aquellas engloban los aspectos más sórdidos de estas, tales como los conductos de aguas fecales que se unían en el techo del aparcamiento de ese bloque de

pisos. Sin embargo, la estética que compartían conductos y cochera (el lugar se llamaba cochera, había puntualizado con retintín Xavier en su momento, aunque J obvió la observación y siguió refiriéndose al espacio como “garaje comunitario”, sin olvidar nunca lo de “comunitario”) parecía hecha por el mismo creador, pues no dejaban de ser láminas de aluminio de color gris y cemento amazotado.

Abrió el coche de Xavier y se inclinó hacia dentro solo para justificar su bajada a las catacumbas del edificio (pues notaba la presencia de Xavier, y Jota sabía que esta tenía la capacidad de filtrarse por los ladrillos y llegar desde su piso), y cuando se disponía a subir de nuevo su mirada, dio con una forma que hasta entonces había pasado inadvertida cuando Xavier le mostró el garaje por primera vez. Se trataba de un hueco con forma triangular, con un ángulo constituido por el suelo (frente al ascensor) y la inclinación que hacía la escalera que subía hasta las plantas del edificio; el resultado era parecido a una cuña vaciada (si es que es posible que un objeto exista sin la función por la que ha sido creado), o quizá se trataba del negativo de la cuña, pensó también Jota.

Cuando cayó en la cuenta de que el hueco estaba situado frente al ascensor, Jota recibió en su mente un recuerdo, una imagen (que a su vez englobaba toda una historia) que había sido recurrente en su infancia. Vio a un niño de trece años encajado en un hueco similar que había en el portal de pisos donde él vivía, completando con su cuerpo el ángulo de la cuña vacía. Como ese niño estaba justo debajo de la escalera, cuando las familias bajaban por ella hasta el garaje nunca se percataban de su presencia, y tampoco los que, desde el garaje, subían en el ascensor para que este les subiera a la planta donde vivían.

El niño se llamaba Gregorio, un nombre que Jota no había escuchado hasta entonces, a sus trece años también. Era un chaval ciertamente extraño que había aterrizado en su clase como nuevo alumno ese curso escolar, pero que ni siquiera vivía en uno de los pisos del bloque donde se encajaba, sino en otro barrio formado por casas casi derruidas, de pintura descascarillada y con muchos perros en las puertas de las viviendas, esa era la impresión de Jota cuando de niño pasaba por delante a la vuelta del colegio. Gregorio le había invitado a ir allí, pero a Jota no le había entusiasmado la idea y, además, su madre le había ordenado que no se acercara nunca a ese niño, pues era vástago de una familia “mal avenida que estaba tocando fondo”, con estas palabras que se le quedaron grabadas desde entonces. Pero Jota se dejó fascinar con excentricidades como aquella de encajarse en cualquier hueco que veía, ya fuera en bloques de edificios o en la misma calle, y aunque nunca fue a su casa sí frecuentó su compañía en el colegio y en las tardes de después de clase.

Jota no veía esa obsesión de Gregorio como algo espantoso. Era raro (eso sí era capaz de discernir a sus trece años) porque nadie más lo hacía, pero también había cierta lógica en querer

rellenar aquellos huecos incomprensibles que se observaban diariamente al caminar por la calle y en edificios que supuestamente estaban contruidos de forma funcional. Eran puntos muertos que para cualquier observador atento tenían que resultar necesariamente antiestéticos, y Jota pensaba que Gregorio tenía una sensibilidad especial por querer completar con su cuerpo aquellos espacios vacíos.

Las tardes que pasaban juntos después de clase se dedicaban a vagar por el barrio. Gregorio buscaba colillas que estuvieran en un estado lo suficientemente entero como para poder fumarlas (una práctica que había aprendido de sus padres, que eran capaces de consumir el equivalente a dos cajetillas por día si buscaban lo suficiente, según presumió una vez), mientras que la misión de Jota era encontrar huecos en los que el otro pudiera acoplarse. Así, adquirió la costumbre de mirar hacia lugares que parecían inhóspitos para el grueso de la población, pero que para él y Gregorio tenían un sentido especial; era como mirar en el otro lado de una realidad, porque aunque los demás también vieran esos huecos, solo ellos dos podía encontrarles una función que el resto del mundo no conocía.

Esa costumbre se había instalado en Jota para siempre, porque muchas veces se sorprendía mirando en espacios muertos, algo que hacía que sus amigos y conocidos imaginaran que tenía un temperamento despistado y soñador. Pero lo cierto es que no pensaba en nada cuando miraba esos espacios vacíos, sino que simplemente atraían su atención. Quizá era una inquietud con la que había nacido y Gregorio no había hecho más que alimentar, pensó.

La amistad duró poco porque un lunes de abril, repentinamente, dejó de verlo, como si se hubiera quedado en uno de esos huecos que, ahora veía Jota, tenían todos los bloques de pisos del mundo. El tutor de la clase hizo referencia a mitad de la semana a que la familia de Gregorio se había cambiado de barrio (por lo visto, según preguntó Jota después al profesor, se dedicaban a la venta ambulante, aunque a él la combinación de esas dos palabras le resultó una unión absurda de la que no se desprendía ningún significado). En Jota duró algo más el recuerdo de Gregorio que en el resto de sus compañeros, ya que no era un alumno popular (en parte por ese tipo de extravagancias), pero su hueco fue sustituido por otros compañeros o preocupaciones propias de un preadolescente que ya empezaba a vislumbrar que la vida propia estaba formada por las pérdidas que se sufrían más que por las pertenencias de las que se disfrutaban. Otros recuerdos e ideas asociadas encajaron en el hueco que le había dejado Gregorio, como él mismo se ensamblaba a los elementos urbanos, y las pocas veces que se acordaba de él no era más que una ráfaga que carecía de consistencia para permanecer en su mente más que un segundo o dos. Pero nunca había desaparecido del todo, según podía comprobar J en ese momento.

Mientras rememoraba a Gregorio, Jota había intentado volver a la realidad repasando los

contornos del coche con la yema de los dedos, pero los objetos seguían tan extraños como antes. Decidió entonces meterse él mismo en ese hueco, y allí, con las rodillas a la altura de la nariz y el cuerpo encogido, estuvo un tiempo que tampoco supo definir. Se quedó dormido, porque fue consciente de cuando despertó, y cuando se incorporó comprobó que por fin las cosas habían vuelto a su sitio.

Solo entonces se atrevió a subir de nuevo al piso de Xavier, deseando que todavía estuvieran en la cama. No fue así, y cuando abrió la puerta, Xavier descansaba en el sillón en el antes había estado durmiendo Jota (en un tiempo pasado que no pudo determinar con un mínimo de exactitud) y Carla llenaba dos vasos de una mezcla de alcohol y refresco. Mientras Jota dejaba las llaves del coche en la entrada, sin que se dieran cuenta, le preguntó si quería una bebida y él aceptó, mientras que Xavier le preguntó dónde había estado.

—Dando una vuelta por el pueblo, pero he vuelto pronto. Hace un calor...

—El calor es vida, Jota. Es lo que nos hace sudar, renueva nuestros efluvios, lo que permite que no nos pudramos —respondió Xavier, y de repente añadió—. Vamos a la calle.

Se levantó del sillón y cogió el sombrero de un salto, diciendo que tenían que disfrutar los tres juntos en la calle, no encerrados en un piso. Carla apenas acertó a decir que ya estaba preparando las copas, pero Xavier no le prestó ninguna atención y salió por la puerta seguido de ella y Jota.

—Por cierto, ¿hay otros vecinos en esta planta? —preguntó Jota cuando estaban en el descansillo, viendo la espalda de un Xavier que ya se precipitaba escaleras abajo con un paso atlético que él apenas podía seguir.

—Nadie —respondió Xavier sin girarse, y acto seguido, como si fuera algo que tuviera que decir y además supusiera un hecho demostrado e innegable, continuó—. Como los medios de comunicación ocupan un ochenta por ciento de su tiempo en hablar de la falta de dinero de población y organismos públicos, de la escasez de trabajo, de la caída de las ventas de inmuebles, de ropaje y hasta de chicles, la gente no se atreve a comprar, aunque tenga dinero y pueda permitírselo.

Era la primera vez que Jota escuchaba una teoría similar, una vuelta de tuerca más a la recesión económica, pero pensó que quizá Xavier no iba desencaminado. Él parecía completamente convencido.

Desde que la nombró el día anterior, Jota no supo calificar la excusa del trabajo de Xavier como algo real. Imaginó que igual que él vagaba por la ciudad fingiendo que tenía que ir a la redacción del periódico, el otro caminaba de acá para allá en busca de unos contactos que tampoco existían. No sería imposible que se cruzaran y se intercambiaban los papeles uno con otro, pues al fin y al cabo no eran más que unas labores de pega las que representaban, como todas las personas que se veían desfilar por la calle, quizá.

Últimamente se estaba fijando en que había demasiados tipos con traje negro y maletín que no podían ser más que impostores pues Jota no comprendía cómo nadie podía vestir tal indumentaria en esa época del año. No los veía sudar, y esto lo confirmaba aún más a sus ojos como seres artificiales, creados para una función que, tal y como estaba armada la sociedad, alguien o algo tenía que cumplir irremediablemente.

A él también le habría gustado tener una misión que cumplir, aunque fuera impuesta, y encadenó este pensamiento con la idea de comprobar si Xavier le había dicho la verdad respecto al compromiso nombrado el día anterior.

Le había especificado que iba a comenzar su jornada a las ocho de la tarde, así que a las siete Jota se levantó del sofá con la misma ropa que el día anterior (había dormido con ella) y entró en la habitación para coger un cuaderno y un lápiz con vistas a anotar posibles ideas que le surgieran durante la jornada para futuros escritos. Se entretuvo viendo la silueta de alguien que se movía en la ventana del bloque de pisos de enfrente; estuvo a punto de ver cómo era cuando abrió su ventana y echó las cortinas antes de salir, pero el otro hizo lo mismo y solo pudo ver un lado de su cabeza. Mientras bajaba por las escaleras pensó que sería necesario hablar con esa persona el tema de las cuerdas del tendedero.

Se montó en el coche y se desparramó por las calles a toda velocidad hasta llegar a los alrededores del bloque de pisos donde vivía Xavier. Aunque estaba casi seguro de que no le había hablado sobre su coche (Jota tampoco recordaba que él le hubiera dicho en qué medio de transporte había llegado a la ciudad), aparcó a poca distancia como medida de precaución. Pretendía seguirlo sin que el otro se diera cuenta, fuera cual fuera el camino que hiciera, y para eso le podía llegar a servir el coche. Se escondió dentro de una cabina telefónica, algo que le pareció una señal de buen augurio para la misión que estaba llevando a cabo, pues era un lugar clásico que había visto utilizar mil veces a los detectives en películas y novelas.

Esperó durante más de veinte minutos, un tiempo en el que nadie le interrumpió. Aunque Jota no recordaba la última vez que había utilizado una cabina telefónica (que con el apogeo de los

teléfonos móviles eran ya era unas estructuras de otra época), sí evocó la sensación que siempre le habían transmitido, la extrañeza de que no tuvieran ningún tipo de persiana o cortina que impidiera las miradas intrusas desde el exterior. Imaginó que viéndose desde fuera formaba parte de una fotografía en la que hubiera que buscar los objetos anacrónicos que no correspondían con el tiempo en el que vivía, pero en vez de del futuro (como los montajes de personas con relojes digitales en el siglo diecinueve, o de otros comiendo tomates antes del descubrimiento de América), de objetos del pasado que estuvieran casi extinguidos, tales como esa cabina telefónica o los rocambolescos velocípedos con ruedas de diferentes tamaños que Jota solo había visto en fotos en blanco y negro. Pensó también en los lincees como animales a punto de extinguirse, y justo en ese momento un perro callejero intentó entrar en la cabina y Xavier salió del portal poniéndose las gafas y calándose el sombrero. “Otro objeto de otro siglo”, pensó Jota, mientras seguía con la mirada el camino que el otro tomaba.

Se dirigió hacia la derecha, en dirección contraria a la playa. Jota fue dando la vuelta a la cabina para que el otro no le viera hasta que lo tuvo completamente de espaldas y a unos treinta metros, de manera que no era difícil seguirlo sin que reparara en su presencia. No fue hacia el paseo marítimo, donde la ciudad se ahogaba y terminaba en uno de sus extremos, sino hacia el centro de la urbe, algo que Jota agradeció porque así sería más fácil pasar desapercibido, toda vez que la actividad de la ciudad a esa hora se localizaba en la parte urbana y no en la marítima.

Aunque no caminaba a mucha velocidad, parecía que tenía un destino fijo y que quizá hasta iba apurado de tiempo, puesto que no paró ni una vez a mirar escaparates ni otras distracciones. Sí le pareció percibir que saludaba con la cabeza a un par de personas (lo que le hizo darse cuenta de que él no se había cruzado con nadie, y se preguntó a quién diablos conocería Xavier en esa ciudad en la que no vivía y era un simple invitado), pero no se paró a hablar con ellas, lo que hubiera sido lo habitual en su carácter sociable. Esta era una de las características que seguramente le habían catapultado hasta una posición respetable en el mundo literario, ya que haber publicado tres libros con una editorial que traspasaba los límites locales así lo evidenciaba, y se apuntó mentalmente la idea de escribir sobre alguien que cree que tiene muchos amigos y conocidos pero que acaba siendo traicionado por todos y cada uno de ellos. Recordó el papel y bolígrafo que había cogido antes de salir de casa y que tenía guardados en el bolsillo, pero no tenía tiempo ni lugar para pararse a escribir sin correr el riesgo de que el otro se le escapara de su campo de visión.

Iba a intentarlo cuando Xavier se paró ante un semáforo, pero en ese momento notó un ligero golpe en su pie izquierdo. Miró hacia abajo y vio al perro que había intentado entrar en la cabina. Tenía el pelo corto, de color negro absoluto, y el cuerpo alargado, aunque no tanto como para ser considerado uno de esos *dachshund* o perros salchicha. Las largas orejas casi le arrastraban

por el suelo, y en el otro extremo del animal, un rabo igualmente extenso le dio a Jota la impresión de flacidez, como un espagueti recién salido de la olla. Levantó hacia él el hocico, también negro, pero no le pudo prestar más atención porque Xavier ya se había puesto en movimiento de nuevo.

Con la conciencia tranquila de haber escrito en su mente esa idea de relato (que se prometió que imprimiría en papel en cuanto llegara a casa) continuó atento a la persecución de Xavier. Entró en el meollo de la ciudad y Jota comprobó que el perro le seguía casi pegado a su zapato izquierdo, a una distancia en la que estaba cerca de ser pisado a cada paso. No quiso entretenerse en intentar apartar al chucho porque Xavier ya giraba por un callejón a la izquierda sin detenerse un solo instante. La masa de transeúntes fue espesándose por momentos, hasta el punto de que Jota se encontró por sorpresa en una calle ancha en la que apenas podía dar un paso sin darse de bruces con alguien al que esquivar.

Se dio cuenta entonces de que estaba anocheciendo y de que, por tanto, la temperatura había disminuido varios grados. Relacionó los dos hechos, la noche y la concurrencia de gente, y comenzó a notar la presión de las personas también desde atrás, como si la marabunta se esforzara por empujarle hacia un destino concreto. Pudo seguir el rastro de Xavier sin mucha dificultad gracias a que su sombrero se destacaba sobre el resto, pero aun así no se atrevió a mirar hacia atrás para comprobar la cantidad de personas que quedaba a su espalda.

A la vez, escuchaba decenas de conversaciones a su alrededor. Todas parecían la misma, como si las distintas personas se hubieran puesto de acuerdo para continuar con cierta lógica las palabras de los demás y todas fueran un solo cuerpo, o una sola garganta:

—...estaba solo por las mañanas, por las tardes y por las noches. Le hacía falta alguien... —decía, con una voz que se le clavó a Jota en el oído, una chica rubia y bajita a su acompañante, alta y morena.

—...el tipo empezó a hacer cosas raras...—fueron las palabras de un señor que se parecía y tenía el mismo tono que su padre.

—...y cuando menos te lo esperas llega la catástrofe...—escuchó desde su espalda a un viejo que hablaba por el móvil de forma titubeante y que le adelantó con un codazo en las costillas antes de diluirse entre los demás.

—...con el cambio del tiempo, con el verano. Ya lo sabes... —fue lo último que escuchó Jota, antes de llegar a una plaza con una fuente central donde la gente estaba mejor repartida y, por alguna extraña casualidad (como si al cambiar de escenario también cambiara la función que representaba la población), ya no hablaba entre sí.

Durante ese trayecto Jota había ido relajando las precauciones respecto al seguimiento de Xavier. Este no se volvió ni una sola vez, no se desvió tampoco de la trayectoria que parecía tener

predefinida a pesar de la muchedumbre (parecía que atravesaba a alguna de las personas, tan seguro se mostraba en su camino) y, en resumen, a Jota le dio la impresión de que se creía la única persona en el mundo, por lo que no tenía ningún indicio de que supiera que lo estaban siguiendo. Al llegar a esa plaza, ya cerca del centro, de su piso, Jota volvió a acordarse del perro, que sorprendentemente no había sido aplastado por ningún pie y había logrado mantenerse a su lado. Le lanzó una patada suave, de advertencia, pero el perro la esquivó y se colocó de nuevo junto a él, con la lengua fuera. Se fijó un poco más en él y vio que tenía unas manchas más claras, pardas, repartidas por el lomo. No le dio buena impresión el animal, en general, y Jota supuso que sería un chucho callejero ansioso por encontrar un hogar en el que sentirse seguro.

Xavier siguió recorriendo callejones y pasajes, cruzando avenidas, caminando por calles larguísimas; dio absurdas vueltas de casi 360 grados a rotondas, y solo paraba cuando le obligaban los semáforos. Cuando llevaba casi dos horas de seguimiento, Jota barajó la posibilidad de que el otro simplemente estuviera haciendo *footing*, pero con el sombrero, los pantalones de vestir y los zapatos que llevaba, le pareció una idea absurda, más propia de un loco que de un tipo tan cabal y astuto como sabía que era Xavier.

En un momento dado, Jota reparó en que se estaban acercando al barrio de Dolores. Xavier atravesó un descampado que Jota siempre había intentado evitar y entró en el barrio por la parte trasera a donde daban los bloques de pisos, testigos silenciosos de la llegada desquiciada de un Xavier que seguía sin volver la cabeza en ningún momento. Entró en el pasadizo que formaba la calle donde se ubicaba la consulta de la adivina y Jota, espantado, vio cómo se introducía en el bloque número 6, el de Dolores. Automáticamente, recordó qué día de la semana era: jueves, lo que quería decir que en esa jornada la adivina no pasaba consulta, pero esto no le produjo más que un ligero alivio que fue fácilmente superado por el horror de que Xavier y Dolores estuvieran relacionados de alguna manera. Jota notaba que, si esa unión existiera realmente, le habría afectado a una parte muy íntima de sí mismo.

Se ocultó tras una esquina desde la que podía ver la salida del otro y consideró seriamente que Xavier no estaba allí por ningún asunto de trabajo. Aún existía la posibilidad de que se estuviera entrevistando con alguien, pero el hecho de que llevaran más de una hora andando y de que hubieran llegado a esa zona de la ciudad por un camino innecesariamente largo, con numerosos rodeos, le hizo sospechar. Por supuesto, Jota no le había mencionado que estaba acudiendo a la consulta de una adivina de forma regular. ¿Y si la persona con la que se tenía que ver Xavier era Dolores? Todo era posible, aunque no podía imaginar a alguien más alejado que Dolores de los temas económicos que supuestamente trataba Xavier en su periódico.

El perro permaneció a su lado durante la hora en la que Xavier estuvo en el interior del

bloque de pisos. Dio un ladrido cuando este salió por la puerta poniéndose el sombrero, pero Xavier no miró en esa dirección y, con la vista fija hacia adelante, hizo el mismo recorrido que en la ida, aunque inversamente. Era ya noche cerrada, por lo que la visión de Jota se resintió por el reciente astigmatismo adquirido. Como si Xavier también lo supiera, aumentó la velocidad de sus pasos y hubo un momento en el que un semáforo se interpuso entre los dos y lo perdió de vista. Cuando Jota pudo cruzar (provocando la pitada de un coche que le acompañó durante varios segundos más), no fue capaz encontrar el rastro del otro ni de su sombrero por mucho que se elevó de puntillas. Miró al perro con la idea de que este le enseñara el camino a seguir, pero el chucho no hacía movimiento alguno si no era para seguirle a él.

Como recordaba el camino de ida, Jota optó por dirigirse hacia la plaza de la fuente por la que habían pasado y después hacia la calle saturada de gente, que, para pasmo de Jota, seguía tan concurrida como cuando la atravesaron unas horas antes. Quiso ganar unos metros a Xavier, al desaparecido Xavier, dando unos codazos, pero la muchedumbre no parecía darse por enterada. Al igual que en el trayecto de ida, no pudo evitar escuchar las palabras de los transeúntes con los que se cruzaba.

—...¿Y cómo hizo usted para recuperarse? —Esta fue una mujer con rulos, que al parecer se dirigía a un niño, al que cogía de la mano, hablándole de usted y con un acento extranjero.

—...salió a la calle como un loco, con los ojos fuera de las órbitas... —decía un joven rastafari a su acompañante, una anciana.

—...entonces se dio cuenta y tomó por fin las riendas de su vida... —Una sonriente estudiante movió la carpeta que portaba bajo su brazo izquierdo y rozó la cadera de Jota.

Tras la travesía por esa calle, le fue imposible volver a encontrar a Xavier. A esas alturas ya había perdido interés en la persecución, puesto que sabía, más que intuir, que el otro iba a dirigirse de nuevo a su casa, pero aun así decidió coger un camino que creía más corto para confirmar el recorrido. Comprobó que el perro no se había separado de su lado y a los pocos minutos se plantó frente al bloque de pisos de Xavier, pero, aunque lo esperó durante más de media hora, no lo vio entrar. Sí vio, parapetado tras la cabina de teléfono, una luz en la terraza de la casa de Xavier, en el cuarto piso, y una silueta que se corporizó segundos después en el cuerpo de Carla fumándose un cigarro. La luz que irradiaba la llama de su cigarrillo contrastaba con la oscuridad, como si fuera una mancha de quemadura que se hubiera producido en un cuadro, quizá el cuadro que le había impactado en el salón y que no había podido ver con detenimiento, imaginó Jota. El humo del cigarro ascendía desde lo que intuía era su boca (pues no podía verla con claridad debido a sus problemas de visión) hasta el piso de arriba

Después de unos segundos, Carla se volvió hacia atrás repentinamente, como si alguien la

hubiera llamado desde su espalda. Se metió en el interior del piso y Jota la perdió de vista, pensando en cuántas veces había recordado una escena similar, cuando la Carla de quince años (la que creía que era esta Carla) le dijo adiós por última vez y se metió en el coche de sus padres, saliendo a la vez de su vida.

No podía ser otro que Xavier quien la había llamado desde el interior, pero Jota estaba casi seguro de que no lo había visto entrar en el portal en el tiempo en el que llevaba vigilando el bloque desde que hiciera el camino de vuelta. Esperó unos minutos más, pero tras apagarse la luz que llegaba del piso, no hubo más movimiento y Jota decidió volver a su casa, o al menos a su barrio.

Diciéndose que no podía pasar más días sin comprarse unas gafas, llegó a un parque de las inmediaciones de su casa. Eligió un banco que diera al lago central lo suficientemente grande como para que estuviera cómodo junto a una señora que ya estaba allí. El chucho, que todavía le seguía, se subió a su regazo de un salto.

De vez en cuando un pato estiraba el cuello como si alguien le hubiera llamado, pero ninguna de las otras solitarias personas que rodeaba el lago hacía amago de lanzarle comida. A los pocos minutos vio a lo lejos al vagabundo de días anteriores, que andaba con pasos lentos pero inexorables, seguro de que iba a llegar a su destino y sin importarle cuánto tardara. Jota se echó a un lado para que el otro pudiera sentarse con comodidad, sacó su paquete de tabaco y le ofreció un cigarro al otro, que no hizo movimiento ni dijo palabra alguna para rechazar o aceptar la propuesta. Jota se guardó el paquete y, tras unos minutos, le preguntó, por hacer algo, cómo había pasado el día.

—No me puedo quejar —le preguntó, con la voz ronca y esforzada que siempre le había escuchado—. Casi he conseguido que me dejaran entrar en un autobús. Estoy más cerca, de mañana creo que no pasa. ¿Y tú?

Jota dio una calada y dijo, recordando el humo del cigarrillo que Carla había impulsado hasta el cielo.

—Tomando nota de los modelos de conducta a seguir —resumió su persecución a Xavier.

En esto, el vagabundo le preguntó si llevaba algo suelo. Jota todavía soportaba el peso del ambiente en el que se había criado, en una familia sin ninguna necesidad, sino al contrario, con todo tipo de lujos a los que accedían de forma natural, como si fuera algo que merecían por algún mandato divino. Él había intentado separarse de estas ideas desde muy joven, primero estudiando en una ciudad diferente a la que se había criado y después no aceptando el dinero que sus padres insistían en mandarle más que en casos de extrema necesidad. En esas ocasiones no había tratado de devolverles las cantidades prestadas después, ya que sabía que ese era un gesto que carecía de valor

real, pues sus padres nunca iban a aceptar su dinero y tampoco les hacía ninguna falta.

Por eso, cuando el vagabundo le pidió unas monedas, Jota se llevó la mano al bolsillo derecho con naturalidad y le entregó las monedas que tenía dentro. Cuando hizo esto, la mujer que estaba sentada a su lado se levantó con la misma indignación que había mostrado a la que le había preguntado el vagabundo en la otra ocasión, a la salida de la biblioteca, como si fuera una copia de ella. Incluso llevaba también gafas de sol (a pesar de la oscuridad reinante) y una revista en la mano, pero esta era rubia y Jota recordaba el color oscuro del pelo de la otra.

—Pues sí. La vida cada vez está peor.

El vagabundo iba a comenzar una de sus divagaciones, así que Jota se acomodó en el banco y fijó la vista hacia el frente.

—Y que lo diga.

—Ayer, sin ir más lejos —continuó el vagabundo— estuve a punto de ser atropellado por un autobús. ¿Sabía usted que ya no me dejan subir al autobús? Ni aunque tenga dinero. Y no es por culpa de los conductores ni de mi, digamos, presencia física, sino porque siempre está lleno hasta los topes. No hay día en que intente entrar y no me tenga que quedar en la puerta porque dentro no cabe ni un alfiler. Es un despropósito.

Jota escuchó entonces una enumeración de los lugares en los que tampoco podía entrar porque siempre estaban abarrotados: bares, bancos, restaurantes, colegios...

—Hasta en este parque. Mire el lago, cuajado de patos. Y el resto del recinto. —Hizo un gesto que pretendía incluir todo el parque, donde apenas quedaban algunas personas, refugiadas en las zonas de sombra como si se escondieran de la visión de los demás, como forajidos. Las multitudes son un estorbo —concluyó.

—Hoy había más gente de lo normal por la calle, ¿no? —preguntó Jota, por intentar enlazar un tema con otro.

—Esa es otra, que tampoco me han dejado salir en la película.

Jota pensó que ese comentario era una locura del vagabundo, que quizá estaría borracho. Dejó pasar unos segundos, pero optó por seguirle el juego al mendigo.

—¿A qué película se refiere?

—A la que estaban rodando cerca del paseo marítimo. ¿No has visto las cámaras? Se asomaban desde las ventanas de los pisos de alrededor, como cabezas de cíclopes.

La mención a esos seres mitológicos y, sobre todo, a que se estaba rodando una película por donde él había pasado hasta en dos ocasiones, dejó a Jota estupefacto. ¿Todas, absolutamente todas las personas con las que se había cruzado no eran más que extras? ¿También eran falsas las conversaciones que se iban desarrollando y que él había unido como si de un solo discurso se

tratara? ¿Todo era parte de la película? ¿Hasta dónde llegaba la grabación de la película? No le hizo estas preguntas a su acompañante porque, además de que no se iba a fiar de lo que el otro le respondiera, algo en su interior le obligaba a no aclararlas, a seguir con la duda.

Entraron en la madrugada, y cuando se dio cuenta, el vagabundo roncaba a su lado. Jota se levantó, se echó la mochila al hombro y se dirigió hacia su piso con el perro pisándole los talones. No se sintió bien por dejar allí al vagabundo, pero pensó que peor sería despertarlo.

Después de una semana, Jota volvió a hablar con Xavier, pero declinó la oferta de que se vieran alegando que tenía trabajo. Le había costado un gran esfuerzo hacer eso, puesto que Carla había ido colándose en sus pensamientos desde que la viera con la misma intensidad que aquella vez que la conoció quince años atrás. La tentación de preguntarle directamente si era la misma Carla a la que él había conocido le sobrevolaba continuamente, pero tuvo la capacidad de contención suficiente como para no dejarse embaucar. Sentía que el momento en el que supiera la verdad (y la verdad solo podía ser que, efectivamente, ellas dos eran la misma persona) iba a llegar de manera natural; si lo hacía aparecer prematuramente, la respuesta no iba a ser de su agrado, fuera cual fuera.

Durante ese tiempo, cada vez que tuvo que salir a la calle, lo hacía con la misma ropa para compensar el gasto que había hecho en el restaurante. Cuando estaba en el piso se limitaba a ir de aquí para allá en ropa interior, pues el calor de ese mes de julio lo permitía y casi lo exigía.

Se acompañaba los días con la radio y con las lecturas de su biblioteca particular. En un mercadillo del extrarradio compró un par de ejemplares nuevos a un precio, después de mucho regatear, que Jota sabía que era ínfimo, casi ridículo, pero aun así se sintió culpable y redujo todavía más sus gastos en días posteriores.

Un día dio con una emisora en la que un servicio de adivinas pasaba consultas durante las veinticuatro horas del día. Las voces eran tan desagradables, tan distintas a la de Dolores, que Jota amagó con quitar la emisora varias veces, pero los despropósitos que estaba escuchando allí le mantuvieron entretenido.

Le llamó la atención especialmente la llamada de un hombre con voz de derrotado. Preguntó cómo le iba a ir en el amor, pues había tenido muy mala suerte últimamente. Esta era una de las referencias anteriores que muchos de los clientes daban innecesariamente y que ayudaban a las adivinas de pega a hacer un pronóstico adecuado, según había percibido Jota en numerosas ocasiones. Dolores, en cambio, nunca le había preguntado sobre su vida anterior, sino que ella misma había adivinado, o visto, muchos de los detalles; el último, que era hijo único, adivinación que Jota todavía recordaba.

En el caso que estaba escuchando por la radio, si el hombre derrotado antes había tenido mala suerte con las mujeres, había más probabilidad de que la siguiente vez fuera mejor. En consecuencia, la adivina respondió que “aparecía alguien con el pelo claro antes de final del verano”.

—En el mes de agosto... ¿No me puedes decir si es entonces cuando la voy a conocer, o es antes?
—preguntó el tipo.

—Espera. —La vidente utilizaba un tono muy poco amable, como si en vez de estar haciendo algo tan íntimo como hurgar en el futuro de alguien, estuviera limpiando un pescado— Aquí me dice que sobre diciembre o noviembre es una fecha clave, pero que antes va a haber una amistad.

—¿Y sobre qué mes?

—En agosto, a finales de agosto puede empezar a forjarse. Y te digo más, es un encanto de chica. Muy dulce, muy buena persona, muy alegre. Sabe escuchar y te va comprender. A mí me gusta mucho.

Jota supuso que esa manera de hablar estaba destinada a que el cliente creyera que estaba recibiendo una información extra, en la que la adivina no tenía por qué haber indagado. Así, el cliente estaba en deuda, y continuaba preguntando y gastando dinero.

—Entonces, a finales de verano nos conoceremos, pero ¿cuándo...?

—Ya te lo he dicho, cariño —cortó con suavidad la adivina—, a finales de año. Pero tienes que tener en cuenta que esto del tiempo es muy relativo...

—Ya...

—Y veo que es delgadita, ¿eh? No sé si te gustarán delgaditas, pero ella lo es. Delgadita y rubia.

—No sé...

—Aunque ya sabes cómo somos las mujeres, que un día somos rubias y con el pelo largo y, al siguiente, morenas y con media melena. Ahora es rubia y delgada, pero en agosto...

—Muchas gracias, Ana. —De repente, el tipo parecía tener prisa, como si hubiera visto a una delgadita rubia pasar por delante su puerta. Incluso el tono de voz era más enérgico ahora— Que sepas que te escucho todos los días...

—Ya lo sé, me dijeron que ayer estuviste esperando, pero no hubo oportunidad, había mucha gente llamando.

—Y yo que lo comprendo, Ana, no importa. Al menos hoy sí he podido hablar contigo.

Colgó, y Jota no pudo resistir cambiar de cadena. Llegó hasta una en la que se escuchaba una canción pop de ritmo suave. La voz principal era de chica, muy aguda y dulce, melodiosa y con un toque angelical pero también sugerente. “Ahora que te tengo, no necesito nada más”, “tú me llenas de amor” y otras frases similares decía la letra, pero Jota no tardó en darse cuenta de que iba dirigida a Dios.

La extrañeza por el programa de las adivinas y por esa canción casi erótica a Dios se acumularon en los pensamientos de Jota. Las adivinas eran tan poco profesionales, tan diferentes a Dolores... Se preguntó si él habría confiado en alguien así, si habría vuelto más veces a la consulta de adivinas como esas. Quiso responderse que no, pero no pudo aclarárselo porque el timbrado del teléfono (atrincherado detrás del televisor, en el mismo mueble marginal) interrumpió sus

pensamientos.

—¿Diga?

—Hijo, soy yo.

Era su madre, que comenzó a quejarse amargamente de que no se hubiera puesto en contacto con ella ni con su padre en las últimas semanas. Apenas se acordaba ya de la hogar familiar, por lo que no pudo situarla en un lugar determinado de la casa. Era como si estuviera oyendo un programa de radio en el que lo único que importara fuera la voz en sí, con su mensaje incluido dentro, y no la persona ni el contexto en el que fueran emitidas. Con el teléfono inalámbrico en la mano, fue hacia la habitación y se acomodó en la cama, pues preveía que la conversación iba a ser larga. En el piso de enfrente se veía al nuevo inquilino de la casa sentado, en una posición en la que se llevaba la mano al oído.

—Estabais en ese crucero, así que no quise interrumpiros. ¿Cuándo volvisteis?

—Hace un par de días. Pero que sepas que en el crucero también teníamos teléfono.

Jota intentó resolver el asunto de las llamadas que no les había hecho de la mejor manera posible, pero de repente se encontró en una maraña de obligaciones familiares que se espesó aún más cuando escuchó a su padre, de fondo, decir que le saludara de su parte.

-Lo he escuchado. Dile que yo también le saludo, claro -dijo con desgana.

Su madre pareció no haberle oído y pasó a enumerarle las pegas que habían encontrado durante la travesía por la costa occidental de África, que había durado casi tres semanas.

—Lo único malo, la cantidad de personas que se notaba que estaban allí porque les había tocado el crucero en algún tipo de concurso.

—Sí, eso lo hacen últimamente muchas empresas. Los cruceros están de moda.

—Lo que parece no pasarse de moda es la chabacanería. Si los hubieras visto... Familias enteras con los niños gritando, engullendo como si fuera la primera vez que lo hacían, emborrachándose y dándoles a probar a sus hijos... Un despropósito, en fin.

Después sí comenzó con la retahíla de acontecimientos agradables que les habían acaecido, que en comparación con los otros eran minoría.

—Senegal, Sierra Leona, Costa de Marfil... Todos negrísimos. Y qué nombres tienen esos países. Parece que vieron lo que había y pusieron los nombres así a la ligera, sin pensarlo mucho: que había marfil, pues Costa de Marfil; que había leones y una montaña, pues Sierra Leona. Llegamos hasta Guinea Ecuatorial, y allí los negritos son diferentes. Se nota el paso de los españoles. Son mucho más amables.

Jota no quiso empezar una discusión sobre que no habían sido los indígenas africanos quienes les habían puesto esos nombre, sino los diferentes colonos, pero poco le importaba aclararle

a su madre ese punto. “No es problema mío”, se dijo, “Que siga creyendo lo que quiera”.

-Por cierto, ¿cómo va la búsqueda de trabajo? -respondió su madre cuando pareció haberse cansado de contar el viaje.

Jota exageró sus intentos de encontrar un nuevo empleo en las últimas semanas, que se habían limitado al registro en un par de páginas webs de empleo. Después sabía que iba a llegar el inevitable ofrecimiento, y así fue.

—Ya sabes que cuando quieras te mandamos lo que te haga falta.

—Hemos hablado de eso ya mil veces, mamá -respondió al momento Jota, aunque hubiera tenido más ganas de llamarle con el despersonalizado “madre” que con ese familiar “mamá” que no sentía —. Tengo dinero ahorrado, llevo los pagos al día...

—Pero por si acaso, hijo, que nunca viene mal un poco más. —Jota calló, pero ella siguió hablando

— Después está la opción de que comiences a relacionarte con la inmobiliaria.

—Sí, hombre, a estas alturas me voy a meter en ese mundo...

Jota sabía que el éxito de la inmobiliaria se debía a una mezcla de amiguismo en las altas esferas, inversiones acertadas y lavados de imagen ante los medios cuando aparecía algún problema. Imaginaba además que lo que su madre quería decir con “relacionarse con la inmobiliaria” no era más que hacer de testaferro, pues su padre se estaba empezando a ver envuelto en asuntos políticos que fácilmente podían derivar en tráfico de influencias hacia la empresa.

La conversación siguió con un tira y afloja en el que, como siempre, Jota fue dando su brazo a torcer ligeramente hasta contentar a su madre. Terminó diciendo que si cuando terminara el año aún no había encontrado una nueva colocación como periodista, empezaría a pensar en trabajar en la inmobiliaria.

Eso pareció satisfacer a su madre, pero solo en ese terreno, porque a continuación sacó otro tema conflictivo y ya manido.

—¿Por qué no te piensas mejor lo del coche?

—Apenas utilizo este coche, así que no sé por qué voy a necesitar otro nuevo —respondió Jota.

—Pues porque de no utilizarlos también se acaban estropeando. Ya que no quisiste que te regaláramos nada por tu cumpleaños...

—Y aun así me comprasteis ese reloj. Os dije que con la cena era suficiente.

Su madre hizo una última y desesperada acometida para llevárselo a su terreno.

—Y si dejaras que tu padre hablara con ese amigo suyo del periódico...

—Ni hablar, ya lo sabéis. Como me llegue una oferta de ese diario no la aceptaré porque sabré que habéis metido mano vosotros.

—En fin, hijo, no sé por qué te pones así, si todo el mundo acepta favores alguna vez.

“Por eso se empieza”, cortó Jota, y le pidió que le pasara a su padre. El recuerdo de Carla se había hecho presente justo en ese momento, por lo que decidió tantear el terreno de su adolescencia, ya que la familia con la que habían ido de vacaciones era amiga de su padre, no de su madre.

Después de las preguntas de rigor sobre salud y tiempo libre (su padre apenas prestaba ya atención a la inmobiliaria y Jota presentía que solo se estaba metiendo en temas políticos con el fin de distraerse con algo nuevo), atacó el tema.

—Por cierto, que el otro día me acordé de aquellos veranos que pasábamos los tres con esos amigos tuyos.

Jota le habló primero de un matrimonio de pelirrojos que en esa época, en la que no pasaba de los diez años, creía que eran hermanos que se habían casado. Lo cierto era que nadie le había desmentido nunca ese punto de manera categórica, ni siquiera su padre en ese momento en el que Jota le contaba ese recuerdo entre risas. Luego, no pudo aguantarse más y preguntó por aquella vez en la que habían ido con otra pareja que tenía una hija llamada Carla. “Tendría yo unos catorce o quince años”, le dijo, pero ni entre los dos consiguieron especificar en qué lugar habían pasado esas vacaciones. Los padres de ella eran unos seres que carecían de facciones definidas en el imaginario de Jota pero que no diferirían mucho de sus propios padres, ya que ellos solo tenían amigos de su misma condición y gustos, así que la presencia de Carla fue una novedad que se introdujo en la médula de su vida de forma inmediata.

—¿Me lo preguntas por algo?

—No, por simple curiosidad. Hoy me he acordado de esos veranos al ver a una familia en la playa.

—Pues no sé qué decirte, hijo. A los padres solo los vi una vez o dos después de esas vacaciones, y me suena que esa chica murió, pero es algo que oí hace mucho tiempo.

Jota aflojó la presión del teléfono hasta que casi se le cayó al suelo. Se levantó pero tuvo que volver a sentarse al momento, pues estaba mareado

—Pero, ¿estás seguro de eso? ¿Quién te lo dijo? —acertó a preguntar.

—No sé quién me lo dijo, no lo recuerdo. Quizá fuera un accidente de tráfico...

—La chica se llamaba Carla, según creo recordar —intervino Jota—. ¿Te suena el nombre?

—¿Carla? No. Pero como si me dices mil nombres más. Si quieres puedo intentar buscar el número del matrimonio en una de mis agendas.

—No, déjalo.

Jota se convenció una vez más de que lo más adecuado era preguntarle directamente a ella, pero solo cuando fuera el momento. Y todavía no lo era, todavía no había conseguido entrar en la vida Carla como ella había entrado en la suya desde que Xavier los presentó.

Terminó precipitadamente la conversación con su padre y miró hacia la ventana. Fuera, el

sol, pertrechado tras los bloques de pisos, ya lanzaba una luz intensa, puro naranja, que representaba el atardecer y atacaba los ojos de Jota. Echó la cortina de la ventana, y con el teléfono inalámbrico en la mano, salió de la habitación, dispuesto también a salir después de la cárcel en la que se había convertido esa conversación.

A medida que pasaban los días, los pensamientos de Jota sobre Carla fueron dejando lugar a los de la siguiente cita con la adivina Dolores. Ya habían pasado más de tres semanas, así que comenzó a notar una falta de previsión en su futuro que le ponía nervioso, más aún con la penetración de Xavier y Carla en su vida en los últimos tiempos.

Por otra parte, los euros de la próxima consulta, aunque estaba dispuesto y gustoso a pagarlos, le pesaban en la conciencia, así que continuó con su actitud de gastar el menor dinero en todo lo que fuera posible. Comenzó a obligarse a utilizar los aseos de las bibliotecas, a pesar de sus reticencias iniciales en ese asunto, y dio de baja la línea de Internet que tenía en el piso porque se conformaba con la que podía conseguir en los lugares públicos. Llevaba siempre a la espalda una mochila (la mochila de su etapa universitaria) con el ordenador portátil y algún que otro utensilio que le pudiera hacer falta durante el día, así como con comida para no tener que hacer gasto en bares. Los afeitados fueron también algo del pasado; Jota se acostumbró a portar una barba que, ahora sabía o al menos sospechaba, había rechazado toda su vida por convencionalismos sociales.

Asimismo, procuraba no encender las luces del piso, ya que por las mañanas no le hacían falta y por las noches apenas permanecía en su casa: daba grandes vueltas por la ciudad aprovechando la bajada de temperatura o simplemente se quedaba en un parque cercano, donde se encontraba a menudo con el vagabundo que se parecía a Bukowski. Además, tomó por costumbre desenchufar los electrodomésticos aquellos días en que no fuera a utilizarlos.

Había acogido al chucho en su casa, y rondaba por el piso con total libertad. Jota consideró totalmente innecesario ponerle un nombre, pues no lo había invitado y no lo quería, pero tampoco veía justo echarlo a la calle, teniendo en cuenta que el animal se había tomado la molestia de seguirle durante el día en el que espío a Xavier. Lo alimentaba con sobras de sus comidas, y cuando salía a la calle, Jota dejaba la puerta abierta a su espalda durante unos segundos para que el chucho saliera del piso tras él si le apetecía. Así lo hacía la mayoría de las veces, pero había ocasiones en las que se limitaba a mirarle desde la terraza (el lugar en el que se había instalado motu proprio desde que entró en el piso) porque prefería quedarse en casa, algo que a Jota no le importaba. El perro parecía satisfecho, no le daba más problemas y solo soltaba algún ladrido muy de vez en cuando, como si tuviera que cubrir un cupo de ruidos al mes para seguir siendo perro, así que por él no había inconveniente alguno en esa convivencia tácita a la que habían llegado.

Una tarde, Jota estaba parado frente a un contenedor, mirando un sofá que valoraba si podía servirle para su piso, cuando escuchó que alguien le llamaba con susurros contenidos. Desde detrás del contenedor, escondido, el vagabundo que se asemejaba a Bukowski le hacía gestos para que se

acercara.

—¿Por qué no me ayudas? —le dijo el vagabundo cuando Jota se colocó también tras el depósito.

—Claro que sí. ¿Qué tengo que hacer? ¿De quién se esconde?

El vagabundo señaló con la cabeza hacia su espalda y Jota vio allí un carrito de supermercado lleno de comida envasada. En la cumbre, la perenne mochila, una de las señas de distinción del vagabundo. Jota llevaba la suya en el hombro derecho.

—¿Lo ha robado? -preguntó, refiriéndose al carro.

—Lo he cogido, simplemente —le respondió, siempre vigilando la calle—. Estaba por ahí suelto, no tenía dueño. Pero alguien me ha visto y dice que se lo he robado. Yo sé que no es suyo, pero dime tú quién va a creer a un tipo como yo.

Jota asintió con la cabeza mientras se sumaba a la observación de la calle. No se veía a nadie, pero se oían unos gritos apagados de procedencia desconocida.

—Aquí, tarde o temprano nos acabarán encontrando, y una persona sola con un carrito es fácil de alcanzar —dijo el vagabundo. A continuación le explicó que lo mejor que podían hacer era que Jota saliera, entretuviera al tipo el máximo tiempo posible y mientras él se escaparía con el carro del supermercado y le esperaría dos calles más atrás, cerca de su piso. “Cerca de tu piso”, dijo el vagabundo, y Jota se preguntó cómo sabía dónde vivía.

Salió entonces de detrás del contenedor y se dispuso a identificar de dónde llegaban los gritos. A su espalda, el vagabundo ya se escapaba arrastrando el carro.

—¡Cabrón! ¿Dónde está mi compra? —escuchó Jota al doblar la primera esquina.

Un tipo con gafas se le acercaba corriendo, gritándole. Jota fue a su encuentro andando con tranquilidad, las manos en los bolsillos.

—¿De qué me habla? Yo no le robado nada. Solo quiero preguntarle por una calle. —Intentaba mantener la calma, pero intuía que ya se había metido en un lío, que el tipo le había confundido con el vagabundo y que necesitaba descargar su ira.

—¡De mí no te rías, pordiosero! —le interrumpió el otro, ya a su altura, y le cogió de la pechera y comenzó a zarandearle.

Jota intentó explicarle que él no era un vagabundo y que había visto pasar a alguien con esa pinta en la otra dirección (le señaló la dirección contraria por la que en realidad se había ido el vagabundo). La voz, con el meneo que el otro le estaba dando, le salía titubeante e insegura, y supo además que el tipo no le estaba escuchando, cegado y sordo por la pérdida de su posesión, herido en su orgullo. Trató de desasirse de buenos modos, pero el tipo no cedía y cada vez le sujetaba y sacudía con más fuerza. Las gafas se le trasladaban de un lado a otro de la cara, de manera que parecía tener cuatro ojos, dos anexos a los lados de la cara. “¿Dónde está mi compra? ¿Dónde está

mi carro?”, gritaba, con una vena marcándose cada vez más en su frente sudorosa.

Jota vio que por detrás se acercaba con precaución un par de personas, sin duda curiosos del incidente que estaban presenciando en plena calle. Tomó esto como una mala señal y decidió que lo mejor era terminar con la escena cuanto antes, así que dio un golpe seco a los brazos del tipo y, con toda la fuerza que pudo acumular en tronco y asentando el pie izquierdo en el suelo, le dio un empujón en el centro del pecho a la vez que ponía el pie derecho tras su talón para que cayera irremediablemente al suelo. Así lo hizo, y Jota vio cómo las gafas salían disparadas hacia atrás mientras el tipo, con cara de pánico, como si estuviera siendo lanzado a un pozo donde le esperara el infierno, se estrellaba contra el suelo.

—¡Policía! ¡Ayuda! —comenzó a gritar el tipo, aunque Jota no había visto ningún agente por allí cerca— ¡Un vagabundo me ha agredido!

Mientras se alejaba corriendo, estas palabras sonaron ridículas en la cabeza de Jota, como si el otro estuviera más preocupado de construir una frase perfectamente informativa de lo que había ocurrido que una verdadera señal de alarma. Corrió, con la ropa pegándosele al tronco y las perneras rozándole en los muslos, y giró en la primera bocacalle que se encontró. Relajó entonces sus pasos para no parecer sospechoso si se cruzaba con alguien, y torció otra vez a la derecha.

Se encontraba en un callejuela trasera con escaleras de incendio que subían hasta las alturas del bloque de pisos y basura tirada por el suelo. Había también un contenedor más alto de lo normal, rebosante de basura, y Jota se dirigió hacia él como guiado por un presentimiento. Detrás, encogido junto a la pared, estaba el vagabundo, que dio un respingo cuando lo vio para a continuación resoplar, aliviado.

—Menos mal, creía que eras el tipo de antes. Ven aquí, no te vaya a ver.

El carrito de supermercado también se ocultaba allí, y Jota pudo observarlo con detenimiento esta vez: guardaba en su interior varias latas, además de paquetes y envases con comida de distintas marcas; asomaba también la pata de un jamón, y por los lados vio que sobresalían redes de naranjas. Quizá lo miró durante demasiado tiempo o de una forma especialmente ansiosa, porque el vagabundo le invitó a que cogiera algo. Jota comió con ansia, pues acumulaba hambre del día y también de jornadas anteriores, ya que había estado racionalizándose la comida pensando en la reciente visita futura a Dolores.

—Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Eso no importa, ¿no crees? Hasta ahora no hemos necesitado nombres, así que continuemos así.

Jota le encontró una lógica aplastante a esas palabras y reflexionó sobre la cantidad de términos y nombres que eran innecesarios, que solo existían con el fin de etiquetar algo, de que salieran en el diccionario o en libros impresos. Tuvo la idea de escribir un relato con un número

muy reducido de palabras y que aun así fuera comprensible y tuviera calidad literaria, pero cuando iba a sacar lápiz y libreta de su mochila para apuntar la idea, oyeron unos pasos y nuevos gritos del tipo de las gafas.

El vagabundo le empujó el cuerpo contra el suelo y Jota tuvo el reflejo de poner las manos para apoyarse, pero el suelo estaba tan caliente que tuvo que retirarlas al instante y tumbarse directamente sobre los antebrazos y la camisa de manga corta que vestía desde hacía varios días, sumándole así algunas manchas más. Tenía el asfalto a un centímetro de su cara, y Jota podía ver una mancha incrustada en el suelo que en el mejor de los casos se trataría de un chicle que meses o años atrás alguien había lanzado ahí despreocupadamente, sin importarle que ahora Jota estuviera a punto de rozarlo con la nariz. Sintió que el suelo irradiaba una brisa caliente que asemejó a la de las estufas en invierno. Esto le hizo ser consciente de hasta qué punto la ciudad estaba envuelta durante esos meses de verano en una pompa de calor.

Dejaron pasar un tiempo prudencial y decidieron volver a territorio conocido. Frente al hospital central de la ciudad, eligieron uno de los bancos de metal que se extendían a ambos lados de una calle comercial que solía estar muy concurrida. En esos momentos había menos gente, pero Jota recordó que en fechas navideñas apenas se podía andar en horas puntas, y se percató del poder que tenían los anuncios publicitarios en el comportamiento de la gente. Era cierto que en esos momentos había una temperatura muy elevada (calculó que, a pesar de ser última hora de la tarde, se estarían rozando los cuarenta grados) que hacía difícil un paseo, pero en invierno también hacía demasiado frío como para que la gente se paseara por allí como lo hacía, simplemente para comprar los regalos que los medios de comunicación le habían hecho creer que necesitaban. Si en verano se inventaran otra fiesta, seguro que esa calle estaría llena de gente en ese momento, obviando el calor bochornoso.

—¿Sabes?, me ha tocado la lotería —dijo de repente, rascándose la parte posterior de la cabeza.

Jota se quedó callado, confuso, pero no expresó sus dudas por temor a que el otro dejara de hablar. Tenía curiosidad por saber con qué ocurrencia iba a salir esta vez.

—Fue hace un par de semanas —continuó el otro—. Le compré el billete a ese ciego que anda por el barrio de acá para allá —Jota lo conocía, así que asintió—. Me aseguró que me iba a tocar, y así fue. La verdad es que ni me acordaba de que tenía el billete. Pero el otro día saqué todos los papeles que tenía en los bolsillos y di con él.

—¿Y dónde comprobó que era un boleto ganador? —preguntó Jota, y se fijó en que el otro tenía las venillas de la nariz especialmente rojas.

—Sí, lo era, estoy seguro, lo miré —respondió el vagabundo, obviando su pregunta—. Ahora es como si tuviera un dineral en el bolsillo, pero a mí me pesa igual.

Rió su propia frase mientras hurgaba en los bolsillo del pantalón. Después de unos segundos, sacó un papel arrugado que a Jota sí le pareció un boleto de lotería, aunque era imposible ver qué fecha tenía. No quiso acercarse la mano para comprobarla de cerca, pues pensó que el otro podía tomarlo como una amenaza de robo, así que lo miró hasta que se lo guardó en el bolsillo de nuevo.

No dijeron nada más durante unos minutos y Jota se limitó a mirar el paisaje urbano que se extendía ante sus ojos. El número de personas que pasaba por delante de ellos fue disminuyendo más todavía a medida que el sol se hundía tras los muros del hospital, como empujado desde el cielo por una fuerza superior. Jota vio pasar a un vecino que vivía en el piso de abajo, pero este no reparó en su presencia y él se quedó con el saludo en la boca.

Por delante de los dos también pasaron otros vagabundos. Uno de ellos (con la camiseta tan destrozada que apenas le cubría el torso) saludó al vagabundo, pero este, como Jota, no pareció haberle visto y ni movió la cabeza.

En un momento dado, Jota observó que la suela de su zapato derecho estaba algo despegada del resto de la prenda. Probó a volver a pegarla por el procedimiento del simple contacto prolongado con las dos partes, por si la cola mantenía algo de su cualidad adhesiva, pero tras más de cinco minutos, volvió a levantar la planta del pie y la suela se separó de nuevo del resto, como la lengua de un perro que no es capaz de mantener cerrada la boca, del mismo chuchito que había acogido en su piso y que en esos momentos estaría dormitando en la terraza. A Jota también le pareció ver que de la suela se desprendían unas gotas de una sustancia; pensó que sería algún líquido que habría pisado, pero no lo comprobó. Pidió al vagabundo un poco más de comida y este se limitó a señalarle el carro con un gesto despreocupado.

De repente, el vagabundo se levantó del banco y, sin decir una palabra y llevándose el carrito, comenzó a andar en dirección al hospital, donde Jota sabía que por la parte trasera, extramuros, personas que no contaban con una casa en la que dormir solían pasar las noches agazapados entre sábanas y algún colchón. Como si estuviera impulsado por una fuerza superior a él, Jota reaccionó levantándose y alcanzándole cuando se disponía a cruzar un semáforo. Le cogió del brazo y le dijo que parara un momento.

—¿Por qué no duerme hoy en mi casa? Le quiero agradecer la comida.

Aunque era un ofrecimiento sincero, y que Jota veía como completamente natural en ese momento, sabía que existía la posibilidad de que el otro lo rechazara, o al menos se hiciera de rogar alegando que él le había ayudado a escapar con el carrito del supermercado, pero en vez de eso el vagabundo extendió la palma de la mano derecha. Mientras Jota hurgaba en su mochila buscando el juego de llaves, se desabrochó el reloj y se lo dio también.

—Tome, ya me lo devolverá. —Y ya refiriéndose a las llaves—. La negra es la del portal, y la

grande, la del piso. Le explico dónde está y qué número es... -dijo Jota, pero en cuanto el vagabundo tuvo las llaves en la mano, comenzó a caminar, dejando el carrito en mitad de la calle. Aún pudo gritarle el número y la letra de su piso, e imaginó que el otro los había escuchado cuando vio su mochila, a la espalda, desaparecer tras una esquina desde la que, efectivamente, se iba hacia su piso.

Procedió entonces a coger el carrito y empujarlo hasta un banco más apartado de la calle comercial en la que habían estado sentados. Permaneció despierto hasta que se internó en la madrugada y no pasó nadie durante varios minutos. En esa hora la temperatura era perfecta. Jota se tumbó en el banco y utilizó algunos de los plásticos de comida del carro a modo de colchón, de separación entre su cuerpo y el metal, y se durmió en pocos minutos, encogido como un feto y dándole la espalda a las estrellas.

Jota no supo si le había despertado el calor o la presencia gigante de un niño que le miraba desde las alturas, tapando con su cabeza el sol. Durante la noche se había estirado por completo en el banco, aunque no había reparado en ello, y en ese momento se encontraba con una pierna saliendo por un extremo del asiento (lo que, si fuera una cama, serían los pies de la misma) y otra sobre el respaldo. “Completamente despatarrado”, pensó, sopesando si incorporarse porque temía chocar contra la cara del chico, que no parecía tener intención de apartarse. Entonces se dio cuenta de que le estaba hablando.

—Quítate, que queremos jugar a las chapas.

Tendría unos cinco años (o quizá diez, Jota no era capaz de distinguir a los niños a esas edades porque no conservaba apenas recuerdos de su infancia) y manchas en la cara, como si hubiera estado restregándose un periódico contra ella. A Jota le pareció leer en el rostro la noticia de que habían detenido a una mujer por hacerse pasar por periodista, pero no pudo acceder al cuerpo de la noticia; la voz del niño le sacó de lo que supuso que eran las ensoñaciones del que todavía se encontraba en la frontera entre el sueño y la vigilia.

—No me interrumpas, que estoy leyendo el periódico —le espetó, mientras se incorporaba con precaución.

Temía que le dolieran los huesos después de la noche a la intemperie sobre las tablas de metal, pero, para su sorpresa, no notó ninguna molestia e incluso le parecía haber dormido especialmente bien, como si su espalda hubiera tenido la forma del asiento de ese banco y se hubiera adaptado a la perfección; como si ese banco hubiera sido fabricado especialmente para él, para su espalda.

—A la gente como tú le hablo como quiero. Mi padre dice que a los vagabundos no hay que tenerles respeto. Que sois unos vagos y que a trabajar.

—Para empezar, no soy un vagabundo. Y además, los niños de ahora ya no juegan a las chapas. Estás desfasados, que lo sepáis.

Como viera que sus palabras no habían pasado desapercibido y había gente mirándole, Jota decidió marcharse del lugar lo antes posible.

Notó que la sensación de confianza con el vagabundo que le había invadido la noche anterior se había esfumado, como si su comportamiento hubiera estado impulsado por alguna clase de estupefaciente cuyos efectos se diluían con el sueño. No pudo recordar si su ofrecimiento a que el vagabundo pasara la noche en su casa se debía a algún tipo de caridad (de la que hasta ese momento había creído carecer) o de simple extravagancia, pero en esos primeros momentos del día,

con personas en traje y maletín desfilando ante él, el hecho le molestó sobremanera. Tanto que le espantaba la idea de cruzarse con ese extraño en su casa, así que decidió dejar pasar un tiempo para que el otro se marchara. Porque imaginaba que se marcharía cuando despertara, que le había quedado claro que solo le ofrecía su casa para pasar la noche.

Al levantarse del banco se fijó en que la suela derecha de su zapato estaba desprendida casi por completo y recordó un momento, como si él fuese el protagonista de una escena de película en la que un perro se le quedaba dormido sobre el pie y se transformaba en su actual zapato, pero supuso que se trataba de un sueño desagradable producido por la novedad de dormir en un banco y en plena calle.

Se dirigió hacia la parte trasera del hospital para ver si el hombre estaba allí, pero no encontró a nadie. El lugar le produjo a Jota la sensación de un desaliño incómodo: le recordó a un campo de batalla en el que los muertos se hubieran levantado de las mantas en las que habían sido improvisadamente amortajados. Las mantas estaban arrugadas y con manchas evidentes, puestas de cualquier manera sobre el muro trasero del hospital y mezcladas con algunos trozos de cartón. Supuso que la ausencia de los hombres que pasaban la noche en ese lugar se debía a la hora. Sería más de mediodía, pero como no tenía reloj desde que se lo regalara al vagabundo, no pudo confirmarlo. El sol, desde luego, ya pegaba con fuerza, provocándole que unas gotas procedentes de la parte superior del cráneo le resbalaran por las mejillas.

Preguntó a una mujer que caminaba por la acera si podía decirle la hora, pero le esquivó y le miró de medio lado, como si considerara una osadía que un tipo como él se hubiera atrevido a dirigirse a su persona. Jota no supo explicarse por qué, pero tampoco le dio tiempo a más cavilaciones en ese sentido porque le pareció reconocer al vagabundo en una calle cercana, dirigiéndose a paso rápido hacia una parada de autobús. Más que reconocer al tipo, a Jota le llamó la atención la ropa que vestía, una camisa que creyó propia, así que fue también hacia la parada de autobús para recriminarle el abuso de confianza en el que había incurrido. Cada pocos pasos tenía que parar su carrera porque la suela del zapato seguía desprendida y corría el riesgo de tropezar y caer, pues se quedaba enganchada en todas las imperfecciones del suelo. No pudo alcanzarlo a tiempo; vio cómo se subía a un autobús que estaba llegando en ese momento a la parada y se marchaba sin que él pudiera ni llegar a gritarle.

Si el hombre estaba todavía en su casa, no quería cruzárselo, y si era el que se acababa de ir en el autobús, no podría entrar en su vivienda porque las llaves las tenía el otro, así que decidió esperar en un lugar cercano desde el que pudiera ver al hombre si salía a buscarle. De todos modos, cada cierto tiempo volvería a la parte trasera del hospital, por si había regresado a ese lugar.

No había ningún sitio con sombra, así que después de una hora de espera tuvo que entrar en

un bar cercano para refrescarse. En el interior apenas había tres clientes, que se situaban alrededor del aparato del aire acondicionado con la cara vuelta hacia él como si el utensilio fuera una especie de tótem al que le debieran la vida por protegerles del infierno que había fuera.

Jota se sentó en un taburete que daba a la barra y, tras pedir un vaso de agua, se dedicó a desenredar la maraña de sonidos que se entrecruzaba en el interior del establecimiento. Se centró en cada uno de ellos hasta el punto de que parecía que los estaba oyendo con unos auriculares especialmente aislantes, incluso como si estuvieran dentro de su cabeza, como si fueran los sonidos de las corrientes eléctricas que hacían funcionar su cerebro.

Desechó primero el ruido monótono del aire acondicionado, y luego (tras percatarse de que no había ninguna información que fuera más allá de lo anecdótico, que no le incumbía lo más mínimo, ni de los lugares comunes con los que se construían conversaciones débiles) hizo lo propio con la charla de los otros clientes del bar. Llegó después el turno de la cafetera, que destilaba las gotas de café desde su interior hasta la abertura de la taza con la delicadeza propia de un amante, y pasó a centrarse en las palabras de la radio, aunque no pudo encontrar el aparato reproductor de donde salía el sonido.

En un boletín informativo, un locutor informaba con tono severo (como si su discurso pudiera evitar a posteriori la desgracia que estaba anunciando y que ya se había producido) de que “una individuo” (así la llamó) había sido detenida la noche anterior por colarse en el estudio de grabación de un programa nocturno de esa emisora, programa que Jota solía escuchar. La información detallaba cómo la mujer, de unos cuarenta años, se había aprovechado de la poca seguridad que había a esas horas de la noche en el edificio donde se ubicaba la emisora y, una vez dentro, se las había apañado para atar y amordazar a la presentadora del programa y al técnico de sonido que la acompañaba. Esperó a hacer esto cuando dieron paso a publicidad, de modo que cuando terminaron los anuncios tomó el control del programa y estuvo un cuarto de hora dando soluciones a las personas que llamaban, ya que el espacio radiofónico tenía uno de esos formatos en los que los oyentes llamaban para contar diversos conflictos de sus vidas y esperar recomendaciones para solucionarlos, tanto de la presentadora como de otros que llamaran a continuación.

El locutor añadió que la asaltante no tuvo problemas en realizar las funciones de presentadora y de técnico de sonido a la vez, pues había cursado hasta tres carreras universitarias relacionadas con la comunicación, aunque en esos momentos se encontraba sin empleo.

La noticia terminaba con el presentador disculpándose con toda la audiencia y especialmente con aquellos que habían sufrido la fatal coincidencia de haber llamado al programa en la franja horaria en la que esa perturbada había asaltado el estudio. “Sin embargo”, continuó, “no podemos

recomendarles que no sigan los consejos que esa mujer tuvo a bien ofrecer. Como siempre decimos, nuestro programa solo sirve como apoyo o desahogo, y advertimos a nuestros interlocutores de la conveniencia de acudir a psicólogos u otro tipo de especialista, pero tenemos que reconocer que los consejos de la mujer asaltante eran realmente adecuados para las situaciones de desesperanza que expusieron nuestros oyentes”.

A continuación sonó la sintonía del boletín y Jota pensó durante un instante por qué no había escuchado el programa de radio el día anterior, antes de acordarse de que había pasado la noche en el banco. El recuerdo le llegó con la pátina de molestia en la que estaba envuelto desde que despertara, como si eso hubiera supuesto una traición a sus principios, aunque él no recordara haber despreciado nunca a las personas sin techo, como sí sabía que hacían otros que había ido conociendo a lo largo de su vida. Una facción de la sociedad al que pertenecía sin duda el padre del niño que le había despertado esa mañana.

Se sintió decepcionado por no haber podido formar parte de algo así, de un grupo de personas que participaran en lo mismo, aunque eso no hubiera sido más que una farsa. La disculpa del locutor que acababa de escuchar habría significado que alguien se habría dirigido a él directamente desde un lugar lejano, desconocido, pues la emisora de radio era algo ajeno que no podía situar pero que quizá le correspondía en cierto modo, pues él también era periodista.

Siguió sentado en el taburete unos minutos una vez que hubo terminado el café, pero en la emisora de radio habían dado entrada a un programa sobre jardinería en el que no logró sumergirse hasta el fondo y que de todas maneras no le interesaba, así que pagó lo consumido y salió al exterior. No pasó ni un segundo cuando el sol le quitó la manta de frío formada por el aire acondicionado en la que había estado envuelto en el interior del bar. Iba a echar un nuevo vistazo a la parte trasera del hospital cuando se cruzó con Fernando, su antiguo compañero de redacción que le había recomendado a la adivina Dolores.

Como era más alto que él, pudo ver en qué parte exacta de su cráneo nacían las gotas de sudor que, tras unos segundos de equilibrio, acababan desbordándose por la cara. Parecía muy excitado, como si hubiera hecho una carrera y acabara de terminarla segundos antes, pero no vestía con ropas deportivas, sino con camisa de manga corta y corbata, una combinación que a Jota le resultó ridícula. Aun así, puso buena cara, y, tras un débil abrazo sin convicción, ambos comenzaron utilizar las palabras como escudo entre los dos. Cómo estás, de dónde vienes, qué tal el verano y similares.

—Estás triste —afirmó en un momento dado Fernando, con su voz particularmente chillona, casi femenina.

—No es agradable quedarse sin trabajo de la noche a la mañana, ya lo sabes.

—Aun así, no hay por qué estar triste. La vida sigue, y mira como yo me he buscado rápidamente la vida por otro lado.

—¿A qué te refieres?

—A olvidarme del periodismo

A Jota no se le había ocurrido buscar un trabajo que no estuviera relacionado con ese campo, su campo, el que había estudiado, aunque imaginaba que ese momento llegaría más pronto que tarde si seguía pasando el tiempo y continuaba sin tener un empleo. En ese momento no se podía ver vendiendo seguros o repartiendo pizzas, pero sabía que muchas personas no tenían más remedio que hacer eso y acababan acostumbrándose; le resultó inquietante no poder verse tampoco, después de tantos años en una, en la redacción de un periódico, pero supuso que también él se había acostumbrado al desempleo.

—¿A qué te estás dedicando ahora? -le preguntó a Fernando.

—A vender cartas del tarot. La cartomancia está al alza, Jota, y la verdad es que no me va nada mal.

Jota dejó que el otro se explayara contándole las peripecias de su nueva vida mientras pensaba si se podía imaginar vendiendo cartas de tarot como él, y fue algo que no le resultó tan extraño como los empleos en los que había pensado anteriormente, incluido el periodismo.

—Fue Dolores quien me dio la primera baraja para que la vendiera. Sigues visitándola, ¿no?

Mientras Jota le respondía que sí, aunque menos de lo que le gustaría debido a su falta de ingresos, se pusieron bajo el toldo del bar para frenar la carrera de gotas de sudor que hacían sus cráneos, pero tampoco se podía estar en ese lugar.

El ciclo de la conversación llevó involuntariamente a Jota a ofrecerle al otro a que fueran a su casa.

—No te quiero molestar. Algo tendrías que hacer.. —dijo Fernando.

—No es molestia. Vivo cerca de aquí y te puedo invitar a comer.

—La verdad, vamos a cualquier lado, adonde sea con tal de evitar este calor —Fernando salió de la mínima tregua que daba el toldo como si le molestara más la sombra que el sol—. Además, en verano yo apenas como.

Cuando subían hacia su piso, Jota pensó en las similitudes que tenían los ascensores con las gargantas. Ellos estaban subiendo por la laringe, acabarían en la laringe, su piso, y... ¿dónde terminarían? En ese momento notó un principio de dolor en la garganta, atenuado rápidamente y por completo por el recuerdo de que había invitado al vagabundo a su casa y él era el que tenía las llaves.

No encontró ninguna explicación razonable para justificar a Fernando este hecho. No podía llamar al timbre y esperar a que le abriera (si es que todavía estaba allí), pues no sabía qué

explicarle a Fernando ni cómo se comportaría el otro tipo. Iba a tener que decirle que no encontraba las llaves, que se le habrían perdido, que se le habrían caído por la calle... y quizá, luego, tener que llamar a un cerrajero para que le cambiara la cerradura, con su gasto correspondiente. Pero Jota retrasó decir todo esto hasta que no estuvieron frente a la puerta cerrada. Ahí fue donde jugó sus últimas cartas.

—Espera... ¿Seguro que queremos encerrarnos en una casa? Podemos bajar y tomar una copa propuso desesperadamente, aunque intentando guardar las formas.

—Hombre, ya que estamos aquí... Por lo menos dame alguna bebida fría y luego vemos qué hacemos.

Jota no vio salida al traje en el que se había metido, así que se resignó a lo que el destino le tuviera preparado y se dirigió hacia la puerta tras la que vivía. Inició el movimiento de meter la mano en el bolsillo y justo en ese momento vio una llave reluciente sobresaliendo de debajo de la alfombrilla de la entrada. Se agachó como si fuera a atarse un zapato, recogió la llave mientras manipulaba los cordones y se incorporó para abrir.

La casa se le presentó distinta a como la había dejado, fue consciente de eso, pero con un desorden que podía considerar como propio, o al menos no como ajeno. Había mantas en el sofá, como si el vagabundo hubiera decidido dormir ahí, algunas sillas cambiadas de lugar y el aparato de vídeo encendido, aunque con la televisión apagada. Asimismo, se encontró con algunas sartenes sucias en el fregadero que sabía que él no había dejado antes de irse del piso, pero no le importó que el vagabundo hubiera hecho uso de todo eso porque al fin y al cabo él era el que le había abierto la puerta de su casa.

Cuando Jota llevó un par de copas hacia el salón se encontró con el chuchó, negro como el petróleo, apoyado en sus patas traseras sobre Fernando, como si quisiera darle las delanteras a modo de saludo.

—¡Qué perro tan amistoso! —exclamó— ¿Desde cuándo lo tienes?

—Desde hace poco tiempo. Sí, es muy simpático, me hace mucha compañía —respondió Jota, aunque para él el perro era más bien un objeto de decoración que un ser vivo que tuviera la capacidad de acompañarle.

Cerró todas las cortinas para que entrara el mínimo calor posible e invitó a Fernando a sentarse donde quisiera, aunque antes tuvo que recoger del sillón el reloj que le había dejado el vagabundo y un libro que también debía de haber dejado allí. Era precisamente una obra de Charles Bukowski, y esa coincidencia, unida a los efectos del alcohol que habían empezado a consumir, trasladaron a Jota hasta un estado diferente al que había habitado desde que despertara en el banco; se parecía al que le había provocado que diera al vagabundo las llaves de su casa la noche anterior,

y de igual forma le ofreció a Fernando algo de comer, aunque sabía que en el nevera no guardaba más que una bolsa de pan de molde y algunos embutidos, la comida con la que se había estado alimentando en los últimos días.

Por suerte, Fernando rechazó el ofrecimiento y simplemente estuvieron bebiendo una copa tras otra mientras conversaban sobre asuntos que a ninguno de los dos les importaban demasiado pero en los que pusieron un énfasis desmedido, como si quisieran evitar que el otro impusiera su opinión en el mundo interior que se estaban formando cada uno en base al alcohol que consumían.

En un momento determinado de la tarde, Fernando propuso a Jota que encendiera el aparato de aire acondicionado, pero este dijo que mejor salieran a la calle a continuar la celebración en algún bar. Se atusó la barba ante el espejo de la entrada y, después de un momento de duda, decidió no cambiarse de ropa tampoco ese día.

—¿Qué celebramos? —preguntó Fernando mientras salían por la puerta. El perro había optado por quedarse esta vez en el piso.

—Que somos los dos personas, qué más quieres celebrar.

Cuando salieron al exterior, Jota se sorprendió de que aún hubiera esa luminosidad en la calle, en contraste con la oscuridad en la que habían estado sumidos en el piso. Algo tambaleantes, se dirigieron al paseo marítimo y eligieron un bar en el que, a pesar de que no eran ni las nueve de la noche, ya había algunas personas bebiendo copas.

Empezaron en ese bar, pero luego cambiaron varias veces y Jota perdió la cuenta de en cuántos habían entrado. En todos pidieron una copa, pues acordaron que era de mal gusto salir sin pedir nada así como beber más de una. Fernando, además, entró en todos y cada uno de los servicios, pero cuando Jota le preguntó (sospechando que estaba tomando algún tipo de droga), respondió que solo iba a echarse las cartas a sí mismo con un poco de silencio. Para demostrárselo sacó una baraja del bolsillo y añadió que no se lo había dicho antes para que no le entrara la tentación de pedirle que se las echara a él también, pues la adivinación era algo “que tenía su momento preciso”, y el suyo todavía estaba con Dolores. Estas palabras hicieron recordar a Jota que tendría que tenía que preguntarle a Carla que le revelara si era la chica que conoció, y notó que él se estaba acercando a ese momento (más que el momento a él) cada minuto que pasaba.

Era ya de madrugada y estaban en una discoteca repleta de jóvenes de distinta calaña, todos bronceados y con una base de olor de crema solar por debajo de sus perfumes particulares. Jota había tenido que colarse junto a un par de chicas en un revuelo que había habido en la entrada, pues la primera vez que lo intentó le miraron de arriba abajo y le dijeron que “con esa pinta” no podía entrar.

Apenas se podían mover, y a duras penas lograron llegar hasta la barra para pedir la copa.

Entre las luces oscilantes y el ruido infernal de una música que Jota no supo clasificar en ningún género que conociera, Fernando se acercó a él y le gritó al oído (con su habitual voz penetrante, todavía más chillona para intentar hacerse oír por encima del ambiente) que conocía uno de los grandes secretos ocultos de ese país.

Le contó, a grandes rasgos, que el Gobierno estaba ideando un plan perverso para maquillar las cifras de desempleo en el país. Consistía en, primero, inflar la el número de población (con la referencia a los recientes éxitos de la selección nacional de fútbol, una noticia que quedaba muy simpática en los telediarios pero a la que no daban más explicación) con la creación de unos robots imposibles de diferenciar de los seres humanos. A esos robots se les daba un trabajo en empresas públicas de todos los sectores, aunque disimulando a algunos entre la población desempleada o entre los directamente desahuciados. Por supuesto, no se les pagaba salario y no realizaban ningún trabajo demasiado complicado porque, según le explicó Fernando, las propiedades de los robots llegaban hasta el punto de poder imitar con total fidelidad los comportamientos humanos, pero no podían desarrollar un pensamiento más complejo o propio; simplemente firmaban documentos, sellaban copias compulsadas o recitaban los horarios de apertura de cualquier oficina pública sin problema, algo que era suficiente para cubrir varios miles de puestos de trabajo en los organismos oficiales.

Por último, solo había que despedir a esos robots, a los que no se incluía en las estadísticas de desempleo porque carecían de documentación real, y eran inmediatamente guardados bajo llave o destruidos. Así, el número de personas desempleadas bajaba en porcentaje, aunque eran siempre las mismas.

—Pero hay un fallo en todo ese sistema —dijo, bajando el volumen de su voz y cogiendo a Jota, para que se pusiera a la altura de su boca— y es que algunos robots se han mezclado tanto con nosotros que no se distinguen, y ahora han perdido la pista de muchos. Están entre nosotros, Jota..

—Has bebido demasiado. Estás borracho, aunque yo también.

—Lo estoy, lo estoy, pero lo que has escuchado no es ninguna tontería. Eso existe de verdad. Solo hay que hacer los cálculos de población y, sobre todo, fijarse muy bien en la gente con la que te cruzas. Imagino que no lo habrás notado, porque hay que prestar mucha atención, pero los que son robots no tienen la cabeza acabada en un pequeña protuberancia. ¿Ves? Yo no la tengo —dijo Fernando, enseñándole la coronilla, donde ya tenía muy poco pelo y se asemejaba a la tonsura de un monje.

Jota se tocó también la cabeza y no notó nada, e involuntariamente se comenzó a fijar en las de los demás, pero la mezcla de poca luz y de movimiento de la gente no le permitían ver nada con claridad. La teoría que acababa de escuchar podría explicar por qué últimamente veía pasar durante

el día a tantos tipos enchaquetados y encorbatados, con trajes oscuros que aun así no le provocaban sudor a pesar de las temperaturas del verano.

Sin embargo, esta revelación tuvo la capacidad de hacerle sentir como recién despierto de un sueño, y vio lo absurdo de todo: de la situación, de la historia y del ambiente en el que se encontraba con Fernando.

Después de unos minutos, se volvió de nuevo hacia Fernando y le dijo.

—Ahora te voy a confesar yo algo, pero espero que no me juzgues por ello ni le pidas a Dolores que me eche un mal de ojo, que tú parece que tienes mucho contacto con ella.

—Tranquilo, las maldiciones requieren mucha preparación, tanto psicológica como de logística. Y yo ahora no estoy en condiciones de iniciar algo así.

Jota tuvo que pedirle un par de veces que le repitiera esa última frase, pues solo había podido escuchar las partes más agudas de la voz de Fernando, pero sin poder completar el mensaje completo. Cuando por fin se hubo enterado, continuó.

—Pues ahí va mi confesión. ¿Sabes qué? Hoy he dormido en la calle. Hay que acabar con la rutina, ¿no?

—Me parece muy bien. Imagina que todos viviéramos en la calle. Se acabarían los problemas con los vagabundos porque todos lo seríamos.

Jota se dio cuenta de que ese comentario era muy acertado, y ese fue el punto de retorno a la realidad. Seguía estando ebrio, pero era una ebriedad como la que había experimentado siempre antes, con simples mareos que lo único que le producían eran ganas de vomitar. Se acordó además de otros detalles (como el dinero que llevaba gastado en bebidas esa noche) que sirvieron para ajustarlo a la “ruin existencia”, así la denominó mentalmente, en la que estaba encajado desde hacía meses.

En esto, un tipo con el pelo rojo (que Jota no supo distinguir si era natural o teñido) se le quedó mirando y le dio un empujón con el hombro derecho. “Puto vagabundo”, escuchó Jota cuando sus cuerpos se pusieron en contacto, pero ni en esa posición fue capaz de ver si tenía la prominencia de la que le había hablado Fernando, detalle que ya iba perdiendo interés para él.

Decidió salir a la calle y volver a su casa lo antes posible. Se hizo hueco entre la gente con mucha dificultad, pero por fin logró llegar hasta la puerta, desde donde le empujaron hacia el exterior. Hasta después de unos pasos no se acordó de Fernando, como si hubiera sido un personaje que, perteneciendo a su estado anterior, hubiera desaparecido con él. No le seguía, así que hizo el camino hasta su casa solo y en silencio.

—Mucho trabajo tienes tú, ¿no?

Xavier había vuelto a llamarle con intención de que se vieran. Decía que había conocido un par de lugares bastante bonitos que quería enseñarle. Ni siquiera le preguntó si los conocía, dando por hecho que no, y esto fue algo que molestó a Jota, puesto que denotaba que el otro le tomaba por alguien que, después de cinco años en esa ciudad, no había mostrado un mínimo interés por ella.

Sabía que Xavier en algún momento iba a poner en duda las excusas que le había estado poniendo últimamente, pero no había preparado ninguna prueba con la que poder convencerle. Sin embargo, esta vez el tono del otro traía consigo una especie de urgencia que obligaba a Jota a darle una explicación concreta. Esta tenía que ser un gesto definitivo que disipara las dudas de Xavier de una vez por todas y que consiguiera que él se asentara en su mentira sin más temores a ser descubierto; que pintara su embuste del color de la verdad, a fin de cuentas.

—Pues lo tengo, qué puedo hacerle. Pero, ¿por qué no me acompañas? Será un entrevista lo que haga —improvisó—, a un actor local que está ganando cierto prestigio. Es ese Gabi Rivera del que te hablé. Después podremos ir adonde quieras.

Hubo entonces un silencio en la línea, seguido de un pitido agudo en el que, de fondo, se escucharon otras voces. “Era la misma persona, pero no me di cuenta. O tal vez no quise darme cuenta. ¿Quién entiende el cerebro?”, dijo una voz chirriante de hombre que a Jota le resultó familiar, aunque no supo distinguir de quién. “He escuchado que normalmente solo utilizamos el diez por ciento del cerebro”, le respondió otro tipo, con tono grave. “Pues en este asunto yo debo de estar utilizando el cero con cinco”, concluyó el primero. A continuación, la línea pareció restaurarse.

—¿Me escuchas bien? —preguntó Jota.

—Claro que te escucho bien.

—Ha debido haber una interferencia en la línea.

—Yo no he notado nada.

—Entonces, ¿qué me respondes? ¿Me acompañas?

—Que sí, Jota, que sí.

Quedaron en que le volvería a llamar en poco tiempo, cuando supiera la hora exacta de la entrevista.

Por otra parte, la presencia de Carla en sus pensamientos no se había atenuado ni un ápice, aunque Jota había aprendido a convivir con ella como se convive con una enfermedad que uno sabe que está dentro de sí pero que también que no tiene remedio de curación. Una enfermedad cuyas consecuencias (benignas o malignas) no estaban definidas y que Jota sabía que aún no era el

momento de especificar. Por eso, había inventado pequeños mecanismos para distraer su atención de ella cuando saliera a flote el tema, y esta vez pensó en Gabi, al que tendría que llamar esa misma mañana.

Se sintió molesto cuando imaginó que eso que tantas veces había odiado, el timbre de un teléfono que invade la tranquilidad de un hogar, o simplemente la mente y los pensamientos de una persona, estaba siendo provocado por él mismo. En el momento que estaba marcando los números del teléfono de Gabi, pensó si sería posible que eso provocara en su interlocutor un ligero estremecimiento que aumentara de intensidad a medida que se concretaba el número exacto que correspondía a su línea. Así, al marcar el primer número que no era común a todos el país, el que pertenecía a una ciudad, todos los habitantes de esa ciudad experimentarían un ligero temblor que según lo que estuvieran haciendo notarían más o menos. A medida que se fueran marcando el resto de números, las personas que no quedaban descartadas sentirían que algo se aproximaba, sin saber muy bien por qué. Algunos lo identificarían con una intuición, con un *deja vu* o con otras sensaciones parecidas que muchas veces identificamos como visitantes de fuera de nosotros, pero lo cierto es que solo estaban cerca de ser llamados por teléfono. Así, cuando se marcara el último número, la persona a cuya identidad correspondía el teléfono se olvida de las sensaciones anteriores y se centra en responder el teléfono, mientras que las pocas (quizá solo dos o tres) que se habían quedado a un número de ser llamados seguían pensando en qué era lo que habían sentido durante los segundos anteriores. Esto implicaría que cada uno estuviera encadenado a un número de teléfono, pensó Jota, y fue un pensamiento que no le produjo desazón, pues intuía que encadenarse a algo era lo que estaba buscando los últimos meses.

La voz de Gabi interrumpió sus fantasías. Reconoció el tono extremadamente serio que utilizaba cuando estaba fuera del trabajo, un tono que suavizaba con los gestos de la cara que Jota en esos momentos no podía ver, pero que provocaba en las personas que no lo conocían la impresión de que era una persona demasiado seria.

Y, paradójicamente, Gabi era lo contrario a serio en su trabajo, ya que había empezado actuando como payaso en fiestas infantiles. En esos momentos era un actor de los denominados *clown*, pero optaba a participar en montajes que estuvieran alejados de ese mundo, para lo que estaba abandonando poco a poco la compañía a la que había pertenecido en los últimos años y haciendo sus primeras pruebas en compañías de teatro nacionales. “Mis antecedentes como *clown* provocan que no se fíen de mí”, fue una de las primeras frases de desconsuelo que escuchó Jota cuando empezaron a ponerse al día de su situación laboral. “Le doy mil vueltas a muchos de los que ya están dentro de las compañías a las que he intentado convencer, pero siempre me piden más y más pruebas”.

Jota calculó que hacía casi un año que no veía a Gabi, pero era el amigo más cercano con el que podía contar para llevar adelante su plan. En realidad no quería llamarlo plan, puesto que percibía esta palabra con connotaciones negativas, sino que era una situación a la que se había visto obligado por la presencia sorpresiva de Xavier en su vida.

“Si contara con algún amigo más íntimo”, reflexionó Jota mientras escuchaba la voz de Gabi, al que estaba dando unos momentos de desahogo antes de hacerle la petición por la que le había llamado en realidad, “no tendría que pasar ahora por este momento incómodo”. Pero de ese tipo de amigos no tenía, pues Jota no los había considerado necesarios en el tiempo en el que tenía a La Novia a su lado. No se sentía mal por haberlos perdido y no haberlos buscado después, se decía, sobre todo pensando en Xavier, pero reconocía que en momentos como esos eran necesarios. Los amigos estaban para ayudar en los malos momentos, es lo que se solía decir, y era cierto Jota consideraba que en esas fechas se encontraba en un mal momento, algo que no se habría imaginado diciendo hacía tres meses.

Cuando Gabi le preguntó, tuvo que reconocerle que le habían despedido del periódico y que se encontraba sin empleo en esos momentos, pero suavizó su discurso con unas ofertas en otros medios que no existían realmente. Añadió que iba a pasar el verano descansando, pues buena falta le hacía, y para eso necesitaba su ayuda.

—La idea es que te haga una entrevista, pero no se va a publicar en ningún sitio... —En ese momento, la mente de Jota dio otro giro y se le ocurrió que no tenía por qué decir la verdad por completo— Estoy formando un archivo personal de entrevistas y quiero que tú también estés en él. Me servirá para añadirlo como dossier a mi currículum.

Gabi dio su visto bueno, pero preguntó que en qué tipo de entrevista había pensado.

—Sería de tipo perfil personal. Ya sabes, con algunas preguntas sobre tu actualidad profesional, pero sobre todo centrada en el aspecto personal del entrevistado. Tus ideas sobre el teatro, tu postura sobre la vida en general. —Jota pensó que ese tipo de entrevista, más general, que no buscaba la actualidad más inmediata, sería más fácil de realizar, en tanto que no requería una preparación concienzuda por parte del periodista.

—También me gustaría que aceptaras que estuviera un amigo. —En este punto, Gabi puso algún reparo en forma de farfallo, pero acabó accediendo— También es periodista, pero, tranquilo, de la sección de Economía de otro diario. Está pasando unos días en la ciudad y el pobre no tiene nada que hacer.

Utilizó esa expresión e inmediatamente le gustó cómo sonaba, porque le colocaba en una posición superior a la de Xavier. Descubrió que hablar de él era como si le estuviera escribiendo. Estaba convencido de que Xavier estaba en su ciudad por un motivo oculto que todavía no le había

confesado, porque seguro que no había hecho el viaje allí por pura casualidad, así que mientras podía inventarse su vida todo lo que quisiera.

Jota continuó hablando sobre Xavier, al que colocó recién salido de una grave enfermedad del corazón, “ya ves, tan joven”, le decía a Gabi, porque “había sufrido mucho en la vida”. Se arrepintió al momento de haberle dado esta justificación, así que añadió que en realidad él se había buscado los sufrimientos, pues desde muy joven había ido engañando a todo aquel que se le pusiera por delante “y, claro, eso acaba volviéndose siempre en contra de uno”. Se debía al karma, añadió Jota en su monólogo, y se tomó eso del karma por primera vez como una manera muy lógica de dirigir las vidas de todos. Cuando estaba empezando a enumerar las deudas económicas en las que Xavier se encontraba atado y que él, Jota, estaba intentando desenmarañar como buenamente podía, Gabi le interrumpió.

—Bueno, ese Xavier parece un personaje apasionante, pero tengo cosas que hacer —le cortó, y acto seguido le citó para media tarde en un bar cercano al paseo marítimo.

Jota aún conservó durante unos instantes la satisfacción que le había proporcionado inventarse una vida desgraciada para Xavier, y en esos últimos momentos pensó que no sería mala idea hacer de él un personaje de novela. Y si no de novela, al menos de relato; alguien cómico, en fin. Pero Jota no se puso a escribir en ese mismo instante porque la llamada a Xavier para confirmarle la hora de la cita y las rutinarias tareas del hogar le absorbieron durante el resto de la mañana.

Estaba en el piso en ropa interior, así que a las cuatro se vistió con las mismas únicas ropas que se había puesto últimamente. Lo hizo con la ventana abierta y la cortina echada, pero vio de refilón que en el piso de al lado el tipo que lo habitaba hacía lo mismo. Evitó mirar hacia allí directamente cuando terminó y salió de la habitación sin mirar atrás. Esperó a que dieran las cuatro de la tarde, y entonces cogió una cámara fotográfica casi profesional y una grabadora que guardaba de su época estudiantil y se preparó una copa para refrescarse antes de salir del piso. Aunque sabía que el líquido solo serviría como remedio temporal y que se volvería en su contra en pocos minutos aumentándole la temperatura corporal, lo bebió como quien se confía a un brebaje que le convertirá en eso que siempre quiso. Se atusó frente al espejo de la entrada la barba, que había crecido como un apéndice que se desarrolla solo a partir de cierta edad y al que ya había llegado su momento. Antes de salir del piso miró en dirección al chuchó, pero este estaba dormido en una postura en la que más bien parecía estar muerto, las patas abierta y las largas orejas posadas en el suelo flácidamente.

Cuando salió a la calle, el sol le daba a los contornos de los semáforos y los edificios un brillo mágico, como si fueran ellos mismos los que irradiaran calor desde su interior, resplandeciendo. Jota sabía que la lluvia, el viento y el frío que desgastarían los bordes de ese mismo paisaje urbano le resultaba a las personas que se atrincheraban en sus casas a esas horas del día (en esos últimos días del mes de julio) algo tan alejado, tan ajeno, como el sueño de otro, y se creyó como la única persona en ese momento con la lucidez necesaria para saber que todo era temporal.

Llegó al piso de Xavier a buen paso y llamó al portero automático que correspondía a su piso.

—Sube un momento —contestó Xavier.

—No, no hay tiempo. Date prisa y baja —espetó Jota. Su resolución le sorprendió, así que decidió aprovecharla durante el mayor tiempo posible.

—Voy a enseñarte algo...

—Después me lo enseñarás —concluyó Jota.

Cuando escuchó que el otro colgaba, encendió un cigarro con un par de gestos desenvueltos. Apoyado contra la puerta, miró hacia la calzada, por la que no pasaba ningún coche. Parecía el decorado de un teatro, “porque en un teatro no caben los coches”, se dijo Jota, pero sí pasaron rápidamente un par de jóvenes en patines que se escondieron en los laterales del escenario sin que Jota pudiera ver más que una ráfaga de su figura. Justo enfrente había otro bloque de pisos, similar al de su amigo, en el que se asomó desde el primer piso una mujer que sacudía un mantel. Lo hizo con movimientos tan perfectos, casi mecánicos, que Jota sospechó que fuera una actriz; probó a hacerle un gesto de saludo, y como la mujer no le miró ni varió un ápice su movimiento, Jota confirmó parte sus sospechas.

No pudo seguir con las comprobaciones porque justo en ese momento la puerta del portal se abrió y escupió a Xavier. Jota lanzó a su vez el cigarrillo al suelo y, a pesar de la mirada de reproche que le mandó Xavier, la pisó y comenzó a andar sin más preámbulos.

—Andando, que hoy tengo trabajo que hacer —dijo a su espalda, mientras Xavier le seguía y hacía algún comentario sobre su barba al que Jota no prestó atención.

Tomó la guía del camino, procurando dejar siempre al otro unos centímetros por detrás de su trayectoria, de manera que tuviera que casi correr para poder ponerse a su altura, como había hecho Xavier el día que fueron a comer al paseo marítimo. De vez en cuando lanzaba algún comentario hacia atrás sobre qué había hecho las últimas semanas que sabía que Xavier no siempre podía escuchar con claridad. Le gustó tener al otro así, en vilo, pendiente de lo que a Jota se le ocurriera decir en cada momento.

Llegaron al bar en el que Jota se había citado con Gabi con mucho tiempo de adelanto, pero aun así el actor también se había anticipado y ya los estaba esperando. El rostro de Gabi tenía como carta de presentación una nariz roja en la que Jota nunca había podido evitar fijarse. Siempre que se la encontraba pensaba en si sería posible que Gabi hubiera comenzado a hacerse payaso debido a ella o si, de tanto pintársela de colorado en celebraciones, el apéndice había adquirido esa tonalidad para el fin de los tiempos. Nunca se había atrevido a preguntárselo porque tenía cierta fama de bebedor empedernido, y quizá esta fuera la explicación a esa colocación antinatural.

Tras un saludo frío con Jota en el que alabó la barba que se había dejado crecer y una presentación dubitativa con Xavier (Jota pensó que Gabi tenía en mente la descripción que le había hecho de él), se sentaron en una mesa del interior de un bar con aire acondicionado. Jota y Gabi estaban cara a cara, con la grabadora estableciendo una frontera entre los dos, testigo mudo que imponía una distancia psicológica que Jota siempre había percibido como barrera cuando le había tocado hacer entrevistas en el periódico. A la derecha de ambos, dos vasos de té, el de Gabi “para cuidar la voz”, según le explicó, mientras que Jota lo pidió por deferencia a él, aunque no pudo evitar pensar en el gasto que le iba a suponer; ambos cruzaron además la pierna derecha sobre la izquierda y se inclinaron sobre la mesa. Lo que rompía esta simetría era Xavier, que se reclinaba sobre el respaldo de la silla completamente despreocupado, los brazos laxos a los lados y mirando siempre en dirección a Jota, con su habitual botella de agua vitaminada cambiando de una mano a otra y con una sonrisa que Jota percibió como irónica.

Tras pulsar el botón que iniciaba la grabación, Jota propuso una entrevista amable, ligera, sin apenas obstáculos que Gabi tuviera que superar. Comenzó preguntándole sobre su actualidad profesional, sobre los proyectos que tenía entre manos, y a continuación retrocedió en el tiempo para alabar los méritos (pocos) que había conseguido hasta ese momento. En este punto le dejó hablar, pues sabía por experiencia que había muy pocas personas que se sientan incómodas cuando tratan el tema de sus éxitos. Luego pasó a los aspectos más personales, como si estaba casado (sí lo estaba, algo que Jota no sabía), si tenía hijos (esperaba a su primer vástago) o la profesión de sus padres (los dos fueron actores que no pasaron de compañías locales).

Respecto a su visión del mundo de la interpretación, Jota no puso en duda en ningún momento sus palabras. Se dio en cuenta de que el actor no se iba a meter en charcos de manera innecesaria, pero de todos modos le siguió la corriente en todo. Gabi respondía a todo con frases hechas, tibias, que no le comprometían en ningún aspecto, y Jota se prestaba a ayudarle en cualquier comentario que pudiera involucrarle en alguna postura concreta que le excluyera del resto. Siguiendo este camino, Gabi comentaba que él siempre había estado de acuerdo en que para ser actor era “conveniente” (utilizó esta palabra y no “indispensable”, más arriesgada) “saber

improvisar”, aunque compensaba este atrevimiento con que también era “necesario un método”; en cuanto a aspectos sociales como el matrimonio homosexual, se limitó a comentar que la gente debía buscar su felicidad, ya fuera “por medio de otra persona o por medio de Dios”; respecto a las ayudas económicas públicas, creía que la cultura debía ser “un bien común” pero que no se podía cerrar a aportaciones privadas, puesto que el dinero tenía “que moverse”.

El resultado fue una entrevista previsible, aburrida, en la que Gabi parecía más atento a esquivar posibles trampas que Jota no le pensaba poner que en decir su verdadera opinión. No estuvieron más de una hora sentados en aquel bar, y el encuentro terminó cuando Gabi dijo que tenía una cita en poco tiempo. Jota le dio las gracias y no le puso ninguna objeción porque, además de que se estaba aburriendo, no estaba cómodo bajo la mirada de Xavier, que había estado durante toda la entrevista balanceándose en la silla, vuelto hacia él.

Salieron del bar los tres juntos, aunque Gabi se despidió y echó a andar a más velocidad. Jota y Xavier caminaron detrás, a un ritmo lento, perezoso. Jota vio que el otro, a su derecha, tenía una cara excesivamente seria que contrastaba con la que había mantenido en la cafetería.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—Nada. Simplemente me ha decepcionado un poco.

Gracias a este último enunciado incompleto, Jota se trasladó fulminantemente, como en un *flash*, a otro de los momentos habituales de la juventud que había vivido con Xavier. Era muy típico de él soltar frases así, a las que daba un tono de importancia inocua pero que escondían otras intenciones. Una de ellas, hacer sentir a Jota como un ignorante. Sabía que tendría que comportarse como tal y prácticamente sonsacar a Xavier qué es lo que había querido decir con las palabras anteriores, porque si no llegaba a preguntar, el otro no hablaría por sí mismo. Esto también estaba comprobado porque alguna vez se había tragado sus preguntas por orgullo, pero irremediamente la duda le carcomía y sacaba de nuevo el tema los días posteriores, algo que provocaba que él tuviera que dar demasiadas explicaciones (porque era un comentario del que Xavier decía no acordarse) y que Xavier pasara a tener el control de la situación. Meditó esta idea de callarse, pero la curiosidad le pudo más.

—¿Quién te ha decepcionado? ¿Yo?, ¿Gabi?

—Tú y tus preguntas. Ha sido una entrevista superficial y además has dejado muchos cabos sueltos

—respondió, sin dejar de pasear la vista por las ramas de los árboles, donde parecía buscar sus palabras. Luego giró el cuerpo ligeramente hacia la izquierda, mirándole fijamente a los ojos, y continuó—. No has cerrado ningún tema en concreto, sino que simplemente has divagado sobre lo que el tipo te iba diciendo. Esa es la impresión que van a recibir los lectores, ¿y sabes qué da eso como resultado?

Jota se quedó callado, a sabiendas de que estaba ante una de las preguntas retóricas de Xavier. Este comenzó a caminar a más velocidad, aunque giró la cabeza para encararse directamente con Jota.

—Pues unos lectores que interpretan lo que les da la gana —le dijo, gesticulando sobremanera—, algo que no se puede hacer en un medio de comunicación. Un medio de comunicación es para eso, para comunicar, pero sobre todo para comunicar lo que nosotros mandemos. El receptor lo asume porque no tiene más remedio, ya que el discurso no tiene ranuras en las que poder buscar otras lecturas. Y si las tuviera, tampoco encontraría nada, solo un hueco vacío, como las palabras que debes utilizar. Lo que tú has construido hace un momento es un yacimiento con minerales de todas clases, a gusto del consumidor. Quien quiera ver al actorucho ese como un rojeras, lo hará, y quien busque en él un reaccionario, también encontrará motivos. A la gente del mundo del espectáculo le interesa esto, así no se cierran ninguna puerta por lo que pueda suceder en un futuro, así pueden pedir favores al bando que les haga falta sin tener una sola mácula ideológica que los descarte. Solo los que están muy seguros de tener detrás un respaldo político sin fisuras se atreven a entregarse públicamente a lo que ellos aseguran que es una ideología pero que no es más que arrimarse a la sombra que más cobija, y esa imagen es la que a los medios nos interesa encasillar. Lo que tú has hecho es más propio de un medio de interpretación, y el periodista no debe dar opción a eso. Debes arreglarlo cuando lo transcribas al papel.

Soltó este discurso de una sola vez, sin dejarle intervenir ni un momento. Jota comenzó a sentir que en las palabras de Xavier la ironía dejaba sitio a un sentimiento mucho más auténtico que ese, por lo que tuvo curiosidad por saber cómo iba a desarrollarse el resto de la conversación. Habían entrado en un parque en el que nunca se había fijado y se encaminaban hacia una colina a la que no se le veía el final cuando preguntó.

—Pero yo voy a transcribir en la entrevista lo que él me ha contestado ¿Qué ocurriría si no con la objetividad, la función social...?

—No está mal que haya una oposición —cortó Xavier—, pero si también está controlada y cumple un papel. La crítica desde determinadas facciones de la sociedad, y, por ende, del periodismo, debe servir para hacer más fuerte la maquinaria de control. Los tiempos de dictaduras en Europa ya han terminado. Ahora no se puede controlar a nadie a la fuerza, sino hacerle creer que está tomando sus propias decisiones, que, por otra parte, es un método mucho más efectivo.

—Pero tú solo dejas opción al periodista a que siga la corriente, a que no plantee ninguna oposición.

—Es la única manera coherente de actuar. Una sola persona, o dos, o mil, no pueden derrocar el sistema porque ya no hay nada físico que derrocar. Los que mandan ahora son los intereses económicos, cada día soy testigo de eso en el periódico, en mi sección financiera. Podríamos

matarnos entre todos, y lo único que quedarían serían los billetes y las monedas. ¿Sabes que están muy cerca de conseguir un material para fabricar billetes que aguante una explosión nuclear?

Jota dijo que no, que no lo sabía. Entre tanto, Xavier le había ido guiando hacia la cima de la colina, donde había un par de bancos desde los que se dominaba toda la ciudad. Las casas y bloques de pisos se amontonaban a sus pies como construcciones de juguete, tan bien ordenadas, tan simétricas y tan vulnerables desde allí arriba. Se sentaron en uno de los bancos y Xavier volvió a coger las riendas de la conversación, aquellas que Jota había conseguido en el trayecto hacia del bar de la entrevista y que había perdido al salir de él.

—Si no puedes tener control sobre los demás, ¿de qué sirve ser periodista?

—Hombre, yo no voy buscando dominar a los demás cuando ejerzo mi profesión —dijo Jota, aunque no sintió esta frase como algo real, sino como algo que tenía que decir, que le habían enseñado que tenía que decir.

—No lo buscas, pero la gente que se deja manipular es porque quiere, porque ha nacido para eso, y les engañarán leyendo el periódico, les engañarán comprando el pan y les engañarán sus mujeres. Solo unos pocos hemos nacido para mandar.

Jota se quedó dudando si el plural le incluía también a él, pero no tuvo más que añadir a lo que ya veía que era un claro cinismo en el discurso de Xavier. Las pocas palabras que habían intercambiado sobre su profesión desde que salieron de la facultad nunca habían tenido una tendencia tan absoluta, aunque, por supuesto, los dos habían podido ir comprobando desde sus experiencias laborales posteriores la tela que se tejía entre el periodismo y el poder.

Jota intentó calcular la altura que habría desde esa cima del parque hasta la ciudad en sí, y a la vez recordó el relato de Xavier sobre el joven del internado y su abuelo en silla de ruedas que había leído semanas atrás.

—Ocurre algo parecido con la literatura, —Xavier parecía seguir con el mismo carrete de conversación— con esas novelas que hemos soñado con escribir, algunos con más suerte que otros, desde luego. —J se sintió aludido por estas palabras, aunque no le había confesado al otro sus intentos frustrados por escribir— Tenemos que encauzar los pensamientos y comportamientos de los personajes para así conseguir el resultado que queramos. No se puede consentir que un personaje chafe una novela, como no hay que dejar que la realidad estropee una buena noticia. No sé si me entiendes.

Xavier se había girado hacia él, y Jota le sostuvo la mirada durante unos instantes, aunque después se revolvió inquieto en el banco y se levantó lentamente. Le había invadido repentinamente un calor por todo el cuerpo, un calor que parecía venir desde su propio interior, donde imaginó que las entrañas habían entrado en combustión a la altura del estómago y se consumían poco a poco,

expulsando un humo tóxico y cálido como el que desprenden las estufas de las mesas camillas que acaban con familias enteras en los inviernos urbanos. Jota se levantó del banco con la boca un poco abierta para así expulsar el humo que ya sentía subir por la garganta.

—No sé qué decirte —fue lo único que se le ocurrió para romper el silencio. Y era verdad.

—Tampoco esperaba que me dijeras nada. Vamos, no te enfades —dijo con un tono reconciliador, muy distinto al que había utilizado antes—. Solo estaba haciendo una reflexión. Siéntate y vamos a fumarnos esto.

Xavier se sacó del bolsillo una piedrecita del tamaño de una uña envuelta en un plástico transparente. Jota no se negó para no parecer un aprensivo, pero en realidad no le apetecía mezclar dos humos de distinta procedencia. Xavier lió un canuto y se lo fueron pasando cada poco tiempo, dando los dos caladas cortas y ansiosas. El efecto no tardó en aparecer, y Jota se sintió como aquella noche en la que le había dejado las llaves de su casa al vagabundo parecido a Bukowski por primera vez. Pasó un tiempo, tras el que Jota tuvo la necesidad de decir.

—¿Sabes que existen robots entre nosotros? Son parte de un complot del Gobierno para disminuir la cifra de parados.

—No lo sabía, pero no me importa. Ahora lo sé.

—No lo sabes, solo te fías de lo que te he dicho. Pero dime qué garantías me das tú de que eso sea cierto. A ver, enséñame algún papel donde lo diga.

—El papel es innecesario, Jota. Lo único que sirven son las apariencias. Si tú lo has asegurado, pasa a ser verdad.

Jota dijo y escuchó estas frases sin pausa entre una y otra, mirando hacia el frente, donde el sol iba hundiéndose en el horizonte. Miró de reojo a Xavier y se lo encontró observando igualmente la lejanía mientras expulsaba humo por las ventanas de la nariz, como si solo hubiera respondido utilizando una parte muy reducida del cerebro mientras el resto se dedicaba a tratar asuntos más importantes. Pensó en otra pregunta o tema de conversación que provocara la utilización de la masa encefálica de Xavier por completo. Quería exprimirla hasta quedarse con la sustancia reseca en las manos; se le ocurrió que si se bebía el líquido podría alcanzar la sabiduría del otro.

—¿Y si hablamos del Fondo Monetario Internacional?

—Déjame en paz, Jota, a ver si me vas a dar la tarde.

Jota resolvió callarse al comprobar que tanto las ventanas de la nariz como las demás aberturas del entendimiento de Xavier estaban completamente cerradas, o al menos él no tenía la llave adecuada para abrirlas. Seguro que no en ese momento, y quizá no las hubiera tenido nunca, pensó Jota. Decidió que él también iba a encerrarse en sí mismo, así que revolvió por su interior buscando recuerdos, ideas y planes que se hubiera dejado atrás en la vorágine del día a día. En un

momento dado rió y escuchó hacer lo mismo a Xavier, aunque no supo decir cuál estaba antes. Jota pensó que sería bonito haber cruzado un mismo pensamiento; quizá eso era estar enamorado, y era extraño que nunca lo hubiera considerado cuando estaba con La Novia.

Después de este pensamiento Jota sintió que algo le tocaba en el hombro derecho. No le hizo caso, pero el contacto continuó y tuvo que darse la vuelta para enfrentarse con aquello que quería sacarle de sus ensoñaciones.

Se encontró con dos individuos vestidos de negro que se identificaron como “agentes de la autoridad”. Xavier también se había dado ya la vuelta y los miraba con una media sonrisa.

—¿Qué están fumando, caballeros? —preguntó el que estaba más cercano a Jota. Este no pudo distinguir a los dos, porque aunque era consciente de que no tenían las mismas facciones, veía que estas se cambiaban de una cara a otra por momentos.

—Un poco de tabaco, agente. ¿Está prohibido?

El otro guardia dijo que no, pero que eso que estaban fumando tenía algo más.

—Compruébelo si quiere -le retó Xavier extendiéndole el cigarro.

El que había hablado primero cogió el cigarrillo liado y lo olió. Luego se lo llevó a los labios y le dio una calada, y por último lo abrió en canal y examinó su contenido.

—Tiene razón —le dijo a su compañero.

Se quedaron mirándose la cara ambos, mientras a Xavier se le dibujaba una sonrisa cada vez más marcada.

—Hala, a ir por ahí con viento fresco —dijo Xavier; esa era una expresión que Jota hacía mucho tiempo que no escuchaba.

—A ver si todavía viene usted con nosotros...

—¿Es que está prohibido decir “con viento fresco”? ¿Es un insulto?

—Pues no sé si está prohibido, pero...

—Ya se lo digo yo: no lo está.

Los dos guardias civiles optaron por darse la vuelta e irse, sin más palabras. Poco tiempo después, Jota y Xavier se despedían, asegurando el primero que intentaría reservar más tiempo para futuras citas con él y Carla.

Se había retrasado dos semanas, pero Jota por fin estaba de nuevo frente al bloque número 6 de aquel barrio de las afueras de la ciudad, junto a otros clientes de Dolores.

Había madrugado y llegó allí a las ocho de la mañana. La animación que había habido la última noche que fue a la consulta, la noche de la fiesta de San Juan, había sido sustituida por la quietud de las pocas horas de tregua que daba el calor a los últimos días de julio.

Aun así, como fue andando, Jota llegó a la consulta acalorado. No se arrepintió de no haber cogido el coche, pues esa era una de las medidas de ahorro que se había propuesto para paliar su falta de ingresos (aunque tenía un buen colchón de ahorros) y a la vez poder seguir acudiendo a ver a Dolores de forma regular, y recordó que la última vez que había estado por esa zona de la ciudad también había acabado sudando.

La evocación de su persecución secreta a Xavier días atrás, como si hubiera estado atado a él por una cuerda invisible que lo llevó por todos los caminos absurdos de la ciudad, no le resultó agradable. Menos aún cuando regresó a su mente la imagen del otro entrando en el bloque de pisos de la adivina. ¿Era simple casualidad que hubiera entrado precisamente en ese bloque? ¿Conocía a Dolores? Eran preguntas que Jota no podía esperar que Xavier le respondiera sin delatarse él mismo como cliente de la adivina.

Jota recordó que hacía unos años el periódico en el que trabajaba había sacado unas informaciones sobre políticos del país que acudían regularmente a la consulta de un famoso y extravagante “nigromante” (así se hacía llamar) que tenía un programa de televisión en un canal autonómico. Se formó una gran escándalo a nivel nacional, con debates televisivos, aparición de otros adivinos que también querían aprovechar la publicidad que se le estaba haciendo a su profesión y demás parafernalia. A la opinión pública le escandalizó que los que se suponían que tenían que dirigir sus asuntos de la forma más correcta posible consultaran a un brujo; sin embargo, en los vídeos que se grabaron con cámara oculta (en la consulta que un famoso brujo tenía en la capital del país) nunca salió que los políticos preguntaran sobre cómo gestionar la cosa pública, sino sobre temas particulares. Así lo confirmó el nigromante en cuestión días después, dando incluso detalles (por ejemplo, que el ministro de cultura le consultó para conocer el equipo inicial de su equipo de fútbol favorito antes de un importante partido) en su programa de televisión. Lo hizo con un discurso pomposo e intencionadamente ambiguo, y apareció vestido con un atuendo muy colorido y ornamentado que atraía inevitablemente la mirada; ese tipo de ropaje fue el que Jota había relacionado con los adivinos hasta que conoció a Dolores.

Muchas voces señalaron que el brujo había sido sobornado por los políticos para que no

confesara que también le habían preguntado sobre cómo manejar e invertir el erario público para su provecho particular, pero nunca se pudo demostrar ese punto. A Jota, en cambio, no le cuadraba en absoluto que Xavier consultara a una adivina. No podía ni imaginarse al otro en la pequeña habitación, con esa sonrisa irónica y sus expresiones arcaicas, ni siendo tocado por las manos de Dolores. No, y además, fue un jueves por la tarde cuando había entrado en el bloque, y la adivina solo pasaba consulta los martes y los viernes, se dijo.

Ese viernes por la mañana, mientras Jota intentaba quitarse de la cabeza la jornada de la persecución, la fila era más larga que las otras veces que había acudido allí, y Jota se lo atribuyó a que durante el verano la gente tenía menos obligaciones laborales y más tiempo libre para actividades como esa. Él, en cambio, atribuía a la adivinación una importancia capital en su vida, y no podía entender cómo los demás podían darle un papel secundario.

El sol, elevándose en el cielo de la ciudad, fue testigo del paso del tiempo. Cuando estaba en el punto más alto que iba a alcanzar ese día, le tocó a Jota el turno de entrar en la consulta. Pasó por la puerta del piso, flanqueada por un tipo diferente al de la última vez, y entró en la habitación. Dolores, sentada tras la mesa blanca, le saludó con la habitual voz clara y limpia que tanto le recordaba a la de La Novia.

Esta vez, mientras que Jota dejaba el dinero de la consulta en la caja, sacó de un cajón de la mesa una baraja de cartas, algo que decepcionó a Jota, pues esperaba que le leyera la mano como hizo en la última ocasión. Las cartas estaban viejas, usadas, con los bordes doblados. Puso la baraja boca abajo y dirigió su cabeza picuda, de rasgos marcados hacia adelante, en su dirección.

-Toca la primera, Jotita

Jota llevó la mano hacia la parte de arriba de la baraja y tocó la primera carta con mucho cuidado. Notó un frío inesperado y penetrante que se le coló por la yema del dedo y se le extendió por todo el brazo. Se acordó del controlador de clima de Xavier e hizo un repaso de la habitación por si había un objeto similar, pero el cuarto seguía decorado de forma tan sobria como la última vez y no encontró nada.

—Suficiente. Ahora haz contacto con la carta de abajo.

Dolores levantó la baraja con mucho cuidado, mínimamente, lo suficiente para que Jota pudiera introducir un dedo entre las cartas y la mesa. Esta vez, la impresión que tuvo fue la de un calor ardiente que incidía con frenesí en ese punto del dedo; Jota pensó que quizá, si dejaba unos minutos el dedo en la carta, podría llegar a borrarse su huella dactilar, pero la adivina le conminó a que lo apartara y le dijo:

—Los polos opuesto se tocan. Esto es algo que debes tener siempre presente.

Jota entonces se dio cuenta de que las dos sensaciones que había notado, tanto el frío como

el calor, se confundían en una sola. Ya había experimentado eso otras veces, y sabía que la sensación estaba basada en una teoría física que se escapaba a su entendimiento, pero se preguntó cuántas veces le habría sucedido algo así: el darse cuenta de algo que ya había apreciado otras veces sólo cuando un tercero se lo recordaba.

—Ya has marcado la baraja con tu pasado y tu destino. Ahora solo queda leerlas —siguió Dolores, siempre mirándole a la cara, clavando sus facciones en los ojos de Jota.

A continuación, cerró los ojos y barajó las cartas, pero sin un método concreto, simplemente mezclándolas caóticamente. Las puso todas en un mismo taco de nuevo y le pidió a Jota que las revolviera también. Cuando lo hizo, no fue él quien eligió una carta al azar, sino Dolores.

—Nosotros no somos siempre dueños de nuestro destino. A veces tenemos que saber delegar en los demás.

Jota permanecía todo el tiempo callado, expectante ante las palabras de la adivina. Su voz le hipnotizaba, tan clara y directa que no dejaba lugar a dudas sobre lo que tenía que hacer. Sentía que, dijera lo que dijera en ese momento sobre su futuro, leyera lo que leyera en las cartas, iba a ser cierto; la determinación de Dolores le confería plena confianza en sus predicciones.

Dolores le dio la vuelta a una carta y apareció un hombre con una vestimenta que Jota relacionó con la Edad Media: la camiseta y los pantalones eran anchos, aunque cerrados con un volante en las mangas, y la cabeza, ligeramente inclinada hacia un lado, tenía el mismo tipo de dibujo que la idea que Jota tenía del arte medieval, con rasgos y expresiones apenas marcados y sin expresión.

—No te fíes de las apariencias, Jotita. Las cosas nunca son lo que parecen. Escucha bien: nunca. Las palabras, los objetos, los colores... Todo es un símbolo de otra cosa, no tienen valor por sí mismos sino que guardan una intención oculta siempre. Esto que te digo te va a servir en el futuro.

Estas palabras confirmaron a Jota un presentimiento que había estado flotando a su alrededor durante los últimos días pero que no había llegado a concretarse en su entendimiento. En ese momento sí lo hizo, cuando fue Dolores quien se lo dijo con sus palabras y su voz. La historia de los personas-robot que le había contado Fernando encajaba en esta forma de ver la vida, pues solo porque tuvieran apariencia de personas no se podía confirmar que efectivamente fueran personas. Él mismo había fingido una entrevista, con todos sus complementos (grabadora, libreta, preguntas...) ante Xavier e incluso ante el mismo Gabi. ¿Y el regulador de temperatura o como se llamara? También podía ser un invento de Xavier, un engaño, y que el cambio de temperatura que había experimentado en su casa se debiera a algún aparato de aire acondicionado oculto; y aunque llegara a encontrar el aparato, tampoco podía tener la seguridad de que el aire frío saliera de él, a no ser que examinara su mecanismo y lo comprobara. Todo podía tener varias lecturas, una dentro de

la otra.

Pensó en esto mientras Dolores elegía otra. Al darle la vuelta, apareció el retrato (con el mismo tipo de dibujo anterior) de un hombre en primer plano que llevaba un gorro puntiagudo. El cuello de su vestimenta (donde terminaba la carta) era negro, y el hombre estaba serio, mirando al frente solemnemente.

—Una de las cartas del sueño —dijo Dolores, mirándola, y a continuación volvió a clavar sus ojos en él—. Siempre que estamos dormimos, soñamos, aunque luego no nos acordemos. Así que piensa la importancia que tienen los sueños en nuestra vida.

Jota casi nunca se quedaba con sus sueños, y no pudo recordar cuál había sido el último.

—Por eso, contraponer los sueños a la realidad es una equivocación. Los sueños son la realidad, una parte tan importante de ella como el estado de vigilia.

Jota seguía callado, y Dolores le miró a los ojos durante unos segundos. Notó que estaba concentrando todos sus esfuerzos, toda su mente, en él. Finalmente, le preguntó.

—¿Quieres que saque otra? —Jota no respondió al momento, pero la adivina se le adelantó y dijo— Sí, claro que quieres.

Dolores eligió una que estaba en un extremo y al darle la vuelta se descubrió el dibujo de una mujer que parecía danzar alegremente, aunque en su expresión no había sonrisa alguna sino la misma cara neutra que en las otras dos. Parecía estar en el mismo escenario que el hombre de la primera carta y, como él, se la veía de cuerpo entero. El pelo, de un rubio pálido, parecía estar moviéndose con total libertad, al igual que sus ropas transparentes, que revelaban partes de su cuerpo.

—Una mujer, una mujer en tu vida. Te lo digo simplemente: tienes que relacionarte con esa mujer, ya ha llegado el momento. Y vas a llegar a una conclusión —dijo la adivina.

Pocas palabras más se dijeron, pues Dolores se cruzó de brazos y le dijo que eso era lo único que le podía decir por ahora. Jota salió de la consulta con la sensación de haber descubierto una parte fundamental de su futuro.

Desde la última vez, Jota había intercambiado su sitio por las noches con el vagabundo un par de veces más. La idea surgía de él mismo, ya que no le importaba en absoluto dormir en la calle, porque allí se estaba incluso más fresco que en su propio piso. Aunque por las mañanas no acababa de acostumbrarse a despertar al aire libre, por la noche, cuando surgía la posibilidad porque se cruzaba con el vagabundo y se quedaba hablando con él, volvía a sentir que no era un acto tan extraño. No lo hacía por caridad ni por alguna otra motivación similar, sino porque simplemente no le encontraba ningún impedimento.

El trasvase de llaves se producía a lo largo de la jornada siguiente. De una manera u otra, los dos acababan encontrándose en algún lugar cercano del barrio, en un parque o en una biblioteca pública, y ahí era cuando el vagabundo le devolvía las llaves, siempre sin darle las gracias ni hacer referencia a cómo había pasado la noche. Jota no volvió a agobiarse como la primera vez que lo hizo; aprendió que, cuando tuviera que surgir el encuentro y la vuelta de sus llaves, sucedería.

Después de una de esas noches que había pasado en un banco, tras una semana y algunos días de la última consulta de la adivina, Jota vio concretadas las predicciones de Dolores respecto a los sueños. Estaba sentado en un banco del parque, cuando el vagabundo se presentó con las llaves en la mano y mostrando y balanceando la muñeca izquierda, donde llevaba un ostentoso reloj que relucía como si contuviera el sol en su interior. Jota cogió las llaves, miró el reloj sin atreverse a tocarlo y le preguntó (siempre hablándole de usted, aunque sabía que el otro le iba a tratar de tú) de dónde lo había sacado.

—Lo he comprado con el dinero de la lotería —le expuso, simplemente—. Y también otras cosas. —Se dispuso a abrir la mochila que colgaba de su brazo izquierdo, pero Jota le paró con un gesto y se dio la vuelta.

—Suficiente ha robado ya.

—De robar nada. Ya te dije el otro día que me había tocado la lotería, y así es. Todo esto lo he comprado con el dinero.

Comenzó a sacar una bolsa de plástico de supermercado con un par más de relojes, collares, pulseras... “Por si encuentro a alguna, estar preparado”, dijo riendo. También extrajo un par de libros nuevos y hasta uno electrónico, con la pantalla reluciente en aquellas zonas en las que no se habían marcado sus dedos. A Jota le pareció distinguir el nombre y el apellido de Xavier en la pantalla, pero no quiso comprobarlo y apartó la mirada de ahí.

Hablaron durante unos minutos, pero Jota no estaba cómodo, pues recordaba cuando días atrás había protegido al otro en el robo del carrito del supermercado y cómo el tipo de las gafas

estuvo a punto de golpearle, así que dijo una excusa que no estaba seguro de que el vagabundo hubiera oído, se echó su mochila al hombro y salió del parque.

Entró en una callejuela lateral a la vía principal que terminaba en un muro de más dos metros. Apoyado contra él había un contenedor con un sofá rojo en su interior que le llamó la atención. Se entretuvo unos segundos considerando si le podía servir o no para su casa, y si tendría suficiente fuerza para remolcarlo o necesitaría ayuda, pero le invadió un sueño que percibió como imposible de combatir. Con la sensación de que no tenía más remedio que rendirse a él, sacó una manta de su mochila y, de forma natural porque ya lo había hecho en los bancos días anteriores, la echó sobre el sofá abandonado con intención de dormirse unos minutos. El sitio estaba lo suficientemente apartado como para que no nadie lo interrumpiera, y además movió el sofá para resguardarse un poco más.

Justo antes de caer dormido, recordó las palabras de Dolores sobre los sueños y por primera vez en mucho tiempo vio imágenes en su reposo. Una Carla se le acercaba, y aunque estaba seguro de que se llamaba Carla, no era la misma chica con la que estaba viviendo Xavier. La chica le rodeó, le dio vueltas sin parar de mirarlo a los ojos, y después de un tiempo Jota cayó en la cuenta (preguntándose cómo no lo había notado antes) de que era la Carla de su infancia, la chica con la que había pasado aquellas vacaciones con sus padres. Esta se acercó finalmente a él y le dijo que se fijara con mucha atención en su cabellera: era negro en un solo tono y fragmento, sin ningún pelo que destacar individualmente, como una peluca. Y como una peluca, se la quitó y se la dio a Jota, que la tomó entre los brazos con naturalidad, sin miedo alguno. A continuación, Carla se quitó otras partes de su cuerpo, tales como la nariz, la boca y los brazos, aunque Jota nunca llegó a ver cómo quedaba desarticulada.

Jota acumuló todas las partes que Carla le iba dando y pasó a construir una nueva mujer desde la nada. Lo hizo con sumo cuidado, poniendo especial atención a las partes que tenía que unir entre sí, pues en su pensamiento estaba que esa nueva mujer que estaba formando tenía que ser lo más compacta posible para que no desapareciera nunca; tenía que ser eterna, esa era la obsesión que invadía los movimientos de Jota en ese momento. Cuando fue a poner los ojos, se dio cuenta de que ya estaban puestos, de que eran los mismos que tenía la Carla original.

Después de un tiempo indeterminado de montaje, Jota se separó de su construcción y vio a la Carla novia de Xavier. La había creado porque la deseaba, o quizá fuera al revés, no supo distinguir qué afirmación era la correcta porque tal vez lo fueran las dos.

De repente, alguien le dio una patada a la mujer, que se rompió en mil pedazos a pesar del cuidado que le había puesto en su formación, y Jota se despertó sobresaltado.

Se levantó de un salto y distinguió que, delante del sol que se terminaba de sumergir entre los edificios que se veían desde esa calle sin salida, cuatro jóvenes con el cráneo rapado eran los que le habían despertado de una patada.

Como si lo hubieran hecho aposta, los cuatro estaban ordenados por altura, creciendo la fila de izquierda a derecha. El más bajo llevaba la voz cantante y fue el que primero habló a Jota, gritando, de manera que parecía querer compensar su falta de altura con esa otra peculiaridad.

—¿Qué haces ahí, asqueroso?

“Eso, eso, asqueroso”, secundaron los demás. Jota se dio cuenta de que ya estaban cerrando los puños, dispuestos para la pelea, y supo que de nada iba a servir el diálogo, que ellos ya tenían un camino de actuación irremediabilmente marcado que consistía en hacerle daño, así que permaneció en silencio.

—¿Qué te pasa? ¿Estás sordo? Puto vagabundo —dijo el tipo de más de la izquierda, con voz estridente de nuevo.

Jota iba a hablar, pero el más alto se acercó a él y le dio un empujón en el pecho que a punto estuvo de hacerle caer el suelo. Pudo apoyarse en el contenedor y por fin decir.

—¡No soy un vagabundo!

El grupo se mofó con estridencia. Eran graznidos, más que risas.

—Las greñas, la mugre, la barba... Eres un puto vagabundo, un vago.

—Tengo casa...

—¿Entonces, qué eres? —interrumpió el tercero, sin mucha lógica, como si no hubiera escuchado el comentario anterior o como si su cerebro no hubiera llegado tarde a la conversación.

Jota quedó callado, sin saber qué contestar. Se daba cuenta de que no podía decir quién era con total seguridad, sin dudar. ¿Periodista que no trabajaba en un periódico? ¿Escritor que no escribía? ¿Hijo que hacía meses que no veía a sus padres? ¿Amigo de alguien a quien envidiaba?

—Escritor, soy escritor —optó por decir finalmente, pues era lo que sentía más propio. Los cuatro rieron de nuevo, y uno de ellos se echó hacia adelante y, apoyándose en la pierna izquierda, le dio una patada en las costillas con la derecha.

—Espera —paró el líder, mientras Jota se encogía sobre sí mismo. No supo si el intenso naranja que ahogaba su visión se debía a los colores del fin del día o al impacto del dolor—, vamos a ver qué escribe este escritor. Cogedle la mochila

Los otros tres se inclinaron y le arrebataron la mochila que Jota trató en vano de retener. Otra pierna se estrelló contra su hombro y vio volar papeles en blanco superpuestos en el pequeño trozo de cielo que podía ver entre las cabezas sin pelo de los tipos.

—¡La hostia con el vagabundo! ¡Un ordenador!

Jalearon su suerte común y comenzaron a tirar del aparato para intentar quedárselo en su poder. Jota aprovechó esos segundos de confusión para ponerse en pie, dar un salto y montarse encima del contenedor; el muro terminaba casi un metro por encima de su cabeza. Justo en ese momento, el ordenador se escapó de las manos de uno de ellos y cayó al suelo. Los cuatro miraron a Jota como si él hubiera sido el culpable con su movimiento.

—Ahora sí que no te libras —dijo el más bajo, y los cuatro se abalanzaron también sobre el contenedor.

Con un pequeño impulso, Jota saltó al otro lado del muro y aterrizó sobre algo blando que no supo identificar qué era. Pero un solo segundo le separaba de los otros cuatro, así que continuó su huida hacia cualquier parte, con los gruñidos de los tipos (pudo identificarlos claramente por separado) a su espalda, mezclados con el sonido los zapatos pisoteando, apisonando, el duro asfalto.

Dirigió su carrera hacia el único lugar en el que se le ocurrió que podía escaparse: una plaza donde sabía que había una comisaría. Un policía hacía guardia en la puerta, balanceando la porra de un lado a otro, sujetándola con habilidad entre dos dedos, jugando con ella. Jota redujo la velocidad porque supuso que, estando a la vista de un agente de la autoridad, los otros no se atreverían a hacerle nada. Y así fue, porque pasaron de largo, corriendo aún (aunque propinándole uno de ellos un último codazo en las costillas), y se metieron por la primera callejuela a la izquierda, como si no hubieran estado persiguiéndole.

Jota por fin pudo tomar el aliento que requería desde hacía varios minutos y se reclinó sobre su cuerpo, jadeando. Por inercia, siguió caminando a pasos lentos y tambaleantes y terminó chocando con las piernas del policía que hacía guardia.

—Oiga, cuidado con lo que hace -le espetó. Jota no pudo responder nada, y notó en el tono del otro una amenaza— ¿No me escucha? Apártese de aquí.

A pesar de sus esfuerzos, Jota no pudo incorporarse y tuvo que girar el cuello hacia arriba para mirar al otro a los ojos. No tendría más de treinta años, pero exhibía un bigotillo que le daba un aspecto severo. La expresión de sus ojos y, sobre todo, lo apretado de su mandíbula le hicieron temer lo peor.

—Está usted drogado, ¿verdad? A ver, documentación.

Jota intentó negar con la cabeza a la pregunta, pero le salió un gesto tan desmañado que lo único que consiguió fue quedar aún peor. No supo explicarse por qué el policía no le preguntaba qué le pasaba; es más, le resultaba difícil que no hubiera visto la persecución que se había producido en un extremo de esa misma plaza que se mantenía completamente desierta.

Fue consciente entonces, por primera vez, de lo mucho que debía parecerse al vagabundo con el que se había estado relacionando los últimos días. Comprendió que esa imagen que

transmitía era la que provocaba que el policía le pidiera la documentación impacientemente y con esas formas rudas, sin preocuparse de su estado de salud.

Se incorporó como pudo pero no era capaz de mantenerse erguido sin tambalearse, seguramente, pensó, debido a una mezcla entre el esfuerzo inusual que acababa de hacer y la falta de nutrientes con la que se había mantenido durante las últimas semanas. Se acercó a una farola y se apoyó en ella mientras seguía luchando contra su resuello. El policía no le perdió de vista y continuó pidiéndole la documentación, una documentación que, Jota se dio cuenta en ese momento, había dejado en la mochila, que en esos momentos seguramente estaría siendo saqueada por el primero que se la hubiera encontrado en el callejón donde, minutos antes, habían intentado vapulearle los cuatro tipos.

En este recuerdo encontró la manera de salir del lío en el que se había metido por su parecido con un mendigo. El policía se acercó unos pasos más hacia él, pero Jota acertó a decir para detener su avance:

—Ahora mismo se la doy. Quiero hacer una denuncia porque me acaban de atacar en plena calle.

El agente se detuvo a mitad de camino y se quedó dudando. Se notaba que era una respuesta que no esperaba de un vagabundo, pero no pudo más que aceptar.

—Claro, pero para eso necesitará su documentación.

—Lo sé. Aquí la tengo —mintió J, y se llevó una mano a un bolsillo trasero.

El guardia le dijo a regañadientes que, en ese caso, le acompañara al interior de la comisaría. Le dio la espalda e hizo exactamente lo que Jota esperaba: después de un par de pasos, miró por encima del hombro para asegurarse de que le seguía y a continuación se dirigió hacia la puerta de la comisaría sin más comprobaciones, pues creía que con esa primera iba a ser suficiente. Jota aprovechó ese momento de confianza del policía para retroceder unos pasos sin hacer ruido, de puntillas, y echar a correr hacia una de las calles que desembocaban en esa plaza que ya abandonaba para no volver en varios días, se juró. El policía debía de haberse confiado más incluso de lo que él esperaba, pues Jota no escuchó ningún grito a su espalda en esa huida.

Fue bajando el ritmo de la carrera cuando llegó a una calle más concurrida, aunque por aquel entonces estaba sudando de manera tan copiosa que no podía estar más de cinco segundos sin llevarse el dorso de la mano a la frente para impedir (como si se tratara de un limpiaparabrisas) que las gotas saladas le resbalaran hasta la cara.

Como sabía que ocurría en esa ciudad en los meses de más calor, la gente se había echado a la calle en cuanto el sol se había puesto, transformando lo que parecía una ciudad fantasma durante el día (con el calor ondulando las formas del horizonte) en un pueblecito costero, con familias, parejas, jóvenes y abuelos paseando con la tranquilidad del que se sabe sumergido en una tregua de

las miserias de su vida diaria.

Había llegado hasta la zona del paseo marítimo sin darse cuenta de que ya había anochecido del todo, de que las distintas luces artificiales difuminaban ante sus ojos las formas de todos los objetos que miraba debido a su astigmatismo. Fue hasta allí con la intención de sentirse más tranquilo, diluido entre la masa, pero pronto notó que la gente le evitaba. No de forma grosera, pero sí con unos movimientos evidentes que estaban destinados a no rozarse siquiera con ninguna partícula de Jota ni de su ropa. Las madres cogían a sus hijos de la mano cuando se cruzaban con él y todos los adultos evitaban establecer ningún tipo de contacto visual; algún niño, además, le llegó a señalar con el dedo mientras le preguntaba algo a sus padres. Los ancianos le miraban de arriba a abajo con una mezcla, según creyó percibir, de asco y compasión, mientras que los adolescentes y jóvenes le desafiaban, y era Jota quien tenía que apartar la vista de unos ojos vivos y amenazantes.

Intentó entrar en un bar o restaurante para mirarse en un espejo de los servicios, pues quería asegurarse de que el espanto de los demás venía provocado por una apariencia física especialmente destartada, pero en todos los locales un camarero se situó entre la entrada y el interior del establecimiento para impedirle entrar. Algunos se limitaban a quedarse cruzados de brazos y a mirarle de medio lado, mientras que otros le decían que si no hacía gasto no podía entrar. En el último sitio en el que intentó entrar, un tipo hasta le puso una mano en el pecho para impedirle el paso, aunque Jota no le opuso más resistencia cuando recordó que todavía tenía que recuperar la mochila.

De vuelta al callejón donde le habían atacado encontró su mochila abierta, tal y como la habían dejado caer los cuatro energúmenos. Estaba rodeada de varios folios en blanco que guardaba en su interior, posados en el suelo inertes, pero no había ni rastro del ordenador ni de la cartera que había cogido la costumbre de meter en ella al salir de su casa. Pensó con pereza en el largo proceso que le esperaba hasta volver a retomar todos los documentos perdidos: carné de identidad, carné de conducir, tarjetas de crédito... En cuanto al dinero en metálico, hacía varios días que salía a la calle solo con calderilla en el bolsillo o directamente sin ningún tipo de dinero encima, así que no se preocupó por este asunto.

Recogió la mochila del suelo y se encaminó hacia los muros traseros del hospital, donde sabía que habitualmente un grupo de vagabundos pasaba la noche bajo su amparo. “Si ahora la sociedad me considera un vagabundo, qué mejor compañía que ellos”, se dijo mientras cruzaba un semáforo.

No encontró allí al vagabundo parecido a Bukowski con el que tantas horas había compartido durante ese verano. Se sorprendió echándolo en falta, pero intentó convencerse de lo absurdo de ese sentimiento mientras se acomodaba en un colchón libre que no tenía mal aspecto.

—¡Eh! —le llamó un tipo que estaba tumbado unos colchones más para allá. La voz sonó limpia y sorprendentemente clara, resonando en la oscuridad— Ese colchón ya está reservado.

Jota se levantó sin decir una palabra y se colocó en otro más alejado, pero volvió a oír la misma llamada de atención. “También ese”, le dijeron.

La oscuridad cada vez era más espesa y sus ojos seguían con sus problemas de astigmatismo, pero pudo distinguir poco a poco otras figuras tumbadas en ese pequeño descampado al que Jota vio en ese momento como una perfecta representación de lugar dejado de la mano de Dios; ni siquiera el hospital los atendía, por mucho que ellos fueran fieles cada día a sus muros traseros, tras los que se ocultaban con la esperanza secreta, creía Jota, de recibir su protección.

Las figuras se empezaron a volver hacia él y a cuchichear entre sí, removiéndose lentamente, como si en vez de volver del sueño volvieran de otro mundo. Percibió que ya tenía a todos en su contra simplemente por las palabras que le había dirigido el tipo de la voz clara, que todos le odiaban, que era un intruso, y eso que ni siquiera le habían visto la cara ni escuchado sus argumentos.

Lo intentó una vez más y se tumbó en un simple cartón extendido que más que una separación entre él y el suelo era un nexo, tan rígido notó Jota el asfalto en su espalda. Tampoco duró mucho en esa posición, porque la misma voz le espetó directamente.

—Oye, ¿por qué no te vas de una puta vez?

—Eso, no sabemos qué haces aquí. ¿Acaso no tienes casa? —se sumó una segunda persona.

Jota tuvo que reconocer que sí, que tenía una casa, y que si estaba ahí era por gusto, no por necesidad.

—Pues eso. Coge esa mochila asquerosa y vuélvete a tu casa. —Y dirigiéndose hacia alguien que quedaba fuera del campo de visión de Jota— Si es que era lo que faltaba. Pues no he visto yo a este por ahí con traje y corbata, y ahora pretende quitarnos el sitio...

Aunque no pudo recordar cuándo había ido él últimamente con traje y corbata, Jota se dio la vuelta y se encaminó hacia su casa. Un objeto le golpeó en la espalda, pero cuando se dio la vuelta, ninguno de los vagabundos estaba erguido y no pudo saber quién se lo había lanzado. El objeto era una naranja, que pateó. Tenía entendido que en esa época no había naranjas, pero no se preguntó nada más.

Como siempre desde que había dejado pasar la noche vagabundo, se encontró con un ligero desorden que no percibió como algo ajeno a sí mismo sino como íntimo, particular. No era como si nadie hubiera pasado la noche allí, pero tampoco como si un tifón hubiera arrasado con todo. Era un desbarajuste que, aunque sabía que él no había provocado, podría haberlo hecho de forma idéntica. El chucho se mantenía en la terraza, pero a su lado Jota vio que había orinado y

defecado allí mismo, a unos centímetros de donde dormía en ese momento.

Decidió dejar la limpieza para otro momento y se le ocurrió que no sería mala idea plasmar los acontecimientos que le habían sucedido durante el día en unas cuartillas o directamente en el ordenador, pero antes decidió mirarse en el espejo del cuarto de baño.

Allí, bajo la cruda y reveladora luz que emitía la bombilla de la sala, fue consciente de que se encontraba ante el reflejo de un desharrapado.

Jota sintió que se había roto el hechizo que le había mantenido ciego ante lo que ahora se le presentaba como una evidencia. Con sus pequeñas particularidades (el peinado, el color del pelo o de la camiseta) no se diferenciaba en nada de cualquiera de los vagabundos que lo habían echado hacía unos minutos.

Encendió el aparato de radio del salón porque tenía el presentimiento de que se iba a encontrar con la voz de La Novia. Lo que escuchó cuando sintonizó con la cadena en la que creía que ella seguía trabajando (aunque estaba empezando a dudar de esto, pues no la había podido escuchar en ninguna de las últimas veces que lo intentó) fue, sin embargo, una andanada de insultos proferida por unos chillidos agudos, emitida con un odio en su tono que espantó a Jota. A continuación se escucharon unas carcajadas estridentes y de nuevo intervino la voz anterior, ahora de forma más relajada.

—Estos son algunos de los insultos más comunes en nuestra lengua. El libro presentado por Roberto Martínez los recoge de forma minuciosa, prestando especial atención a aquellos que utilizamos diariamente.— De fondo se escuchaban más risas ahogadas.

Jota se preguntó qué clase de persona podía comprar un libro en el que se leyeran constantemente insultos. Se apresuró en cambiar de dial y llegó a otro donde daban una música ligera con letra insustancial que en nada incumbía a su estado de ánimo en ese momento. La cantaba una mujer cuya voz le pareció a Jota alegre pero demasiado engolada, como si saliera de una boca llena de miel o de otra sustancia empalagosa; aun así, se encerró en su cuarto dejando el aparato de radio puesto por si se le pegaba algo de esa alegría. En la ventana del piso de enfrente, el nuevo ocupante apagó la luz en el mismo momento que él.

Se levantó después de varias horas con la boca y la garganta reseca y varios músculos de las piernas doloridos. Le habían pasado facturas las huidas del día anterior, primero de los cuatro energúmenos que lo tomaron por un vagabundo y quisieron darle una paliza y después del policía que le reclamaba una documentación que no tenía, pero sentía también un cosquilleo en las articulaciones que identificó como un principio de fiebre.

Subió la persiana de su habitación y el vecino de enfrente lo hizo también, pero el reflejo del sol del mediodía que entraba en ese momento por su ventana le deslumbró e impidió ver la cara del otro. Intentó resolver el problema de la boca y la garganta tomando un vaso de zumo que casualmente (pues hacía varios días que no compraba ningún tipo de comida ni bebida) tenía en la nevera, y añadió después una aspirina con el fin no hacer desaparecer sino de mantener a raya la fiebre, que en ese momento solo le producía un mareo confortable, similar al que disfrutó cuando se fumó el canuto con Xavier en el parque. La mente le bailaba dando pequeños círculos concéntricos, pero estos vaivenes nunca eran tan amplios como para que se perdiera en otros pensamientos.

Supo que lo que tenía que hacer a continuación era ducharse y afeitarse, y así lo hizo. Abrió los grifos principales del agua y activó los interruptores de la luz, pues los había desconectado días atrás porque no quería tener la tentación de gastar dinero en esos asuntos que no le resultaban indispensables. El desagüe se tragó el pelo y la suciedad que había ido acumulando durante las últimas semanas, que a su vez se acumulaban hasta formar un mes, según calculó Jota. Ya era mediados de agosto.

A lo largo del día se dio otra ducha para acabar de quitarse la roña que había acumulado. Se vistió con ropa limpia y puso una lavadora con las una o dos prendas que había utilizado durante semanas. Sacó los pocos objetos de la mochila que había utilizado esos días y la tiró por la ventana del salón sin importarle si alguien le veía. Puso a cargar también el teléfono móvil, que había guardado en la mochila durante ese tiempo como un animal muerto.

Se dispuso después a recoger los desechos que el perro (que seguía en la terraza sin apenas moverse) había dejado el día anterior y compró suficiente comida como para abastecer de nuevo la nevera y la despensa. Comprobó que su cuenta corriente seguía siendo prácticamente igual de abultada que desde que le echaran del periódico (pues tenía bastante dinero ahorrado de sus siete años de trabajo y últimamente apenas había hecho gasto) y pagó el alquiler del piso para el próximo trimestre.

Pasó el resto de la semana ordenando y limpiando el piso concienzudamente. Lavó por partes los cojines del sofá y el sillón, cambió el cubrecolchón, sacó todos los libros y objetos que

tenía en estanterías y cajones para limpiar su interior, se dio de alta de nuevo en la línea de Internet... Al cabo de unos días se dio cuenta de que no había encontrado ni un momento para escribir, puesto que también había vuelto a buscar empleo.

Había ido controlando la fiebre de forma más o menos estable los días precedentes, pero un día en el que le había subido más de lo habitual, se había quedado traspuesto en el sofá a media tarde. El timbre de la puerta le despertó e interrumpió el mismo sueño que había tenido durmiendo en el sofá del contenedor, días atrás. Tenía ya formada a la nueva Carla, que comenzaba a acercarse hacia él, cuando el timbrazo, un chirrido agudo que parecía provenir de las entrañas del bloque de pisos, le obligó a regresar del sueño

Abrió la puerta y se encontró con su casero, al que no veía desde hacía meses. Se saludaron y Jota le invitó a pasar con un gesto de cabeza y le preguntó si quería tomar algo.

—No, no, gracias —dijo distraídamente, con su habitual voz pretendidamente segura. A Jota siempre le había dado la impresión de que tenía ese piso alquilado por la imposición de una segunda persona, y que le costaba una gran esfuerzo tratar asuntos relacionados con la vivienda.

El tipo comenzó a fisgar el salón de forma descarada y Jota esperó a que dijera algo, pero no parecía decidirse.

—¿Y bien? —preguntó finalmente, de forma decidida.

—Verás, Jota, no me gusta pasarme así, sin avisar, pero la semana pasada recibí algunas protestas de vecinos.

Jota recordó que el hombre había estado viviendo allí durante su infancia, por lo que debía tener contacto directo y confianza con la mayoría de los vecinos que habitaban el edificio.

—¿Cuáles han sido esas protestas, si puede saberse? —preguntó Jota, sentándose en el sofá, aunque no invitó al casero a que lo hiciera también.

El casero pareció dudar, como si la pregunta directa de Jota le hubiera cogido por sorpresa, pero finalmente se decidió a hablar.

—Para empezar, olores muy fuertes provenientes de este piso.

—Pues ya me dirá -respondió Jota, pasando a usar el tratamiento de usted y señalándole con la cabeza la habitación.

El casero miró una vez más a su alrededor. Jota sintió que su inseguridad le hacía a él más fuerte, como si se estuviera alimentando de ella.

—Ahora no veo nada raro, Jota, pero debes entenderme. Si los vecinos me llaman protestando...

—Aquí no ha subido nadie para hablarme de estos problemas -dijo Jota, cortante.

—A mí me dicen que sí han subido a hablar contigo, pero que o no estabas en el piso o no querías

abrir, porque a veces se oía movimiento en el interior.

Jota supuso que habrían subido durante las horas en las que el vagabundo se encontraba en el piso, porque él no había escuchado nunca que llamaran a la puerta.

—Ya me encargaré yo de hablar con esos vecinos —respondió, y acto seguido—. ¿Quieres pasar a las habitaciones, a ver si tengo un muerto en una de ellas?

El otro rió de forma forzada, según creyó percibir Jota, y dijo que no, que se fiaba de él.

—En fin, ya ve que el piso está en perfectas condiciones —cortó Jota—. ¿Hay algún problema con el alquiler de ese trimestre? —El casero negó con la cabeza— Pues si no tiene nada más que decirme...

Dejó el fin de la frase en el aire, sin que el casero fuera capaz de terminarla, pero este, cuando ya se encaminaba hacia la puerta, echó un vistazo en la terraza, donde el chucho acababa de dar un ladrido.

—Ah, tienes un perro —se limitó a decir.

Nunca habían hablado de la posibilidad o no de tener animales en el piso, pues Jota jamás había imaginado que iba a acabar conviviendo con uno.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

—Legalmente, este bloque de pisos, por antigüedad, no está autorizado a acoger animales, ni aunque sean domésticos, pero ya sabes que las vecinas del primer y segundo también tienen...

Sin pararse a escuchar la última frase, Jota se dirigió hacia la terraza.

—Si están prohibidos los perros, están prohibidos los perros, ¿ve? —dijo.

Acto seguido cogió al chucho en brazos, abrió la puerta del piso, bajó las escaleras corriendo y dejó caer al animal en la puerta del bloque. El casero le miraba con los ojos como platos desde el descansillo del último tramo de escaleras.

—¿Conforme?

Jota subió las escaleras de vuelta hacia su casa y, sin mirar hacia atrás, gritó.

—Si tiene alguna queja más, llame antes de venir.

Ya en el piso, se quitó de la cabeza la imagen del boquiabierto casero como quien deja atrás una etapa desagradable que, en cambio, sabe que le ha servido para llegar a la futura meta que se ha marcado.

Sin embargo, no sabía todavía cuál era. En su cabeza se había ido formando una idea a la que en ese momento no veía la forma concreta pero a la que podía intuir alguno de sus bordes. Para intentar completar el dibujo, siguió su transformación afeitándose por segunda vez en ese día y acudiendo a una peluquería en la que le recortaron una cabellera que ya amenazaba con asilvestrarse.

Se encargó después del asunto de la fiebre, que con la fuerza de voluntad recientemente adquirida había dejado aparcado. En un supermercado compró, además de más comida para varios días, zumo y aspirinas, que tomó en cuanto estuvo en el piso. Pasó la fiebre en dos horas como si hubieran sido dos días: se sentó en el sofá tapado con una manta y sudó, sudó mucho, como si estuviera expulsando toda las desgracias que había absorbido en el tiempo en el que le habían confundido con un vagabundo.

Una vez que consideró, sin ni siquiera ponerse el termómetro, que su cuerpo estaba a una temperatura adecuada, llamó a Xavier, quien hacía un tiempo que no se había puesto en contacto con él.

—¿Qué tal estás? ¿Sigues en la ciudad? —le preguntó.

—Sí, aunque últimamente he estado muy liado adelantando la novela.

—Eso está bien —siguió la corriente Jota.

—Pero me viene bien que me llames. Pensaba hacerlo yo esta misma tarde. —Jota sospechó que esta era una de esas frases que se dicen para escurrir el bulto y hacer quedar bien a uno mismo, pero no puso más objeciones— Voy a estar unos días de vuelta a la capital y quería despedirme de ti.

—Ah, pues cuando quieras. Últimamente estoy más libre en la redacción.

—¿Y tus vacaciones, por cierto? ¿Es que estáis condenados a galeras?

—Ya pronto las tengo, ayer me lo comunicaron —improvisó Jota—. Ya me las merecía. En fin, ¿cuándo quieres que nos veamos?

Acordaron que se verían dos días después y colgaron. Jota se miró en el espejo de la cocina y, con un corte de pelo que era habitual en él, afeitado, con ropa limpia y, de fondo, el salón con el orden con el que lo había mantenido durante los últimos años, se reconoció como el Jota de antes del verano. Sin embargo, intuía que esa vuelta a su apariencia anterior solo era uno de los puertos en los que tenía que hacer escala antes de llegar a su destino final, aún desconocido.

El día acordado se dirigió hacia el piso de Xavier, donde se habían citado. Con mucho esfuerzo recordó que la última vez que había cogido el coche había sido cuando persiguió a Xavier, por lo que el automóvil debía de estar todavía allí. No le importó e incluso le agradó tener que ir hasta allí andando, a buen ritmo. Cuando llegó hasta su coche, comprobó que no había sufrido ningún desperfecto y se miró en un cristal lateral para acostumbrarse un poco más a sus verdaderas facciones, que durante las últimas semanas habían permanecido ocultas tras una capa de pelo. También comprobó que el sudor cubría su rostro como un barniz brillante, aunque lo percibió como un líquido que estaba sirviendo para limpiarle desde dentro y expulsar los desechos hacia afuera. Se sorprendió, sin embargo, de no haberse dado cuenta hasta ese momento de que había estado sudando copiosamente, pues la ciudad seguía, como todo el verano durante el día, bajo el foco del inexorable sol. Imaginó que se debía también a los últimos restos de una fiebre que no se acababa de ir.

Le abrió la puerta Carla, y Jota se presentó ante ella limpio, con la coraza exterior reluciente, pero dentro guardaba un nuevo comportamiento que solo podía intuir por el momento. Le dio dos besos y se fijó con detenimiento en su pelo, intentando ver esa calidad que había percibido en el sueño; un sueño que se había repetido una vez más durante la semana, pero que se había cortado en el mismo punto, cuando estaba a punto de tocar a la nueva Carla.

—Tú también te vas con Xavier, ¿no?

—No, no. Yo me quedo aquí vigilando la casa.

—Como un perro guardián.

—Más bien como la novia de un periodista imprescindible en su empresa —dijo con un deje irónico, cuando Xavier se acercaba por detrás.

Este tenía ya el sombrero puesto y estaba abrochándose los puños de una camisa de manga larga. Un maletín con ruedas esperaba junto a la puerta.

—¿Has venido en coche? —preguntó, y sin esperar respuesta, afirmó— Pues me vas a hacer un favor y me vas a llevar a la estación de trenes, que voy a dejarle aquí el coche a Carla. Me acaban de llamar diciendo que me necesitan antes. No pensaba salir hasta mañana.

A Jota apenas le dio tiempo a despedirse de Carla, pero sospechaba que no iba a ser la última vez que la viera. De camino a la estación puso el aire acondicionado para intentar combatir el calor que luchaba por invadir el interior del vehículo. En un momento dado le preguntó a Xavier cómo es que tenía que volver al periódico, si se suponía que estaba de vacaciones.

—Es una exigencia que me pidieron a cambio de darme estos dos meses y pico libres: si me

reclamaban cuatro o cinco días, tenía que volver. Por lo que se ve, parece que no pueden vivir sin mí.

Jota no respondió nada, pues consideró que el otro ya se lo había dicho todo, y se limitó a conducir en silencio.

—Además, ya que estaré por la capital, me pasaré también por mi editorial —continuó Xavier—. Ya han preparado la primera prueba y me han dicho que le eche un vistazo.

—¿Cómo ha sido el proceso?

—En las últimas semanas he adelantado bastante, la verdad, pero todavía tengo que pulir el final. Se nota que no has estado rondando a mi alrededor y he tenido más tiempo —rió.

Aunque a ojos de cualquiera Xavier estuviera bromeando, a Jota no le gustó esa referencia a que le hacía perder el tiempo, y más teniendo en cuenta que era Xavier el que había invadido su ciudad, su espacio, su vida, durante ese verano.

Apenas hablaron más hasta que llegaron al andén. Xavier le dio el número de teléfono del puso y le dijo.

—Y si te aburres, llama a Carla, que ella aquí no conoce a nadie. Y más vale que no esté todo el día en remojo y al sol, como una gamba —rió.

Se despidieron y Jota vio a Xavier montarse en el tren, sujetándose el sombrero con la mano derecha y agarrándose al pasamanos con la izquierda. La camisa blanca, impoluta, fue lo último que vio de su persona.

—Ya estoy de vacaciones, así que llámame cuando quieras. Así podemos ponernos al día.

Al día siguiente, Jota había utilizado el número del piso de Xavier y había llamado por la mañana. Creía que sería más probable que Carla se encontrara allí a esas horas. Creyó percibir en ella un momento de duda, pero finalmente le respondió que así lo haría.

Pasaron unos días en los que Jota esperó sin nerviosismo un acontecimiento que sabía que acabaría sucediendo, y así ocurrió un miércoles.

—¿Por qué no vienes mañana por la mañana, Jota? Aunque haga calor, pero en algún bar podremos refugiarnos.

Jota aceptó encantado y se despidió hasta el día siguiente.

Carla se estaba preparando para salir, como estaba haciendo Xavier la última vez que le invitó a su casa.

—Jota, me vas a tener que perdonar, pero me han llamado para un asunto urgente. He hecho algunos contactos con una casa de decoración de esta ciudad y me acaban de decir que quieren entrevistarse conmigo por uno de mis trabajos. Te habría avisado, pero no tengo tu número de móvil.

Jota dijo que no importaba, y que la podía acompañar hasta donde tuviera que ir.

—El caso es que el hombre que viene a limpiar ya estará en camino —era la primera vez que Jota escuchaba que un hombre se dedicaba a la limpieza, pero no quiso interrumpirla—, así que te quería preguntar si te podrías quedar en el piso hasta que venga, para poder abrirle la puerta. Cuando llame a la puerta y le abras, serás libre para irte. Tómate lo que quieras, coge uno de los libros del salón.... Como si estuvieras en tu casa. El hombre no tardará en venir.

Él estuvo de acuerdo, aunque se había preparado para hablarle ese mismo día, para descubrir si era la chica de su adolescencia. Tenía esto en la cabeza cuando le dijo.

—Bueno, pero quiero que nos conozcamos un poco más. De mañana no pasa que te invite a una cerveza, Carla.

—No tomo cerveza, pero me dejaré invitar a cualquier otra cosa, claro que sí. —Le miró a los ojos y Jota se sintió mucho más cerca de ella que en cualquier otro momento. El paso del tiempo había ido uniéndoles, eso era indudable, aunque ella aún no se hubiera dado cuenta— Perdóname otra vez, pero tengo muchísima prisa.

Se despidió y Jota se quedó solo en el piso. Sentado en el sofá principal, frente al hueco para el televisor, dejó pasar un par de minutos de seguridad por si Carla volvía a coger algo que hubiera olvidado, y pasado este tiempo se levantó dispuesto a hacer una inspección a la casa. Era este un tipo de curiosidad que no había conocido anteriormente, pero desde que Xavier se pusiera en contacto con él a finales de junio, tenía la necesidad de dejarla libre para descubrir cómo era realmente el otro, o al menos cómo había evolucionado desde que se separaran sus vidas (si es que alguna vez se habían siquiera cruzado) tras terminar los estudios en la facultad.

Echó primero un vistazo para confirmar la impresión que le había dado la casa desde el primer momento, una impresión que días atrás no había podido formarse por completo, interrumpida por la necesidad de compartir la atención con los anfitriones, sobre todo con la cháchara constante de Xavier. Pero en esos momentos, en el centro del salón, Jota estiró los brazos lo máximo que pudo como un gesto simbólico de tomar posesión de todo lo que le rodeaba, aunque sabía que no era cierto, o que como mucho era una sensación precedera, hasta que llegara el hombre de la limpieza. Los pocos adornos que se repartían por el salón no ensuciaban su composición, sino que la completaban, así que Jota tuvo que admitir que estaba decorada con buen gusto, sin colores estridentes que hicieran fijar la vista en detalles y no en el conjunto. Un plato de

cerámica sobre el sofá (una técnica, la cerámica, que Jota siempre había detestado, pero que en ese contexto le resultó no solo apropiada sino necesaria); sobre la mesa, un florero con unos ramilletes que parecían recién cortados, aunque Jota creía haberlos visto días atrás; una pequeña cúpula en el techo que servía como una especie de escudo para la bombilla...Y, por supuesto, el controlador de clima.

Se dio cuenta de que el nombre que le había dado Xavier era sumamente rimbombante, como era habitual en él, puesto que el objeto no cambiaba el clima ni mucho menos, sino solo la temperatura. Seguía completamente quieto, como si la pluma y el hilo que la sostenía fueran de plomo, de un plomo bañado en petróleo, tan atezada era la pluma. Jota se dijo que en un animal, un color tan oscuro solo podía tener una naturaleza maligna. Pensó en gatos, cuervos, cucarachas... y también en el chucho que había acogido durante el último mes y medio.

Seguía fascinado con el utensilio, pero se fijó en ese momento en que los cuadros que colgaban de las paredes del salón también colaboraban en la sensación de continuidad que se desprendía de toda la habitación. Se acercó a uno de los que le había llamado la atención el primer día y, con la nariz pegada al borde del marco, comprobó que estaba incrustado en la pared, como si fuera un lunar de la estancia, algo que formaba parte de ella y no un apéndice incluido posteriormente. El dibujo (un paisaje apocalíptico de tonos pasteles que le resultó muy desasosegante viéndolo así, separado del resto) estaba protegido, en cambio, por un cristal que sí sobresalía un centímetro de la pared.

No había mucho más que mirar en el exterior del salón, así que pasó a los cajones. Apenas contenían un par de facturas que Jota ni siquiera quiso tocar para no contagiarse de esos asuntos mundanos que poco le interesaban en ese momento, pues representaban el exterior, el forro de la vida de Xavier, no la esencia que él intentaba liberar en esos minutos de soledad en su piso.

Volvió a fijarse en el cuadro del escenario apocalíptico enquistado en la pared y el conjunto le recordó un lunar transparente en el que se puede ver el interior, maligno o benigno. Jota todavía no tenía claro ese punto, y de camino a la cocina, donde pensaba continuar con su investigación, reparó en que ese cuadro podía considerarse una reducción de esa misma casa del cuarto piso, en la que alguien que mirara por la ventana no sería capaz de identificar los motivos por los que él mismo se movía por la casa, abría cajones al azar o se quedaba mirando objetos aparentemente normales.

Cruzó la cortinilla que separaba el salón de la cocina con el deseo de que en esa estancia su percepción fuera similar, pero la cocina era un espacio aburrido, ajeno al salón. No había más que comida y utensilios de cocina. Asumió como algo inevitable (con una convicción que no sabía de dónde le llegaba) que tendría que entrar todavía más en el interior de la vivienda para llegar a lo más íntimo de Xavier, así que salió de la cocina y se dirigió a la puerta que había visto a Carla

atravesar, recién duchada, el día en el que Xavier se la presentó.

Reparó en que, en los días que Jota había estado allí, Xavier no le había hecho pasar a esa zona de la vivienda, como si esta no existiera. Ahora que la veía por primera vez, había un pasillo alrededor del cual se distribuían tres habitaciones: un dormitorio con cama de matrimonio, un cuarto de baño con bañera y otro dormitorio de invitados con un par de camas individuales.

Obviando el cuarto de baño y el de invitados, pues recordó que el hombre de la limpieza podía estar al llegar, Jota pasó directamente al dormitorio principal, intuyendo que la esencia de Xavier debía concentrarse principalmente en esa zona de la casa.

En la pared de encima de la cama donde Xavier dormía cada noche con Carla (Jota sentía un pinchazo en el estómago cada vez que la intimidad de los dos se hacía presente, al igual que el día que los vio haciendo el amor, como si fuera algo que le incumbiera) había una sola estantería que albergaba varios libros. Todos estaban escritos por el dueño de la casa, destacando el tamaño de la X del nombre de pila en todas las tapas. Además de los tres volúmenes que Jota ya conocía y que tenía en su propia biblioteca personal, había una cuarta novela con una portada completamente negra que se titulaba *Un verano muerto*, aquella de la que a Xavier le había faltado tiempo para hablarle. Este le había dicho que todavía estaba en el proceso de escritura y que en la capital revisaría una primera edición de prueba, no que la tuviera ya en su propia habitación, como así parecía. En cambio, Jota no podía asegurar este punto, puesto que él nunca había experimentado la satisfacción de ver su nombre publicado entre las brillantes tapas de un libro, sino simplemente en los periódicos sudorosos de tinta, tuvo que reconocer con amargura.

En la estantería había también dos ejemplares hechos con papeles fotocopiados y ensamblados de mala manera con clips y grapas. Imaginó que eran los borradores de unos posibles trabajos futuros, pero aun así no experimentó curiosidad alguna por ellos y se restregó las manos contra la ropa tras tocar las hojas, pensando que así su piel, la escritura que pensaba iniciar en cuanto volviera a su piso, no tendría nada que ver con la de Xavier.

Había también unas gafas en la mesita de noche de la derecha. Eran del mismo tipo que las que le había visto a Xavier los días anteriores, pero de color rojo. Se las puso y comprobó que veía mucho mejor tanto de lejos como de cerca, como si hubieran sido hechas para vencer exactamente sus grados de astigmatismo. Se las guardó en un bolsillo.

Abrió entonces el armario que había frente a la cama y observó las prendas de Xavier. También estaban las de Carla, pero las de ella no le interesaban tanto, puesto que lo que estaba haciendo en esos momentos, desde que ella le dejara solo en el piso, era una búsqueda por el interior de Xavier, y creía que las prendas tenían mucho que ver en esta búsqueda. Tocó las camisas, los pantalones, las corbatas, e incluso la ropa interior de un cajón inferior. Distinguió una camisa

que le había visto puesta a Xavier días atrás, pero decidió que, ya que podía elegir, iba a optar por probarse unos pantalones suyos. Eran marrones y le quedaban grandes, pero buscó en otro cajón de debajo del de la ropa interior y dio con unos tirantes, que se puso. Pasó a trasladar entonces los objetos de sus bolsillos (incluidas las gafas) a los del pantalón de Xavier que vestía y cogió los suyos en el antebrazo. Buscó un poco más a tientas los tirantes y cinturones que estaban más al fondo del cajón, pero sus dedos dieron con un objeto pulido.

Lo sacó de las profundidades del cajón: era un extraño muñeco hecho de cerámica.

Para su sorpresa, aderezada con cierto reflejo de espanto, vio que la figura era un hombre, con el pelo pintado a partir de dos sencillos trazos horizontales en la parte superior de la cabeza. Iba vestido con una sencilla camisa negra y pantalones del mismo color, sin apenas más detalles en el dibujo. La cara tenía igualmente un trazo sencillo: ojos (con gafas), nariz y boca claramente delineados formando una semblante satisfecho y relajado, aunque expresivo, en la superficie lisa y fría que Jota sostenía entre las manos. La parte inferior del muñeco era plana y lisa, de manera que se podía apoyar en una superficie para ser utilizado como adorno.

Sintió entonces una palpitación más marcada de lo normal que no percibió como propia, de dentro de las venas y arterias que llegaban hasta la frontera de su cuerpo con el exterior, sino procedente del interior del muñeco. Solo entonces se dio cuenta de la incisión que había en mitad de la figura, y entendió que tenía entre sus manos un conjunto muy peculiar de *matrioskas*.

Con un suave giro, separó la parte superior de ese primer “muñeco ruso” y encontró en su interior hueco la siguiente figura. Otro hombre, aunque este segundo tenía una cabellera más abundante; no iba vestido con trajes tradicionales, ni rusos ni japoneses (de donde, según había leído una vez Jota, eran en realidad originarias las figuras), sino que su indumentaria era similar a la del anterior, aunque esta estaba pintada con adornos y colores vivos. También el rostro era diferente, pero compartía con el muñeco superior una extraña expresividad familiar que Jota no supo explicarse

Con esa segunda figura entre los dedos, Jota supo que había más, muchas más capas debajo, y, asegurándose de que el piso seguía vacío (estaba haciendo algo prohibido, aunque no sabía por qué) pasó a la siguiente, una mujer esta vez, pintada con una cabellera clara, casi blanca, que le caía a ambos lados de la cara y de la que se enamoró al momento sin saber por qué ni tampoco importarle. El detalle del pelo, unas pestañas más largas que las de las otras dos figuras y la falda que parecía vestir (pues se le podían ver unas piernas descubiertas, dibujadas con un vivo y artificial color naranja) eran los elementos que la distinguían como una muñeca femenina. Miró en los ojos verdes de esa muñeca y pareció llegarle una respuesta desde otro lado, no desde dentro de la figura que ya sabía hueca. Jota recordó haber leído en alguna parte que el número de muñecas rusas que

formaban el conjunto siempre tenía que ser impar, pero seguía sintiendo una palpitación especial en los dedos y dio por hecho que su interior albergaba otras, que el conjunto no se componía solo de esas tres figuras. Pasó a la siguiente con más ansiedad de la que había sentido al principio y se encontró con la misma figura, pero de unas proporciones más reducidas que la primera. Idéntica vestimenta, rostro y mirada

La sangre se le acumulaba con más furia en los dedos a medida que iba destapando más y más figuritas, como si la última, en el meollo final, albergara el secreto de algo que superaba en significado a todo el conjunto. Mientras hacía esto, se acordó de las figuras de las cartas que Dolores había elegido para él en su última consulta y supo que estaban relacionadas con las *matrioskas* que en ese momento tenía entre manos; sin embargo, notaba que no había abierto todos los cajones en los que se guardaban las relaciones con esas muñecas rusas, que había algo que todavía le quedaba por descubrir.

Jota no llevaba la cuenta del número de *matrioskas* que había ido destapando, así que cuando sonó el timbre de la puerta no supo qué posición ordinal tenía cada una y montó el conjunto de cualquier manera. El segundo timbrazo le persuadió a no cambiarse de pantalones y se dirigió hacia la puerta con los suyos en el brazo, vistiendo los de Xavier sujetos con los tirantes.

Cuando abrió la puerta se encontró con Fernando. Este no pudo evitar la sorpresa y J vio cómo se sobresaltaba. Llevaba en las manos un cubo con trapos y un bote de lejía dentro. “¿Qué haces aquí?”, dijeron los dos, después de unos segundos de duda.

—Además de lo de las cartas del tarot, también hago otras cosas... —se decidió a responder Fernando.

Jota pasó por alto el comentario. Aquello de Fernando era algo que ya no le interesaba en absoluto, pues se sentía en esos momentos, con las extrañas *matrioskas* palpitándole en el bolsillo del pantalón que ya no era de Xavier sino suyo, por encima de ese asunto. Con toda la naturalidad que fue capaz de reunir, le dijo a Fernando que pasara, se despidió y cerró la puerta a su espalda.

Salió a la calle y se puso las gafas de Xavier (que tenía guardadas en el bolsillo) con un gesto que ya apuntaba la desenvoltura de la que hacía gala este habitualmente. A pesar de su grosor, la montura apenas era una ligera presencia sobre el puente de la nariz, y aunque Jota creía no tener problemas de vista durante el día, su visión fue más clara de lo que lo había sido nunca jamás antes. Tuvo la sensación de que durante toda su vida anterior había estado viviendo con un velo en la pupila de los ojos que le impedía distinguir todo lo que el mundo le ofrecía. Jota pensó si sería posible ver de una forma más clara de lo que lo hacía ahora; quizá con otras gafas más potentes fuera capaz de ver partículas minúsculas, de ver por separado los átomos que formaban los objetos, o las células de las personas.

Aunque no llegara a este punto de precisión, sabía que estaba habitando una existencia nueva en la que tenía una visión privilegiada respecto a los demás, así que caminaba por la calle con una soltura impropia de él, pero como ya no era él sino Xavier, porque llevaba sus ropas, lo hacía de manera natural, no forzada.

Pensó que era un sosias de Xavier, como lo había sido semanas atrás del vagabundo parecido a Bukowski, pero a continuación le asaltó el pensamiento de si realmente no lo era el otro de él. Llegaba a un punto en el que los dos se confundían, y Jota se preguntó si ambos habían podido existir a la vez en el mismo tiempo. En ese momento, el otro le pareció un producto de su imaginación, como una de esas historias fabulosas que Fernando le había contado sobre los robots. Andando por la calle, mirando a la gente a los ojos, se imaginó cómo había sido el viaje de Xavier desde que salió de esa ciudad en tren hacia la capital, y su vida allí. Se lo representó con tanto detalles que asumió la fantasía como realidad. ¿Qué más daba?, como le había dicho Xavier en aquella conversación cuando fumaron el canuto, lo que era tomado como auténtico podía no serlo. Jota pensó en un trozo de madera al que, según cómo se trabajara, podía dar cualquier tipo de forma, de símbolo de otra cosa. La realidad, el trozo de madera, era modulable.

En la calle, algunos transeúntes con los que se cruzaba se quitaban el sombrero al cruzarse con él, y pensó si no sería conveniente adquirir también uno como los que solía lucir su amigo, un sombrero que le permitiera gestos tan elegantes como esos que ahora veía en personas decididamente adultas; porque ahora él también era uno de esos adultos, con un recorrido concreto que hacer esa mañana.

Como caída del cielo, vio en la distancia, gracias a las gafas, una tienda con el letrero de 'Sombrerería' en la que nunca había reparado, quizá porque no había sentido la necesidad de poseer tal utensilio hasta ese momento. Entró en el local y, sin saludar, preguntó a la dependienta qué tipo

de sombrero le iría mejor a la forma de su cabeza, al color de la barba y a las gafas que ya tomaba como suyas. La vendedora, una mujer madura que sin duda esperaba hacer referencia ella misma a esos aspectos que deben tenerse en cuenta cuando va a adquirirse un cubrecabezas de cualquier tipo, señaló apenas una estantería. Jota echó un vistazo al global de la tienda, un espacio siniestro por lo que tenía de incompleto y superficial, pues los cientos de sombreros esperaban cabezas, cualquiera que fuera, para llenar el vacío que los hacía tener esa forma tan estirada. Jota escogió uno que a fuerza de ser usado parecía más relajado, no tan cebado de almidón como los demás. Con voz entrecortada, la dependienta le advirtió que ese sombrero no estaba en venta, que era de un cliente al que se lo estaban arreglando, pero Jota zanjó el asunto sacando la cartera y dejando sobre el mostrador un billete que hizo callar a la dependienta. Se colocó el sombrero de un solo movimiento y salió de la tienda dejando a la mujer pasmada.

Anduvo por el centro de la ciudad durante algunos minutos, sin rumbo fijo. Iba fijándose en aspectos en los que normalmente no reparaba. Imaginó que el sombrero debía de pertenecer a un padre de familia o, al menos, a alguien que lo fuera a ser próximamente, porque fue consciente de la cantidad de niños que invadían las aceras e incluso la carretera con total impunidad por parte de transeúntes y automóviles, como si fueran seres sagrados a los que no se pudiera sacrificar. Cuando se cansó de saludar a madres que paseaban en carritos a bebés hastiados, ya, de la existencia que les estaba tocando vivir, lanzó con un giro de muñeca el sombrero a la papelera más cercana.

Se centró entonces en asuntos de dinero, pues Xavier (y él mismo, en esa nueva existencia) trabajaba en la sección financiera de su periódico y eso le daba la capacidad de adivinar cuánto dinero tenía la gente en sus carteras. Era poco, pero cuando calculó el que guardaban las oficinas bancarias con las que se cruzaba, se sorprendió de que la diferencia no fuera muy alta.

Sintió entonces un encogimiento de las entrañas que interpretó fácilmente como una señal de hambre. Su propio cuerpo le hacía gestos más explícitos que cuando era simplemente Jota, un tipo con las ideas nada claras al que incluso su cuerpo podía torearle. Eligió un bar en el que solo entraba gente con pantalón largo, como él, a pesar del calor que hacía.

—Buenas tardes, ¿qué va a querer el caballero? —le preguntaron nada más atravesar la puerta del bar y sentarse en una mesa.

—Lo de siempre, lo de siempre —respondió Jota sin mirar al camarero, aunque expectante por saber lo que se desayunaría normalmente una persona adulta con objetivos que cumplir.

Mientras le preparaban el desayuno, leyó el periódico con una perspectiva totalmente diferente a la que lo solía hacer. Las noticias ahora no solo le importaban, sino que formaban parte de él y de su nueva vida. Las leía y las comprendía (haciendo un esfuerzo por superar la desordenada y, en no pocas ocasiones, incorrecta sintaxis de los periodistas), pero además sentía

que su existencia dependía de los textos, que estaba en comunión con ellos, que los titulares que rezaban cualquier frase pomposa, influían en su vida; y viceversa, que él, desde su nueva posición de poder, podía amoldar esos textos a la forma que le conviniera. Era parte de una carretera de doble sentido en la que los coches, la realidad que desfilaba por ella, estaban todos conducidos por él. Le atraieron especialmente los titulares de economía, claro. Sospechó entonces que Xavier debía de tener contactos la bolsa gracias a su trabajo, y que se dedicaba a especular con el dinero de otro, a comprar y vender acciones en el mercado de valores como quien compra y vende tomates en la plaza del barrio, y por eso podía permitirse tener en su propiedad dos casa, una de ellas, además, al lado de la playa.

Recordó algunos momentos en los que él había ejercido también como periodista, pero le parecieron tan remotos que no podría haber jurado si ese tipo triste, incapaz y sin ambiciones era él mismo o acaso el recuerdo de un personaje de película o novela.

Le sirvieron un desayuno a base de café, zumo y tostadas que, sin dejar de ser simple, a Jota le pareció tan diferente en forma y fondo a las que consumía en su otra vida de parado que no reprimió el impulso de preguntarle al camarero.

—¿Cómo se llama esto?

—En la jarra tiene zumo natural de naranja, exprimido en el momento y procedente de una partida de naranjas frescas. La tostada es de pan del día, y a su lado tiene distintas tarrinas con mantequilla, margarina y mermeladas, eso sí, de procedencia industrial, aunque de una empresa de toda confianza. Además, las pepitas con las que se hace el café que tiene en el vaso de su izquierda son cambiadas diariamente.

El camarero no dudó ni un segundo al contestar y soltó el discurso con un tono monocorde, lo que hizo sospechar a Jota que se trataba de uno de esos robots que, poco a poco y por cuenta del Estado, estaban infiltrándose entre la población y que eran progresivamente destruidos.

—Gracias. Y disfruta del tiempo que te queda aquí, que los seres humanos no están tan mal.

Se sorprendió ligeramente hablar de los seres humanos en tercera persona, pero como la frase le salió de forma natural, pensó que sería correcta. Se lo achacó a que en esos momentos era, respecto a Xavier, una especie de epígono, alguien que había nacido después que él y que seguía sus pasos en la vida.

Se dio cuenta entonces de que había una televisión en el bar hacia la que todos clientes (tampoco se había fijado en ellos hasta entonces) miraban. Con mucho esfuerzo, retrocediendo hasta su existencia anterior, reconoció las imágenes como parte de una película antigua. Le hizo un gesto al camarero para que se acercara y le soltó.

—Esta película es del año de la polca. Al pan, pan, y al vino, vino. Las cosas, claras, y el chocolate,

espeso.

Notó que, hablando con esas fórmulas, pasaba por una persona despegada de todos los asuntos que trataba, pero que además se encontraba por encima de ellos y podía manejarlos como quisiera. El camarero estuvo de acuerdo con sus afirmaciones y le dijo que ese día invitaba la casa.

Salió entonces del bar y se dirigió a su casa, donde durmió de un tirón hasta el día siguiente, con las ropas y las gafas de Xavier puestas.

A la mañana siguiente, Jota se dedicó a resolver los problemas que su documentación robada semanas atrás seguía arrastrando. Antes le habían dado largas, remitido a distintos organismos para poder recuperar su permiso de conducir y tarjetas de créditos, y sabía que el mes de agosto tenía mucho que ver con estas tardanzas. Pero con las ropas y la actitud de Xavier, lo que había pensado que se extendería durante varias semanas, se ventiló en esa mañana en poco más de una hora.

Utilizó palabras rotundas y categóricas, las exactas para hacer que los funcionarios públicos sintieran que debían adelantar sus trámites, pero no tan tajantes como para molestar a los burócratas con un discurso que hiciera el efecto contrario y acabara volviéndose en su contra. Jota era consciente de los avances que hacía con cada una de sus palabras y no se salió del camino marcado ni una sola vez.

Al día siguiente, primero de septiembre, recibió una llamada de Xavier, que le especificó que estaría en la capital hasta final de semana.

—Yo, en cambio, ya estoy de vacaciones —dijo Jota, sin preguntarle cómo iban las pruebas del libro ni qué trabajo tenía que hacer en la redacción.

—Me parece bien, ya era hora.

—Más vale tarde que nunca, ¿no?

—Claro.

—Y malo conocido que bueno por conocer.

Xavier preguntó qué había dicho y Jota le respondió que debía de haber habido una interferencia en la línea.

—Por cierto —dijo a continuación—, ¿recuerdas ese proyecto de novela que te dije que estaba formando?

—La verdad es que no.

—Pues la recordarás, tranquilo. Es más, la recordará todo el país. Va viento en popa y a toda vela —dijo, solo por el placer de hacer que Xavier escuchara lo ridícula que sonaba esa expresión que él había soltado semanas atrás.

Notó a Xavier cortado, y Jota pensó que ya notaba cómo su lugar estaba siendo usurpado. Le recordó a su yo anterior, pero esa imagen estaba ya tan alejada de sus pensamientos que no le pareció relevante, y siguió hablando sin escuchar una pregunta que el otro le había hecho.

Pasó un día entero pintando todas las paredes del piso. No quiso pedirle ayuda ni pintura al casero porque se sentía repleto de energía, y el dinero no era ya un problema tampoco. Cuando le tocó el

turno a las barandillas de la terraza se acordó del chucho que se había instalado allí hasta hacía unos días, pero fue un recuerdo que sintió que no le pertenecía por completo y por eso no le importó no saber qué habría sido del animal.

Estaba descansando en el sofá cuando Carla le llamó por teléfono. Le dio primero las gracias por haberse quedado en el piso hasta que llegara el limpiador.

—Lleva viniendo al piso desde principios de agosto —añadió—, y el otro día me dijo que había sido periodista en un diario de esta ciudad. ¿No lo conociste cuando le abriste la puerta?

—No, de nada.

A continuación, Carla le preguntó, con una voz que Jota percibió con trazos sugerentes, si le venía bien que se vieran al día siguiente.

—La verdad es que no —respondió sin pensar, y sin dar explicaciones. Quería seguir disfrutando de su nuevo estado en soledad.

Dio por finalizada la conversación sin mucho más intercambio de palabras porque notaba que se estaba apoderando de él un sueño prometedor. Efectivamente, el sueño fue el mismo recurrente que había tenido días atrás, en el que, a partir de la que creía que era la Carla adolescente de quince años atrás, formaba a otra mujer que era la Carla actual. Esta vez, la nueva mujer construida se acercaba hacia él hasta tocarlo con los ojos, algo que Jota percibió como posible e incluso lógico en el sueño.

Se despertó entonces y sintió que el momento de enfrentarse con el pasado de Carla, fuera cual fuera, ya había llegado, así que pulsó el botón de rellamada.

—Han anulado el compromiso que tenía, así que, sí, voy esta noche a tu casa —dijo simplemente, obviando que ella le había dicho que se vieran al día siguiente.

Carla puso alguna tímida objeción con una voz que rezumaba extrañeza, pero acabó accediendo.

Jota se cambió de pantalones (los pantalones de Xavier, que no se había quitado desde que se los afanara en su dormitorio) y se puso unos gastados que no podía recordar cuándo había comprado; además, dejó las gafas, también de Xavier, sobre su cama, pues no podía presentarse ante Carla con esas prendas que eran de su novio.

Decidió coger el coche, pero, debido a que volvía a tener la visión defectuosa de antes, no condujo con la pericia de los últimos días y se encontró con todos los semáforos en rojo. En cada parada notaba cómo el calor iba haciéndole empapar la camiseta, y Jota se sintió pegajoso, pensando que cualquiera que le tocara se quedaría pegado a él contra su voluntad. Le costó mucho tiempo aparcar cuando llegó a las inmediaciones de la casa de Xavier y pisó un excremento de animal justo antes de entrar en el bloque de pisos.

Carla le esperaba bajo el marco de la puerta del piso con un vaso en la mano.

—Toma —le dijo sonriendo—, la cerveza que te debía.

Jota se la tomó en dos tragos y se dio cuenta de que ella ni siquiera tenía un vaso en la mano.

—Veo que tenías sed —le dijo ella.

Le invitó a pasar al salón y charlaron sobre nimiedades. Jota alabó torpemente la decoración del piso, pues recordó, un segundo después de hablar, que Carla ya le había dicho que la decoración no era creación suya por completo. Ella se sentaba en el sofá, y Jota, como estaba en el sillón, tenía que girar la cabeza en una posición incómoda. En un momento dado, Carla le preguntó qué pensaba hacer durante las vacaciones.

—Cuando lleguen lo pensaré —respondió Jota, riendo, creyendo que había hecho un comentario ingenioso.

—Xavier me dijo que ya las tenías, que se lo habías dicho cuando hablasteis el otro día por teléfono.

Jota se dio cuenta de su metedura de pata y dijo que ya no sabía ni en qué día vivía, pero que sí, que ya estaba de vacaciones.

—Entonces, ¿adónde piensas viajar?

—No sé... Puede que me quede aquí —respondió, temeroso de delatarse con otra mentira.

Pasaron unos minutos más, Jota notando que no tenían en realidad nada de qué hablar, así que se decidió a tratar el asunto por el que había ido hasta allí. Con dificultad, logró sacar el tema de la infancia, de los padres.

—Para mí resultó difícil crecer sin padres —comentó ella.

—¿Cómo?

Carla le explicó que era huérfana, que lo había sido desde que nació, y que había vivido en un internado hasta los dieciocho años.

—¿No tuviste una familia adoptiva?

—Ninguna. Yo era una niña bastante seca y no caía precisamente bien.

Jota sintió que el edificio que había montado sobre la ilusión de encontrarse frente a la antigua Carla se derrumbaba de repente y con estrépito. Aún intentó una última tentativa.

—¿Dónde te criaste?

Carla pareció extrañada por esa pregunta tan directa, y le nombró una ciudad que no era en la que Jota había pasado su infancia, ni en la que estaban, ni en ninguna que él hubiera visitado nunca de vacaciones con sus padres. En un momento de silencio, le dijo, para confirmar.

—Entonces, ¿no tienes padres?

—No, no tengo padres —respondió, ya visiblemente molesta.

Jota, derrotado, se despidió a los pocos minutos alegando cansancio, lo que no fue un

pretexto falso pero tampoco veraz por completo, pues ese cansancio estaba siendo embestido por un desencanto devastador.

Estaba cerca de su casa cuando vio llegar a lo lejos, tambaleante, al vagabundo parecido a Bukowski. Parecía dirigirse hacia él, y aunque Jota intentó esquivarlo metiéndose por una calle lateral, el tipo le alcanzó, los pasos retumbando en toda la calle.

—Escucha. Creo que te están siguiendo —le dijo, jadeando.

Jota paró y se quedó mirándole. Las venillas de la nariz parecían a punto de reventar. Pensó qué pasaría si las atacara con una aguja, qué cantidad de líquido podría salir de ellas.

—Sé que le están siguiendo. Lo sé. Le están siguiendo. ¡Le están siguiendo! —continuó, gritando

—Tranquilo, por favor. ¡Tranquilícese!

Jota le cogió de un codo y le dirigió hacia un banco cercano. El hombre tenía la mirada perdida y temblaba ligeramente, como si todavía no hubiera descargado toda su locura, como si le quedara dentro una sustancia que no había soltado y que le corría por las venas y le hacía temblar. Sudaba además, y Jota comenzó a hacerlo también. Se sentaron en un banco, bajo una farola que justamente se acababa de encender y que también sudaba calor.

—¿Está bien? ¿Se encuentra bien?

Como el hombre no respondía, Jota continuó sujetándole del codo, temiendo romper el hechizo que parecía haberle tranquilizado. Pasó así lo que estimó que era un tiempo prudencial, mientras pensaba en lo que el mendigo le había dicho. Que alguien le estaba persiguiendo. ¿A él, a Jota en concreto? ¿O el mendigo lo había confundido con cualquier otro? ¿Le estaba hablando de un tercero y quería que Jota le alertara? El hombre volvió la cara hacia él, todo barbas, y se quedó mirándole extrañado, como un animal que ve en un espejo su reflejo y no sabe si es él mismo u otro.

—¿Necesita algo?

Por fin, el hombre pareció volver a la realidad y lo primero que le dijo fue que tenía mucha sed. Jota miró alrededor, pero no había bares acerca y él ya había dejado, semanas atrás, de llevar una mochila cuando salía a la calle.

—Lo siento, no tengo agua. Pero si quiere levantarse, podemos ir hasta un bar.

No respondió tampoco a ese ofrecimiento. Jota imaginó que las palabras desesperadas del mendigo eran consecuencia de una alucinación, quizá debida a un exceso de alcohol, así que decidió no volver a sacar el tema para que no regresara a su alteración anterior. Lo miró de soslayo, temiendo que también la mirada pudiera romper ese estado de trance en el que parecía haber entrado, y poco a poco fue levantándose del banco. No se le pasó por la cabeza volver a ofrecerle su casa para dormir como había hecho tantas veces durante el verano.

El martes 20 de septiembre amaneció con el cielo brumoso. Una capa de nubes cubría toda la vista aérea, pero eso no sirvió para bajar las temperaturas. Al contrario, el calor se acumulaba en ese espacio entre el suelo y las nubes y Jota tenía la sensación de estar viviendo en un invernadero gigante.

Desde que fracasara en relacionar a Carla con la chica de su adolescencia, llevaba dos semanas intentando retomar su vida anterior a la llegada de Xavier, a principios de verano. Había acudido a una oficina de empleo y buscado concienzudamente un trabajo en Internet como periodista. Incluso se armó de valor y paciencia para hablar con antiguos compañeros de estudios y poco menos que mendigarles que le hicieran llegar su currículum a la sección de personal de la empresa en la que trabajaban. La mayoría de ellos le respondió que, como él, también estaban en paro, pero después de un tiempo consiguió concertar un par de entrevistas. A una de ellas había acudido esa misma mañana, y Jota salió de ella con la sensación de que iba a acudir muchas veces más a esa redacción.

Ese mismo día, cuando salió de la entrevista de trabajo, se encontró en el ascensor del edificio donde estaba situada la redacción con una antigua compañera de estudios a la que apenas había vuelto a ver un par de veces desde que terminaran los estudios universitarios. Le dijo que también la habían llamado de ese periódico para ofrecerle un empleo, y es que habían despedido a tres cuartas partes de los trabajadores y ahora pretendían contratar a unos pocos para que hicieran el trabajo de ellos, y cobrando menos. Notó que su antigua compañera le miraba de una manera sugestiva, y aunque nunca le había atraído cuando estaban en la carrera, intercambiaron números y le dijo que la llamaría pronto.

Jota realizaba todas estas tareas sin entusiasmo, sintiendo que se estaba traicionando a sí mismo. No podía explicar exactamente por qué, pero estaba relacionado con su deseo de regresar a un modo de vida del que había sido expulsado y por el que, anteriormente, tampoco es que sintiera demasiada pasión. Un trabajo, una novia... Eran asuntos del pasado a los que estaba pretendiendo volver, invocado, sospechaba, por la placidez de la rutina.

El tiempo no fue partícipe de este cambio (más bien vuelta) a su estado anterior y siguió sin dar tregua, a pesar de que se suponía que lo más duro del verano ya había pasado. Llegó a su casa acalorado y vio que se había dejado el teléfono móvil encima del escritorio de su habitación, junto a las cuartillas y los bolígrafos que ya nunca llevaba encima al salir de casa.

Se lo encontró apagado y supuso que se habría quedado sin batería, pero cuando intentó encenderlo, lo hizo sin problemas. Un símbolo en la parte superior de la pantalla le advertía de que

alguien había intentado ponerse en contacto con él cuando el teléfono estaba apagado, y ese alguien había dejado un mensaje de voz. Pulsó las teclas pertinentes y escuchó.

A pesar de que la calidad del sonido del teléfono era a veces muy baja, su cerebro no tardó ni un solo segundo en interpretar la voz que llegaba como la de Xavier, desde su habitual tono solemne con el que sentaba cátedra con todas y cada una de sus palabras.

<<Hola, ya sabes quién soy, así que vamos a ahorrarnos presentaciones. Este mensaje que escuchas va a aclarar muchas de tus dudas y a la vez te va a poner en el sitio que te corresponde de una vez. Se acabaron los juegos, se acabó tu vida tal y como la conocías.

Antes de nada, tengo que decirte que pensé en transmitirte esto que escuchas en una carta, pero sé que los papeles escritos por otro te hacen sentir incómodo. Lo tuyo son más bien papeles en blanco con un bolígrafo al lado, tal y como están permanentemente en la mesa de tu escritorio; papeles y mente en blanco, o como mucho, emborronado de tonterías, tanto el papel como tú. Yo, sin embargo, he conseguido escribir cosas interesantes, además de llevar hacia adelante una vida de éxitos y triunfos.

Pero por qué seguir hablando de esto, si son asuntos que los dos conocemos ya desde hace muchos años. Nunca nos lo hemos dicho, claro, porque los amigos no se dicen esas cosas a la cara, pero cada vez que nos veíamos y charlábamos estaban implícitas en nuestras palabras (y en nuestras ropas, y en nuestras dentaduras, y en nuestra circulación de la sangre, porque eso se lleva en lo más hondo) que yo ya había echado el ancla en el puerto que más me convenía mientras que tú estabas más perdido que el barco del arroz..

Sé, como sé muchas otras cosas que ahora te voy a contar, que has andado por ahí estos últimos días con mis ropas. Qué ridículo. Todo este empeño en imitarme no es sino la pretensión inconsciente de acercarte a tu creador, al que te alimentaba, como una chinche busca un cuerpo sano del que poder chupar porque solo es capaz de vivir a partir de los otros>>

Hubo en ese punto una pausa en el mensaje. El silencio había ganado el espacio de lo que segundos antes era el monólogo de Xavier. Jota no supo calcular cuánto tiempo llevaba escuchando, ni tampoco en qué momento se había sentado en la cama. Era como si alguien lo hubiera dirigido hasta ese punto y él hubiera obedecido a ciegas, sin pararse a pensar qué movimientos tenía que hacer para llegar a esa posición ni por qué lo estaba haciendo. Observó, efectivamente, las cuartillas inmaculadas encima de su escritorio, junto al ordenador, y los bolígrafos en formación como en un ejército, prestos a ser utilizados en cuanto su caudillo se lo ordenara.

Después de unos segundos de pausa, Xavier volvió a hablar, aunque esta vez con un tono

más enérgico y apremiante que el anterior.

<<Sin más preámbulos, te digo que no eres más que un personaje de ficción, que tu vida solo existe en cuanto existe mi última novela *Un verano muerto*.

Conozco tu comienzo, yo mismo lo he escrito, y ya he planeado tu final, pero en medio te he soltado la correa y te has paseado por una jaula fabricada por mí mismo, con las dimensiones y los obstáculos que me ha dado la gana ponerle. A eso me refería cuando te dije en el parque, tras la entrevista de pega que concertaste (concerté) con ese actorucho de tres al cuarto, que la clave estaba en hacer creer a la gente que está tomando sus propias decisiones, cuando realmente están siendo manejados.

De vez en cuando te me escapabas, porque inevitablemente los personajes van adquiriendo una personalidad propia que no es conveniente coartar para que no haya situaciones forzadas durante la novela, así que te he dejado cierta libertad que no deja de ser ilusoria. A veces esto se ha vuelto en mi contra, como aquella vez, hace pocos días, en que el vagabundo de las narices sospechó algo y te fue con el cuento de que te estaban siguiendo, pero esos son gajes del oficio con los que no es la primera vez que he tenido que lidiar.

Decía que te he dejado una libertad que, aunque ilusoria, tú has malgastado con un comportamiento bastante tragicómico, permíteme que te diga: que si te echan del trabajo, que si vas a una engañabobos para que te eche las cartas, que si hay un complot de robots en el que está involucrado el Gobierno y en el que comienzas a creer... No sé de dónde sacas esas ideas (“de dónde proceden las motivaciones del personaje”, diré cuando presente esta novela, que, sin duda, irá a parar a los estantes de humor de las librerías), pero solo puedo animarte a que no cambies y sigas con tu absurda vida. Y que no dejes tus excentricidades, como la de encajarte en el hueco de la escalera de mi bloque pisos.

Carla, por si te lo preguntas, es una invención de nosotros dos, ya que ha salido de tu cabeza libremente, como una manifestación de lo que te hubiera gustado tener en la juventud, pero ya sabes que tu cabeza la he parido yo. Le di la forma de recuerdo de tu adolescencia y, además, como la envidia es el motor de tu vida, la convertí en mi novia para que así tuvieras un motivo más por el que odiarme.

Respecto a aquel día en el que te dio por perseguirme... En fin, solo tengo que decirte que no volví ni una vez la cabeza porque sabía que si te sentías descubierto por un solo instante cejarías en tu cometido, algo que no me interesaba, pues la idea era que comprobaras hasta qué punto carecías de una vida propia. ¿Te diste cuenta? Como esta es mi novela y puedo hacer lo que quiera, me dio por ver cómo era esa extraña adivina a la que acudes y después desaparecí unos minutos, y fue

cuando me perdiste de vista.

¿Y tu angustia cuando tuviste que pagar la comida de los tres, aquella tarde en el paseo marítimo? ¡Qué ruin eres!>>

Hubo una nueva pausa en la que Jota se encontró mirando por la ventana, hacia el piso de enfrente, donde un tipo estaba en su misma posición. Iba a asomarse a verle la cara cuando el mensaje continuó.

<<A pesar de todo esto, mi interés en acercarme a ti viene dado por la curiosidad que me entraba conocer a una creación mía, y aunque contienes todas las cualidades con las que te engendré, debo decir que estoy decepcionado con que no hayas intentado rebelarte de alguna manera contra el mísero presente que vives y el desesperanzador futuro que tienes por delante.

Y mira que te he dado la oportunidad, mira que te he puesto pistas en el camino durante este verano. Pero tú, en vez de recogerlas, las pateabas, como aquella vez que te tiraron una naranja, una fruta que todo el mundo sabe que no abunda durante el verano; ni siquiera te paraste a mirar si había algún naranjo alrededor, sino que lo tomaste con una naturalidad absurda.

También te dije lo que tenías que hacer para ser un periodista reconocido y con cierto poder. Pero no, tú seguías con tu idealismo inútil, inútil porque no crees en él en realidad, porque se basa en algo que has aprehendido por la fuerza. Ya has perdido la oportunidad y no tienes más remedio que rendirte.

Como ya he dicho, no eres mi mejor trabajo, pero al menos darás para vender unos cuantos miles de libros de esta. Eso sí, las ventas dependerán de una promoción adecuada, porque lo que eres tú, amigo, nunca te has vendido ni apreciado lo más mínimo.

Cuando termine la novela, que será mañana a más tardar, el último día de verano, tu vida terminará.

Sin más. A ver cómo te las arreglas.>>

Cuando oyó el pitido de corte de comunicación, Jota no supo qué le correspondía hacer. A la derecha, el marco de la puerta abierta le daba paso a una existencia diferente a la que había vivido hasta entonces; a la izquierda, la ventana que comunicaba con el pasadizo y que conectaba con el piso que había sido habitado durante ese verano; enfrente, los papeles impolutos, testigos completamente mudos de su existencia durante ese verano.

Estuvo tiempo, mucho tiempo, sentado en la cama, sin cambiar de posición, porque sabía que el próximo movimiento que hiciera iba a tener consecuencias definitivas.

No dudaba de la autoría del mensaje que acababa de escuchar. Ese tono entre irónico y pomposo escrito desde una superioridad moral era muy propio de Xavier. Xavier no siempre decía la verdad, pero lo que decía lo anunciaba con tal seguridad que a los que le escuchaban les parecía una falta de respeto preguntarle si efectivamente sabía de lo que estaba hablando.

Y respecto al fondo del mensaje, ¿qué pensar? Jota miró por la ventana de la habitación y vio al tipo del piso de enfrente también de pie, con un papel en la mano, mirando en su dirección. Jota abrió la ventana y se asomó a ella. Debido a la distancia, por culpa del astigmatismo, no pudo ver con claridad su rostro, aunque sí distinguió que, como él, apoyaba los brazos en el alféizar de la ventana y tenía un papel en la mano.

—Oye —se dirigió J al otro—, he recibido un mensaje de lo más inquietante. Un tipo al que yo, no sé por qué, consideraba mi amigo en mi época universitaria, me ha dicho que me está escribiendo, que soy un personaje de novela. Puede ser que lo haya tenido ante las narices todo el tiempo y que no haya querido verlo, al igual que puede que haya tenido ante las narices durante la época universitaria que no éramos realmente amigos, que nos despreciábamos y que nuestra amistad solo era una tapadera para encerrar el odio, que es un sentimiento muy mal visto socialmente. Ahora soy consciente de que esa amistad podría ocultar en su interior otro sentimiento, y ese otro sentimiento, otro más. Lo mismo ocurre con las profesiones, con la edad y, en fin, con todo lo que nos viene impuesto desde afuera, que no sabe cuál es su esencia. Como los actores que interpretan a un médico por la mañana, a un pirata por la tarde y a un parado por la noche. Todo depende del contexto desde el que mires.

Jota paró de hablar. Había dicho todo eso de corrido, sin poder ver si el otro asentía, negaba o intentaba hablar. A continuación, preguntó.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Opino que estás por el camino correcto —a J le resultó familiar la voz, aunque con un punto de distorsión, como si hubiera tenido que pasar por una capa de aire demasiado viciada y espesa que provocaba que cambiaran algunos tonos.

—¿Y tu papel? ¿Qué dice?

—Más o menos lo mismo.

Jota miró hacia arriba. El movimiento de unas nubes cada vez más grises y un viento siniestro le hicieron volver a meter el cuerpo entero dentro de la habitación y cerrar la ventana. Tuvo la sensación de que se había dejado algo fuera, algo que tendría que no tendría más remedio que ir a buscar más tarde.

Salió por la puerta de su habitación y en dos saltos se plantó en la calle. Con un bochorno atípico para esas fechas del año, ya a mediados de septiembre, se sentó en el banco en el que había dormido varias noches durante ese verano. Observó pasar a varias personas de distintas edades, pero le pareció que a todas las había visto millones de veces antes, quizá toda su vida, y eso le produjo un aburrimiento que no pudo resistir.

Se dio entonces la vuelta en el asiento. Así, de espaldas, con el respaldo a la altura de la nariz, en una postura sumamente incómoda porque las piernas apenas le cabía en el hueco entre el respaldo y el asiento, recordó que todas las *matrioskas* que había tenido entre manos eran él, él y Xavier, él y Xavier y Carla, y así hasta un infinito. Se encajaban dentro de la siguiente y no había conseguido ver todas, como si el conjunto no tuviera fin. De igual modo, aunque Xavier le dijera en ese mensaje que él era su autor, él mismo también contenía a Carla dentro, e igualmente, a otro Xavier más pequeño y así sucesivamente, formando un bucle que, Jota lo vio claramente, no tenía fin. ¿Por qué entonces Xavier se permitía decirle que era su creador?

Se levantó del banco enfebrecido, buscando a alguien que pudiera darle una respuesta. Corrió por las calles con el propósito de quien tuviera la llave de todos sus conflictos. En sus pasos desesperados chocó con un hombre, y aunque intentó continuar con su camino hacia ninguna parte, el otro le sujetó de la manga con una fuerza inaudita, como lo harían las pinzas de una máquina industrial

—Jota, ¿no te disculpas?

Jota se encontró con un rostro en el que se manifestaban algunos de los rasgos que venían de su otra vida, la que había habitado hasta minutos antes de escuchar el mensaje de Xavier, pero las señales no fueron lo suficientemente fuertes para poder detectar a quién pertenecían. Lo pasado estaba difuso en su mente, y entre ellos el rostro ligeramente arrugado del que ahora le sujetaba del brazo.

—Escucha —se lanzó a decir, puesto que parecía que la única manera que tenía de librarse del otro sería quitándose la camisa—, tengo mucha prisa. Luego te llamo.

Sin embargo, las garras del otro siguieron sujetándole. Jota optó por dar otro tirón y mirar a lo lejos, hacia el camino por el que se suponía que tenía que ir, como recordaba que hacían las personas con prisa, pero el tipo no aminoró la presión de sus zarpas.

—No hace falta que me cuentes lo que te pasa. —El tono de voz agudo se le clavó como una flecha y Jota lo identificó con un nombre, Fernando, aunque no supo llegar más allá— Acabo de llegar de la consulta de Dolores y me ha dicho que te busque.

A Jota también le sonó ese nombre, Dolores, como algo llegado de otra vida, aunque acertó a percibir las sensaciones que le producía la adivina. No llegó a ponerle rostro, pero sí sabía que era

la persona sobre la que su vida había oscilado en los últimos tiempos. Una guía, un faro, en el que tendría que haber pensado desde que recibió el mensaje de Xavier. “No tengo otra opción que buscarlo”, pensó Jota, pues no era capaz de reconocer en esos momentos el nombre de Dolores como de hombre o de mujer.

—Me estaba esperando, y en cuanto he entrado por la puerta me ha dicho que vaya a buscarte — dijo Fernando con una voz ansiosa, enfermiza—. No me ha dejado ni pagarle, ni preguntarle sobre mi futuro. Sabía que el próximo cliente iba a ser yo y me tenía preparada la misión de buscarte.

En la mente de Jota comenzaron a definirse las facciones de la tal Dolores. Preguntó.

—¿Y qué es eso tan urgente? ¿Por qué no ha venido a decírmelo ella misma?

Fernando se quedó mirándole con los ojos y la boca muy abiertos. Jota incluso notó que la sujeción de la mano remitía débilmente.

—Por mucha prisa que tengas, no hace falta que te pongas desagradable. Ya sabes que Dolores no tiene piernas.

No lo sabía en ese momento, pero quizá sí lo había sabido siempre. Nunca la había visto de pie, ni siquiera había podido ver su cuerpo de cintura para abajo, siempre sentada en esa silla de la habitación, tras una mesa cuyos tableros llegaban hasta el suelo... Estaba ante una prueba más del engaño de las apariencias.

El tipo le soltó entonces de la camisa, pero además le propinó a Jota un empujón que lo lanzó varios metros hacia adelante. A punto estuvo de caerse al suelo, pero Jota sintió que ese empujón era el que le iba a dar la fuerza suficiente para llegar a su destino, o por lo menos a la siguiente parada, que era Dolores.

A pesar de que era martes, día de consulta, no se encontró con nadie en la puerta del bloque de adivina, como habría sido habitual. Este fue un detalle en el que Jota apenas pensó, y se dirigió directamente hacia la puerta del bajo tras la que le esperaba Dolores, empujando al tipo que hacía guardia.

—Pasa, Jotita -le dijo nada más entrar.

—¿Cómo sabías que iba a venir? —le espetó Jota, sin sentarse.

—¿No te he dicho siempre que el futuro está escrito? No sé de qué te sorprendes entonces. Lo sabía, simplemente.

Jota se quedó en silencio. La habitación estaba tan desnuda como siempre.

—Entonces sabrás también el mensaje que acabo de recibir. ¿Y tú? ¿También eres tú un personaje de Xavier?

—¿Por qué voy a tener que serlo de Xavier? Que él sea tu autor, no tiene por qué ser el de todos— dijo, y acto seguido el tipo que estaba haciendo guardia lo sacó a empujones de la habitación.

Salió de la consulta prácticamente corriendo, cuando ya era noche profunda. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, un escalofrío que no supo si se debía a la bajada de la temperatura que notaba en el ambiente o a otro motivo interior. Las nubes parecían estar mucho más bajas que horas antes y no permitían ver ni una rendija de cielo.

Sus pasos le dirigieron hacia su barrio de nuevo, y por el camino se encontró con Fernando, y Carla, con el actor Gabi y con el vagabundo, y con todas las personas o personajes a las que había tratado durante esos, según Xavier, tres meses de verano en los que había estado muerto.

Cuando llegó a la puerta de su bloque, vio que en el de enfrente, sujetando la puerta de entrada, había otra persona. Se acercó hacia ella y comprobó, sin ningún tipo de espanto, que era él mismo, como si tuviera enfrente un espejo que le reflejara. Reconoció sus propias facciones, sus movimientos de músculos del rostro habituales, su boca que se abría para hablar, la caída de sus ojos cuando pestañeaba, sus ademanes sosteniendo abierta la puerta.

La cruzó y, mientras notaba que el otro, su reflejo, se dirigía hacia su propio portal, subió por las escaleras hasta llegar al quinto piso. La puerta derecha de la izquierda estaba abierta, por lo que Jota entró con toda naturalidad, vio que eran las doce de la noche en su reloj de pulsera y se dirigió hacia donde sabía que estaba la habitación principal, pues la vivienda, el bloque, todo, era un calco de donde él vivía, aunque en el otro lado.

En la mesa, que era igual que la suya, había un fajo immaculado de cuartillas y un serie de

bolígrafos y lápices alineados con un orden obsesivo. Esgrimió el bolígrafo que tenía más cerca con la mano izquierda (pues ya se encontraba al otro lado de las cosas) e insufló al papel una tinta, que era roja y que lo recorrió de forma irregular, formando palabras y frases que quizá solo tenían sentido para él, pero que eran más que suficientes para lo que pretendía. La torpeza y la pericia de la escritura con la que se suponía que era su mano menos hábil, el sentido y el absurdo de lo que escribía, el papel y la mente en la que se formaba la historia que llevaba años sedimentándose en su imaginación (y más concretamente desde la reaparición de Xavier en su vida) y que por fin escribía... Todo se confundía en una nueva dimensión que no era ni real ni imaginaria, mas era la auténtica.

Con un sonido de lluvia repiqueteando en la ventana, comencé a escribir lo que me había ocurrido durante los tres últimos meses en una novela que titulé *Un verano muerto*.

Memoria justificativa

1.- Punto de partida de la creación. Objetivos y Fundamentos.

El objetivo del trabajo de creación que he realizado no es otro que dar salida a muchas de las ideas que he ido desarrollando en mis pensamientos, algunas veces tratadas en anteriores relatos cortos; otras, simples apuntes en cuartillas de mi escritorio.

Quiero transmitir mi visión de los temas que trato, hacerla participe a los que se sientan identificados con esa forma. También, mostrar una nueva vía a aquellos que no tengan mi perspectiva. Hacer reflexionar a los lectores, en definitiva, intentando crear a la vez una trama interesante que impulse a seguir leyendo.

Como meta más concreta me planteé mostrar la escritura como un modo de vida, algo que se ve en *El desorden de tu nombre* y *Volver a casa*, ambas de Juan José Millás (escritor que es una de mis más importantes influencias), en las que los protagonistas ansían escribir, ya que se comparan con otros ejemplos cercanos que sí lo han conseguido, al igual que le ocurre a mi protagonista Jota con el ejemplo de Xavier.

La escritura como instrumento de formación de nuestras propias vidas, la necesidad de escribir para autocompletarnos como personas, ya que nuestra formación como no se realiza simplemente a través de las actividades cotidianas e imprescindibles para poder sobrevivir, como tener un empleo para ganar dinero, tener una pareja para cubrirnos emocionalmente... Una vez conseguidas estas cosas mundanas, no es difícil que nos conformemos con ellas, debido a una combinación entre el conformismo del ser humano y la presión de la sociedad para que el individuo no se salga del camino que le ha marcado. Pero estos logros socialmente aceptados no son siempre permanentes. Por diferentes circunstancias que el individuo no puede controlar (y que, al no poder controlar, le producen frustración), tales como la quiebra de la empresa en la que trabaja, los sentimientos de otras personas, etc, esa placidez a la que había llegado se rompe.

En el caso del protagonista de esta novela, el despido de su empleo y la marcha de su novia (que él no ha podido evitar) son los impulsos que tronchan la realidad que había estado viviendo hasta ese momento. Su placidez ha sido agitada y tiene que empezar a vivir de otra manera. Pasa así a un mundo diferente (paro y soledad emocional) al que había sido acomodado por la sociedad durante los últimos años, y en él encuentra sucesos extraños pero que él asume con normalidad: el regulador de clima, su intercambio con el vagabundo, las matrioskas...

Sin embargo, quiere aferrarse a otros ejemplos para tener de nuevo un lugar en la sociedad, aunque sea marginal. Para esto, imita a un vagabundo, imita a Xavier y vuelve incluso a su estado anterior como Jota.

La escritura, la necesidad de escritura que tiene Jota durante la novela y que no llega a

realizar hasta el final, no es más que un símbolo de aquellas aspiraciones y deseos que tenemos latentes, inactivos, enterrados bajo el peso de lo que he llamado “actividades cotidianas” y “socialmente aceptadas”, la rutina y el conformismo, que nos dirigen a la procrastinación. Solo cuando consigue escribir en un folio (en la dos últimas líneas de la novela), Jota se ha liberado de estos pesos, ha olvidado sus intentos de imitación para encajar y ha conseguido tomar las riendas de su vida.

En cuanto a los fundamentos de mi novela, no puedo dejar de nombrar en primer lugar la influencia del ya referido Juan José Millás. Temas recurrentes en sus novelas como el doble, la simetría, la identidad, la salvación de la escritura, lo extraño de la vida cotidiana, la falsedad de las apariencias... Son también frecuentes en mis pensamientos, sospecho que debido a una mezcla de casualidad y ascendencia del escritor valenciano.

Así, se puede ver una simetría entre el protagonista de mi novela, Jota, y su compañero de universidad Xavier, al que odia y quiere en un mismo sentimiento (de igual forma que Juan y José en *Volver a casa*, de Millás). Jota está durante toda la novela preguntándose de manera subyacente cuándo se separaron sus caminos, pues nota al otro tan próximo y ajeno a la vez como un gemelo, un pensamiento que a veces se explicita:

(...) cuando compartió aulas, horas y ambiciones con su antiguo compañero de facultad. Se habían conocido en el primer curso de la carrera de periodismo, cuando cada uno intentó que el otro abrazara los vicios y manías menos atractivos de sí mismo, a la vez que se afanaba en preservar su perfil más valioso, pero tras los cinco años de estudios en la universidad su relación se encogió sobre sí misma hasta prácticamente desaparecer. La rutina de los papeles, bolígrafos y pizarras, de las ambiciones literarias que taimadamente se descubrían el uno al otro y de los deseos venéreos con chicas de su entorno, jaleadas mutuamente, actuaba como un pegamento que día a día afianzaba su relación. Aunque de forma provisional, porque cuando dejaron de existir estos elementos cada uno fue por su lado dejando al otro como un mero recuerdo.(Página. 9)

O:

(...) que quizá fuera Xavier, aquel joven que podría haber sido él mismo, el que tuviera la llave que pudiera desbloquear su situación. (Pág. 21)

Y:

(...) tenía la necesidad de dejarla libre [la curiosidad] para descubrir cómo era realmente el otro, o al menos cómo había evolucionado desde que se separaran sus vidas (si es que alguna vez se habían siquiera cruzado) tras terminar los estudios en la facultad.(Pág. 106)

Aunque la extrañeza de Jota por el camino que ha tomado en la vida viene de momentos anteriores a los estudios universitarios:

pero en algún momento lejano que ya no podía distinguir de su pasado, como si fuera el pasado de otra persona, se desvió de un camino que parecía tener claramente marcado como sucesor de su padre en la empresa y eligió estudiar la carrera de Periodismo. (Pág. 25)

El tema del doble también tiene importancia capital, con el personaje del piso de enfrente de Jota que ha habitado esa vivienda recientemente. Durante todo el texto tenemos referencias de ese tipo, que, aunque Jota no se dé cuenta, los lectores sí podemos reparar pronto en que hace sus mismos movimientos:

Como no estaba acostumbrado a que el piso de enfrente estuviera habitado, había dejado la persiana subida, pero se encontró con un hombre igualmente desnudo de cintura para arriba, al menos lo que pudo ver antes de precipitarse a cerrar la persiana. Le había parecido notar que el tipo también miraba en su dirección. (Pág. 32)

O:

Subió la persiana de su habitación y el vecino de enfrente lo hizo también, pero el reflejo del sol del mediodía que entraba en ese momento por su ventana le deslumbró e impidió ver la cara del otro. (Pág. 100)

El culmen de esta convivencia ciega y sorda llega con el intercambio final que Jota hace con él: ha pasado al otro lado de las cosas, al *mundo* en el que puede, por fin, cumplir su anhelo, el que le permite completarse como persona, que no es otro que escribir.

No puedo olvidarme tampoco de la influencia que el realismo mágico ha significado para mí durante la escritura de esta novela, con escritores como Julio Cortázar o Jorge Luis Borges a la cabeza de mis lecturas en este género.

El realismo mágico tal y como lo conocemos en la segunda mitad del siglo XX está marcado por la aparición repentina de un elemento *imposible* o *fantástico* dentro del mundo *normal* o *realista* (entendidos estos conceptos como las “convenciones socialmente aceptadas”, “regularidades” y “certidumbres preconstruidas” -según Roas cita a Sergi Sánchez en *Los dominios del miedo-*) (Roas, 2011, 34).

Tras esta aparición, es indispensable para que el texto funcione la colaboración del lector, que tiene que extrañarse de que, en lo que parecía un universo normal similar al suyo, surja lo extraño. No tiene que llegar hasta el punto de sentir *miedo*, como señala Roas “Y ante ello [“los espacios que están más allá de la estructura limitadora de lo 'humano' y lo 'real'”] no cabe otra

reacción que el miedo”) (Roas, 2011, 81), sino a una *inquietud* o *angustia*, términos equivalentes y más generales que *miedo* y que prefieren utilizar otros teóricos de lo fantástico como Tzvetan Todorov (Todorov, 1994, 31).

En la novela que aquí justifico hay distintos niveles de inquietud en el lector.

Estaban comiendo en completo silencio (...) cuando la mesa cayó sobre él como si hubiera cobrado vida. El líquido de los vasos se desparramó por todo su cuerpo, así como el contenido de los platos. Jota se levantó de un salto y vio enfrente a Xavier, que permanecía sentado con un semblante de lo más relajado, como si él no hubiera estado también sentado en esa misma mesa que de repente parecía haberse rebelado contra las leyes de la física. (Pág. 31)

Este fragmento (en el que uno de los comensales ni se inmuta cuando una mesa se vuelca repentinamente) no causará el mismo impacto que este en el que Xavier asegura a Jota que es su creador y que él no es más que un personaje de novela:

<<Sin más preámbulos, te digo que no eres más que un personaje de ficción, que tu vida solo existe en cuanto existe mi última novela Un verano muerto (...)>> (Pág. 121)

Así como hay distintos niveles de inquietud en el lector, también los hay en los personajes del realismo mágico. Me entusiasma la serenidad con la que el protagonsita de Cortázar de “No se culpe” se toma que su pulóver le esté asfixiando, o la de Gregor Samsa, que solo acierta a preguntarse “¿Qué me ha pasado?” cuando ve que se ha transformado en un insecto de la noche a la mañana.

Esta es una de las características que nombra David Roas en su libro *Los límites de lo real* sobre la narrativa fantástica. “[Sobre la narrativa fantástica] Su objetivo primordial ha sido y es reflexionar sobre la realidad y sus límites, sobre nuestro conocimiento de esta y sobre la validez de las herramientas que hemos desarrollado para comprenderla y representarla” (Roas, 2011, 31), de ahí las reflexiones que hace el protagonista de mi novela al ser consciente de estar ante un objeto imposible o de vivir sucesos extraños:

A Jota le costó creerse la explicación, pero se dijo que Xavier no tendría un utensilio así de no ser completamente útil. (Pág. 34)

O:

*¿Todas, absolutamente todas las personas con las que se había cruzado no eran más que extras?
¿También eran falsas las conversaciones que se iban desarrollando y que él había unido como si de un solo discurso se tratara? ¿Todo era parte de la película? ¿Hasta dónde llegaba la grabación de la película? (Pág. 53)*

Pero hay un segundo nivel de extrañeza en mi protagonista, similar al de Augusto de Miguel

de Unamuno en *Niebla* (una novela que también ha influido en mi escritura), cuando se rebela al enterarse de que es un personaje de novela (de “nivola”, término con el que el escritor bilbaíno quería diferenciarse de la clásica novela de ambientación realista y narrador omnisciente en tercera persona). En mi novela, Jota también se subleva ante el hecho de ser considerado un simple personaje escrito por otro y sale a la persecución de su verdadera existencia.

Juegos de metaficción como este también tienen un peso importante en la literatura del realismo mágico, pero para hablar de este punto tengo que nombrar a autores como Paul Auster y sus novelas en las que una historia se contiene dentro de otra como muñecas rusas (un juego que también hace aparición al final de esta mi novela, y que tendrá importancia en la resolución), por ejemplo, *El libro de las ilusiones* y, sobre todo, *La noche del oráculo*.

Además, otro autor de lectura habitual en el proceso de mi trabajo de creación, el recientemente ganador del Premio Nacional de las Letras Españolas Luis Goytisolo, también mete distintas historias en sucesivos contextos, de manera que una contiene a otra, en obras como *Estela del fuego que se aleja* (protagonizada por personajes cuyos nombres son simples iniciales, algo que analizaré más adelante porque es un tema que también me he planteado).

Siguiendo con Paul Auster, la transformación del personaje de su *Ciudad de cristal* (no se puede dejar de nombrar esta obra sin hacer referencia a *Don Quijote* y sus juegos metaficcionales) también ha influido en la de mi protagonista; una mutación paulatina, que se produce de forma natural, pero de la que mi protagonista sí despierta de forma consciente tras unas semanas.

Jota se miró en el espejo de la cocina y, con un corte de pelo que era habitual en él, afeitado, con ropa limpia y, de fondo, el salón con el orden con el que lo había mantenido durante los últimos años, se reconoció como el Jota de antes del verano. (Pág. 103)

Esta imbricación de historias también es muy recurrente en Millás, en novelas como *No mires debajo de la cama*. El valenciano termina este libro con las mismas palabras que otro libro que está leyendo una de las protagonistas de él, una fórmula similar a la del final de mi novela, en la que Jota escribe (con un cambio repentino a un narrador en primera persona que se explicará más adelante):

Con un sonido de lluvia repiqueteando en la ventana, comencé a escribir lo que me había ocurrido durante los tres últimos meses en una novela que titulé Un verano muerto. (Pág. 127)

También en *El desorden de tu nombre* de Millás hace presencia la metaliteratura, con el pensamiento del protagonista Julio Orgaz de escribir una novela con lo que le está sucediendo (el triángulo amoroso con su psicoanalista y su mujer). El tres, un número recurrente cuando se ha de tratar con personajes en una novela, y que yo he seguido con Jota, Xavier y Carla.

Tengo que hacer un aparte, en cambio, en una novela de Millás como *Papel mojado*, en la que el escritor valenciano practicó un punto de vista del protagonista, Manolo G. Urbina, sarcástico y mordaz, imitador del género detectivesco. La sorpresa final en esta novela (que el escritor de toda la novela no es Manolo, sino su amigo Luis Mary, al que asesinó para quedarse con el texto) se da debido a que el escritor ha ido ocultando información, por lo que a los lectores nos queda una sensación de haber sido víctimas de una treta contra la que nada podíamos hacer: se ha roto el pacto entre autores y receptores, la retórica objetivadora que nos hace creer que estamos ante un hecho, que es lo que nos causa impresión de realidad.

Además de los elementos fantásticos, la metaficción y la metaliteratura, otros temas recurrentes en el realismo mágico y con los que he coincidido son la importancia de lo sensorial como percepción de la realidad. Presento a Jota con problemas de visión y con un ansia desmedida por las voces (su volumen, tono, timbre) que va encontrando a lo largo de la novela, ya sea en las personas con las que se cruza o en los mensajes radiofónicos.

Por último en cuanto a las influencias, no puedo pasar por alto mi formación como periodista, que se nota de fondo durante toda la novela, desde el empleo de los dos personajes principales (Jota y Xavier son también periodistas) hasta las conversaciones explícitas que mantienen sobre el tema, que sirven además para dibujar y evidenciar un poco más el carácter de cada uno (Jota, timorato, sin tener las ideas claras; Xavier, práctico y cínico). Xavier dice en un momento dado:

-(...) Un medio de comunicación es para eso, para comunicar, pero sobre todo para comunicar lo que nosotros mandemos (...). (Pág. 84)

Jota responde:

-Pero yo voy a transcribir en la entrevista lo que él me ha contestado ¿Qué ocurriría si no con la objetividad, la función social...? (Pág. 84)

Y de nuevo Xavier:

La crítica desde determinadas facciones de la sociedad, y, por ende, del periodismo, debe servir para hacer más fuerte la maquinaria de control. Los tiempos de dictaduras en Europa ya han terminado. Ahora no se puede controlar a nadie a la fuerza, sino hacerle creer que está tomando sus propias decisiones, que, por otra parte, es un método mucho más efectivo. (Pág. 85)

2.- Estructura de la composición.

La estructura de la novela viene marcada por su división en capítulos, y el paso de un capítulo depende habitualmente de un orden temporal. Por eso, todos ellos no tienen una extensión similar, sino que podemos encontrarnos con diferencias de varias páginas de unos a otros.

He escrito una novela cronológicamente lineal, sin *flash backs* ni *flash forwards*, pero que la historia no tenga saltos en el tiempo hacia adelante ni hacia atrás no quiere decir que los pensamientos del protagonista no puedan volar hacia fuera de la historia que está viviendo; al elegir un tipo de narrador focalizado en el personaje protagonista (tema que trataré con más detalle en puntos posteriores), la narración tiene obligatoriamente que acompañar estos pensamientos, aunque, como ya se ha dicho, siempre dentro del contexto temporal del presente de la historia.

La novela se desarrolla, además, casi exactamente durante los meses de verano. La historia de la novela comienza un 23 de junio, en la noche de la celebración de San Juan, y acaba un 21 de septiembre. Son tres meses, junio, julio y agosto (sobre todo los dos últimos) en los que parece que hay un paréntesis en la vida normal: la ociosidad de la gente debido a las vacaciones, la disminución de personas caminando por la calle (y más en un espacio urbano como el que se desarrolla la novela, aunque la ciudad tenga costa en uno de sus extremos), la proliferación de noticias ligeras en los medios de comunicación, el aumento de las temperaturas, un calor que obliga a buscar otros lugares para vivir como la playa... Hago referencias continuas al calor que invade cualquier ciudad española en esa época para trasladar al lector a un tiempo conocido.

El verano es, en definitiva, un paréntesis de la vida normal del resto del año, por eso he considerado esa estación como un buen contexto temporal en el que surja lo fantástico, los elementos imposibles que se dan a lo largo de la novela, y en el que el protagonista, Jota, pueda experimentar los cambios en su personalidad, ya que no cuenta con las presiones de la rutina cotidiana del resto del año.

Grosso modo, trascendiendo la separación en capítulos, la novela tiene tres partes diferenciadas. La primera, antes del encuentro de Jota con Xavier, en el que se narran las circunstancias que rodean al primero. La segunda, cuando Xavier hace aparición en su vida, y durante este período Jota pasa a querer cambiarse de lugar con un vagabundo de su barrio, conocer a la novia de Xavier y, finalmente, usurpar la personalidad a este. La tercera parte viene introducida con el mensaje de voz que Xavier le manda diciéndole que es un personaje de novela y que él es su creador, y a partir de ahí J decide rebelarse contra este destino y tomar las riendas de su vida.

3.- Técnicas y estilos ensayados.

Desde el principio de la novela ensayé con un narrador extradiegético. Cuenta en tercera persona los pensamientos y comportamientos de un solo personaje, el protagonista Jota, en quien está focalizado, por lo que entra también en la categoría de narrador álter ego.

No es un narrador completamente sin personalidad, puesto que hay ocasiones en las que tiene que desmarcarse de la visión de Jota para dar una descripción del ambiente. Eso suele ocurrir al principio o al final de los capítulos, y como ejemplo se encuentra el último párrafo del primer capítulo y el primero del segundo:

El sol, tras un embarazo prematuro (se había escondido de la noche más corta del año), se esforzaba por desprenderse de la Tierra y recuperar su espacio en el cielo, su reino.”, y “Apenas cinco horas después, cuando el sol ya veía desde lo más alto de su trono al planeta al que iluminaba y castigaba (...) (Pág. 8)

Y:

(...) se quedó dormido pensando en La Novia, vestido, con la puerta de la habitación cerrada, la boca abierta y el corazón en carne viva. (Pág. 9)

Debido a este tipo de narrador que se centra en el protagonista, son comunes expresiones como “Jota sintió”, “Jota percibió como”, “Jota pensó”, “a Jota le dio la impresión”... Nunca se podrán escribir estas expresiones referidas a otros personajes, puesto que el narrador no tiene la capacidad de entrar en la cabeza de ellos, sino solo de Jota.

El porqué de esta clase de narrador viene dado por la necesidad de establecer una distancia entre el protagonista y lo que le rodea. Como Jota es un personaje que acaba de ser despegado de sus seguridades (viene de perder su trabajo y a su novia) y percibe su contexto como una amenaza en la mayoría de los casos, qué mejor manera de trasladar al lector estas sensaciones que desde un narrador que está todo el tiempo centrado en Jota; solo conocemos lo que Jota piensa, y por eso debemos entender su forma de absorber y valorar lo que le rodea tal y como lo hace él. El narrador solo se permite separarse de Jota para observar el ambiente y los paisajes, que a veces describe, como hemos visto antes, con cierta libertad poética.

Sin embargo, al final hago conscientemente un cambio de narrador alegórico. Ese narrador que estaba fuera de la historia, que estaba siguiendo a Jota en todo momento, cambia para pasar a ser intradieгético, en primera persona, y además el protagonista: pasa a ser Jota.

Con la lluvia repiqueteando en la ventana, comencé a escribir lo que me había ocurrido durante los tres últimos meses en una novela que titulé Un verano muerto. (Pág. 127)

Esto sucede solo en el último párrafo de la novela y sirve para textualizar el cambio que se ha dado en la vida de Jota, que por fin ha decidido ser el dueño de su destino y no rendirse ante el

mensaje de que solo es un personaje de ficción, de una novela, y que Xavier es su autor.

Respecto al estilo utilizado, fui consciente desde el principio de la escritura que, con este tipo de narrador, no era fácil ni conveniente establecer un tipo de lenguaje escueto.

Quería transmitir que Jota, como sujeto que es, no puede tener una percepción objetiva de lo que vive. Cuando captamos algo o nos encontramos repentinamente con un suceso, todos los pasamos por nuestro filtro interior, lo juzgamos aunque sea de forma inconsciente. Así, aunque Jota esté presenciando un momento sencillo, sin más complicación que la de observar a alguien, le vienen a la cabeza otros pensamientos (al igual que a todos) que yo como escritor intento explicar. Así, cuando es despertado por un niño, piensa esto:

Tendría unos cinco años (o quizá diez, J no era capaz de distinguir a los niños a esas edades porque no conservaba apenas recuerdos de su infancia) y manchas en la cara, como si hubiera estado restregándose un periódico contra ella. (Pág. 67)

Jota no calcula simplemente su edad y ve que tiene la cara manchada, sino que intenta buscarle una explicación a lo segundo y relaciona recuerdos respecto a lo primero.

Me gusta pensar que puedo acercarme, solo acercarme, a lo que Constantino Bértolo, en el prólogo de *Cerberos son las sombras*, de Juan José Millás, se refiere como “la utilización conjunta del grado cero y el grado poético de la escritura”: grado cero cuando se trata de describir movimiento de otros personajes, a los que el narrador no puede dar una explicación más allá de lo que a Jota le recuerdan (“*los jóvenes volvieron a rodear la hoguera como si fueran muñecos mecánicos a los que hubieran dado cuerda para continuar la celebración hasta el final de los días*” (Pág. 8); y grado poético con las descripciones de ambiente y contexto antes referidas

Debido a mi intención de escribir una novela que contuviera elementos fantásticos, con situaciones que parecen imposibles pero que se insertan dentro de la realidad cotidiana, que es extraña (por ejemplo, el vagabundo, un vagabundo que vemos todos los días en nuestras calles, pero que se puede intercambiar el sitio con nosotros), podemos encontrar personificaciones de objetos como:

(...) el sol iba hundiéndose en el horizonte (...) (Pág. 86)

O:

(...) delante del sol que se terminaba de sumergir entre los edificios que se veían desde esa calle sin salida (...) (Pág. 94)

O:

Prefirió ir caminando, y aunque pronto se arrepintió, por el calor que no cejaba en su empeño diario (...) (Pág. 33)

4.- Dificultades y soluciones.

Mi forma de escritura fue algo dispersa al principio. Para iniciar esta novela partí de unas ideas que me atraían y que ya había utilizado en distintos relatos, tales como el doble, la metaescritura y demás que ya he nombrado anteriormente.

Durante mucho tiempo estuve tomando notas sobre estos temas, así que cuando los desarrollé para incluirlos en esta novela, me encontré con la dificultad de ensamblar los fragmentos unos con otros, puesto que muchos de ellos eran escenas concretas, sin más relación entre ellos que la temática.

Por recomendación de mi tutor, me esforcé en llevar, en un momento determinado, una escritura continuada, de forma que los personajes tuvieran que ir hacia esas escenas que ya había escrito y que constituían el grueso de la novela, pero sin forzarlos en ningún momento a actuar de manera poco natural.

Como resultado, me encontré escribiendo muchos fragmentos que en principio no había planeado pero que eran imprescindibles necesarios para que los personajes y la trama se desarrollara de forma natural. El protagonista no podía pasar del suceso A al B sin antes hacer algo, un algo que no entraba en mis planes iniciales pero que era indispensable para que tuviera lógica en la historia.

Otra de mis dificultades técnicas fue la de decidirme, en algunos casos, a utilizar comas en sentencias explicatorias, paréntesis o incluso guiones. Me sentía cómodo con los paréntesis y, aunque creía que podrían distraer la atención del lector, me decidí a utilizarlos siempre que fuera necesario porque asimilé que constituyen uno de los rasgos de mi escritura, al menos en esta novela.

Pueden dar lugar a frases largas, pero al estar ante un mensaje escrito en el que el lector puede volver atrás cuando le parezca necesario y al ritmo que necesite (a diferencia de un mensaje visual como en el cine o auditivo como en la radio), no creo que sea una barrera insuperable de comprensión; es más, me gusta considerar estas frases complejas como una señal de diferenciación del lenguaje literario frente a los mensajes audiovisuales antes referidos.

En cuanto al nombre de los personajes, opté desde el principio de mi escritura por *deshumanizarlos*, hacerlos unos seres anónimos con vistas a que el protagonista, sin un nombre concreto, acentuara la impresión que produce su falta de personalidad y acción en muchas fases de la novela. Utilicé, por tanto, una inicial, “J”, que, al coincidir con mi nombre de pila, pensé que me sería de utilidad para poder identificarme con él en el caso de que tuviera alguna duda respecto a un comportamiento concreto. La utilización de una inicial como nombre del protagonista es algo que, posteriormente, vi que hacía Luis Goytisolo en *Estela del fuego que se aleja*, y que sabía que ya había utilizado Kafka en novelas como *El castillo*. Posteriormente, mi tutor me informó de que esta

era una práctica habitual en la literatura del siglo XIX, pero a esas altura yo ya había elegido nombres concretos para el resto de personajes: Xavier, por su ambigüedad, por la duda que provoca si es de procedencia extranjera, pero:

[Según piensa J de Xavier] *Toda su pose era engaño y fraude (desde su nombre, cuya procedencia era un simple capricho de sus padres, según le reveló una vez), pero al no ser nunca descubierto por nadie, se impregnaba de verdad y se hacía pasar como tal.* (Pág. 10)

Y Carla por ser un nombre no habitual, lo que aumenta las posibilidades de las dudas de Xavier durante gran parte de la novela de si es la misma persona a la que conoció en su adolescencia.

Finalmente, decidí no hacer una distinción tan grande con el protagonista y opté por darle un nombre concreto, Jota, aunque realmente este no sea más que un mote, un derivado de otro nombre.

Otras de mi dudas llegó a partir de la relectura de los primeros capítulos, que me parecieron excesivamente lentos, reposados. Esto se debía a que trataba con un personaje que tenía ya una historia detrás, una vida pasada que le iba a influir en sus comportamientos durante la novela. No tenía empleo, pero lo había tenido desde hacía poco tiempo; no tenía pareja, pero la había tenido desde hacía menos; no tenía ingresos, pero sí una familia detrás con ingresos de los que no quería hacer uso; no tenía amigos, pero sí los había tenido durante su época universitaria; lo vemos consultando a una adivina, pero es algo que ya ha hecho otras veces. De ahí la necesidad de que se den fragmentos explicativos extensos como:

Nunca dejaba de sorprenderse del parecido de la voz de Dolores con la de su última novia, “la novia”, como la llamaba él en su fuero interno, ya que llevaban cinco años de relación y J se había sorprendido escuchándose hablar con ella de boda. Era periodista radiofónica y había roto el noviazgo con Jota durante la semana posterior en la que se consumaron los despidos de él y sus compañeros. A Jota no le afectó tanto la parte sentimental de la ruptura como el hecho de cortar la cuerda de uno de los pocos elementos que todavía (tras su despido) le anclaban a la realidad. (Pág. 4)

Otra de las dudas que me surgieron a partir de unas relecturas cuando tenía el texto más avanzado fue la motivación que tenía que tener Jota como personaje principal. Desde el principio tenía claro que no quería hacer una novela de acción, fulgurante, sino cocinada a fuego lento. Esto estaba dado por el carácter del protagonista, que al estar en una crisis como la que se inicia en la novela (ha perdido trabajo y novia) no reacciona de manera activa sino pasiva. Por eso, tenía claro que él lo que quiere es tener una personalidad, y por eso hace cosas en ese sentido, pero no quiere algo concreto por lo que pelear, luchar, correr, saltar, etc, de ahí que la novela es lenta, sin mucha acción

física aunque sí con conflictos psicológicos del propio Jota.

Y respecto al final, ¿cómo debía ser?: ¿natural?, ¿ya planeado para que se consiga desprender de la novela la idea que yo quería? Y dentro de esta última posibilidad: ¿optimista?, ¿pesimista?, ¿ambiguo?, ¿claro? Tenía que ser claro, ya que ni a mí ni a muchos de mis conocidos, al hablar del final de una obra (del tipo que sea) tenemos un buen sabor de boca si nos quedamos con la duda de si tras la hoja en blanco o la pantalla en negro hay algo más después de un par de segundos. El lector tenía que notar que estaba ante un final, y este se puede considerar optimista, ya que Jota logra realizar lo que ha querido hacer durante toda la novela: escribir.

5.- Resultados.

El resultado de todo este trabajo ha sido la novela que sigue a continuación. No demasiado extensa pero sí lo suficientemente densa ante mis ojos, debido a que he logrado incluir y tratar los temas principales que quería a priori.

Es más, a lo largo del escrito, de estos más de seis meses, otras ideas y formas de pensar inéditas en mí han hecho aparición y se han incorporado a la novela, de manera que puedo afirmar que todo el proceso de creación me ha aportado un conocimiento propio extra, aparte del que ya tenía cuando comencé la escritura. Se ha producido una retroalimentación entre la novela y yo de la que he salido reforzado, además de como escritor, como persona.

6.- Bibliografía Consultada y aplicada.

AA. VV. (2005), *Anthropos* 208, volumen dedicado a Metaliteratura y metaficción. Barcelona.

Alazraki, Jaime (1990), *¿Qué es lo neofantástico?* [Internet]. Disponible en <http://www.borges.pitt.edu/sites/default/files/Alazraki%20Que%20es%20lo%20neofantastico.pdf>

[Acceso el 14 de septiembre de 2013].

Auster, Paul (2004), *La noche del oráculo*, Barcelona: Círculo de Lectores.

Belevan, Harry (1996), *Teoría de lo fantástico*, Barcelona: Anagrama

<http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/cortazar/axolotl.htm> [Acceso el 14 de septiembre de 2013].

Cortázar, Julio (1999), *Las armas secretas y otros relatos*, Madrid: El Mundo.

Dotras, Ana M. (1994), *La novela española de metaficción*. Madrid: Júcar

Garrido Domínguez, Antonio (2011), *Narración y ficción*, Madrid: Iberoamericana.

Genette, Gérard (1993), *Nuevo discurso del relato*, Madrid: Cátedra.

Goytisolo, Luis (1984), *Estela del fuego que se aleja*, Barcelona: Anagrama.

Kafka, Franz (1998), *El castillo*, Madrid: Cátedra.

Kafka, Franz (2009), *La metamorfosis*, Barcelona: Libros del Zorro Rojo.

Lodge, David (1998), *El arte de la ficción*, Barcelona: Ediciones Península.

Millás, Juan José (1993), *Volver a casa*, Barcelona: Ediciones Destino.

Millás, Juan José (1997), *El desorden de tu nombre*, Madrid: Alfaguara.

Millás, Juan José (1998), *El orden alfabético*, Madrid: Alfaguara.

Millás, Juan José (1989), *Cerberos son las sombras*, Madrid: Alfaguara.

Millás, Juan José (1999), *No mires debajo de la cama*, Madrid: Alfaguara.

Millás, Juan José (2000), *Papel mojado*, Madrid: Anaya.

Orejas, Francisco (2003), *La metaficción en la novela española contemporánea: entre 1975 y el fin de siglo*, Madrid: Arco Libros.

Roas, David (2011), *Tras los límites de lo real*, Madrid: Páginas de Espuma.

Sobejano-Morán, Antonio (2003), *Metaficción española en la posmodernidad*, Kassel:

Reichenberger.

Todorov, Tzvetan (1994), *Introducción a la literatura fantástica*, México, D.F.: Ediciones Coyoacán.

Todorov, Tzvetan (2005), *Crítica de la crítica*, Barcelona: Ediciones Paidós.

Unamuno, Miguel (1994), *Niebla*, Barcelona: RBA.

Vax, Louis (1973) *Arte y literatura fantásticas*, Buenos Aires: Eudeba.